
NO ESTÁS LOCA
ROMÁN CABALLERO

No Estás Loca

Thriller psicológico femenino ambientado en Madrid.
Una madre. Un bebé robado. Una verdad peligrosa.

Román Caballero

© 2025, Román Caballero
Todos los derechos reservados.

Título: No Estás Loca

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos que aparecen en esta novela son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, eventos actuales o históricos, es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros), sin autorización previa y por escrito del titular del copyright.

La infracción de estos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 9798290227245

Para contactar al autor:
autor.roman.caballero@gmail.com

Índice

Epígrafe
Prólogo
1. 1
2. 2
3. 3
4. 4
5. 5
6. 6
7. 7
8. 8
9. 9
10. 10
11. 11
12. 12
13. 13
14. 14

15. 15
16. 16
17. 17
18. 18
19. 19
20. 20
21. 21
22. 22
23. 23
24. 24
25. 25
26. 26
27. 27
28. 28
29. 29
30. 30
31. 31
32. 32
33. 33
34. 34
35. 35
36. 36
37. 37
38. 38
39. 39
40. 40
41. 41

42. 42
43. 43
44. 44
45. 45
46. 46
Epílogo

“Las madres no se rinden. Ni siquiera cuando todos les dicen que están locas.”
— Anónimo

Prólogo

La primera vez que escuché el llanto, pensé que era un sueño.

La segunda vez, supe que no estaba dormida.

Era de noche. El hospital estaba en silencio. El pasillo olía a cloro y a algo más espeso: sangre vieja, tal vez, o leche agria. En la habitación contigua, una mujer respiraba con dificultad. Yo apretaba la sábana con las manos entumecidas, mirando el techo.

Sin moverme. Sin pensar. Sin sentir.

Habían pasado cuarenta y ocho horas desde el parto. O eso decían.

Mi hijo estaba muerto. Eso también decían.

Pero el llanto no venía de dentro de mí. Venía de detrás de la puerta, como si alguien intentara apagarlo sin éxito. Como si alguien se le escapara entre los brazos.

Quise gritar, pero no salió nada.

El mundo me tragaba en silencio.

Alguien se acercó. Una enfermera sin rostro. Una jeringa. Un susurro:

—Tienes que descansar, Irene.

Y después, oscuridad.

El llanto seguía ahí.

Como si no quisiera que lo olvidara.

Como si supiera que era mío.

1

El tren arrancó con su sacudida habitual, ese espasmo mecánico que Irene Rivas conocía tan bien como los latidos de su propio corazón. Cuarenta y tres minutos de Aranjuez a Atocha. Mil trescientos segundos que había contado tantas veces que ya no necesitaba mirar el reloj.

Pero hoy algo era diferente. El vagón olía a formol.

No era posible, claro. Los trenes de cercanías olían a sudor, a café derramado, a perfume barato. Nunca a formol. Irene se frotó las sienes y respiró profundamente. El olor persistía, dulzón y químico, como el que impregnaba los pasillos del hospital aquella noche.

Se sentó en el mismo asiento de siempre: tercera fila, lado derecho, junto a la ventana. El tapizado azul desteñido conservaba la forma exacta de su cuerpo, una huella invisible que nadie más podía percibir. A las 7:47, cuando el tren tomara la curva antes de Villaverde, sucedería. Como cada mañana desde hacía seis meses.

Como cada mañana desde que ella se lo había susurrado.

Irene apoyó la frente contra el cristal frío y esperó. En el reflejo, por un instante, creyó ver a alguien sentado a su lado. Pero cuando giró la cabeza, el asiento estaba vacío. Solo quedaba una marca de humedad en el respaldo, como si alguien mojado hubiera estado allí.

La medicación de la noche anterior todavía le pesaba en los párpados. Clonazepam, sertralina, quetiapina. La misma

combinación que tomaba su compañera de habitación en el hospital psiquiátrico. Marina, se llamaba. La que desapareció sin explicación una noche, dejando solo una nota garabateada en el espejo del baño con lápiz de labios: «Los bebés no mueren. Los esconden».

El doctor Mendoza había dicho que Marina nunca existió. Que era una «proyección». Pero Irene aún conservaba el brazalete de hospital de Marina, escondido en el forro de su bolso.

—Siguiente parada, Villaverde Bajo —anunció la voz metálica del altavoz.

Pero había algo extraño en el anuncio. Un eco, apenas perceptible. Como si dos voces hablaran al unísono, ligeramente desfasadas.

Faltaban segundos. Irene se incorporó, limpiando con la manga el vaho que su respiración había dejado en el cristal. El corazón comenzó a acelerarse. Era ridículo, lo sabía. Una mujer de treinta y nueve años emocionándose como una adolescente por algo tan simple, tan ajeno, tan...

El tren dio una sacudida violenta. Las luces parpadearon.

Y entonces los vio.

El edificio de ladrillo rojo apareció entre los bloques grises del extrarradio madrileño. Cuarta planta, tercer balcón desde la izquierda. La persiana verde subida hasta la mitad, las macetas de geranios que había visto crecer desde capullos hasta flores. Y ellos: la pareja perfecta en su ritual matutino.

Pero esta mañana, algo no cuadraba. Los geranios estaban marchitos. Muertos.

Él tendría unos treinta años, moreno, con esa barba de tres días perpetua. Ella, rubia, con el pelo recogido en una coleta alta. Se movían con la precisión de autómatas, repitiendo los mismos gestos exactos que Irene había memorizado. Demasiado exactos.

El bebé apareció en los brazos de la madre. Siete meses, quizás ocho. Envuelto en una manta azul cielo que la mujer mecía con ese movimiento pendular, hipnótico. El mismo movimiento. El mismo ángulo. Como una grabación en bucle.

Y entonces el bebé giró la cabeza.

La miró directamente a través del cristal del tren en movimiento. A través de la distancia imposible. Y sonrió.

Irene jadeó. El tren siguió su marcha y la escena se desvaneció, pero la imagen quedó grabada en sus retinas. Esa sonrisa. Conocía esa sonrisa. Era la misma que había visto en la ecografía 3D, la que guardaba en el móvil y miraba cada noche antes de que las pastillas la arrastraran al sueño.

—¿Vas bien, cielo?

La voz la hizo saltar. Una mujer mayor la miraba con preocupación desde el asiento de al lado. ¿Cuándo se había sentado allí? Llevaba permanente y olía a colonia Nenuco, pero había algo en sus ojos...

—Sus ojos —murmuró Irene.

—¿Perdón?

Los iris de la mujer eran de dos colores diferentes. Uno marrón, otro gris. Como Marina.

—Nada. Estoy bien —mintió Irene, apartando la mirada.

La mujer asintió y volvió a su revista del corazón. Pero Irene notó que no pasaba las páginas. Y que sus manos, arrugadas y manchadas, tenían las uñas pintadas de negro. Uñas jóvenes en manos viejas.

El olor a formol se intensificó.

Cerró los ojos con fuerza, contando hasta diez. Era un ejercicio del doctor Mendoza. «Cuando sientas que la realidad se desdibuja, cuenta hasta diez y respira». Pero ¿qué hacer cuando era la realidad misma la que parecía defectuosa?

Al abrir los ojos, la mujer había desaparecido. En su asiento solo quedaba la revista, abierta por una página que no debería existir. Una esquela. Con su foto. «Irene Rivas Montero, fallecida en parto el 15 de mayo...».

No. No, no, no.

Arrancó la página y la hizo pedazos. Los fragmentos cayeron al suelo como confeti macabro. Un hombre con traje la miró con desaprobación desde el otro lado del pasillo. Tenía la cara borrosa, como si alguien hubiera pasado una goma de borrar sobre sus facciones.

El tren se detuvo en Atocha con un chirrido que sonó demasiado humano.

2

Irene prácticamente corrió hacia la salida, tropezando con viajeros que parecían moverse a cámara lenta. En el vestíbulo, el jardín tropical sudaba bajo la cúpula de hierro y cristal. Las palmeras se inclinaban hacia ella, sus hojas rozando el techo como dedos largos y verdes.

Había algo colgando de una de las palmeras. Pequeño, azul. Mecido por una brisa imposible.

Un babero.

Salió a la plaza y el aire de Madrid la golpeó, pero no con su mezcla habitual de contaminación. Olía a talco de bebé. A leche materna. A esa mezcla dulzona de recién nacido que había imaginado mil veces pero nunca llegó a oler.

La biblioteca estaba a setecientos pasos. Los contó todos, como siempre. Pero perdió la cuenta tres veces cuando las baldosas bajo sus pies parecieron formar letras. M-A-T-E-O.

Paranoia. El doctor Mendoza le había explicado los síntomas. Pero no había mencionado que la paranoia pudiera sentirse tan real.

El edificio apareció ante ella, aplastado entre el locutorio y la tienda china. Por un momento, el cartel del locutorio parpadeó, mostrando otro mensaje: «LLAMADAS AL MÁS ALLÁ - PRECIO ESPECIAL».

Sacudió la cabeza y empujó la pesada puerta de la biblioteca.

—Buenos días, Irene.

Antonia, la directora, la saludó desde el mostrador. Sonreía demasiado. Siempre sonreía demasiado, pero hoy sus dientes parecían más afilados. Y había algo rojo bajo sus uñas.

—Te estábamos esperando —añadió Antonia.

¿Estábamos? No había nadie más en la biblioteca.

—Buenos días —logró articular Irene.

Colgó el abrigo en el perchero y notó que su gancho habitual tenía algo grabado. Letras pequeñas, recientes: «TERCERA VENTANA».

El olor a papel viejo la envolvió, pero mezclado con otro aroma. Antiséptico. Como si alguien hubiera limpiado recientemente con productos hospitalarios.

Se dirigió a su puesto, pero sus pasos la llevaron primero a la sección de Historia Local. No sabía por qué. La tercera ventana desde la entrada estaba allí, medio oculta tras una estantería.

El cristal estaba empañado por dentro. Imposible en octubre.

Limpió el vaho con la manga y retrocedió con un grito ahogado. En el cristal, escrito desde fuera con un dedo, había un mensaje: «CUARTO LADRILLO».

—¿Irene? ¿Todo bien? —La voz de Antonia llegó desde el mostrador, teñida de algo que no era exactamente preocupación.

—Sí, solo... vi una araña.

—Ah. —Una pausa demasiado larga—. Qué curioso. Fumigamos ayer.

Irene volvió a su mesa con las piernas temblando. El ordenador antediluviano parpadeó al encenderse, mostrando por un instante una imagen que no debería estar ahí: una sala de partos, borrosa pero reconocible.

Su bolso estaba entreabierto.

Lo recordaba perfectamente cerrado. Era uno de sus rituales, uno de los pequeños controles que mantenía. Pero ahora la cremallera estaba bajada justo lo suficiente para que cupiera una mano.

Miró alrededor. Antonia seguía en el mostrador, pero ahora hablaba por teléfono en voz baja. Demasiado baja. Y gesticulaba hacia ella.

Dentro del bolso, todo parecía normal. Excepto por el sobre.

Blanco, sin nombre. Una mancha de humedad en la esquina que parecía tener forma de huella digital. Y algo más: un ligero olor a leche.

Las manos le temblaban tanto que tuvo que intentarlo tres veces antes de conseguir abrirlo.

Una sola hoja. Letra apresurada, femenina:

«Tercera ventana. Cuarto ladrillo. El tren no miente. Los muertos no toman café. Lo que buscas nunca estuvo perdido. Ellos lo tienen. Siempre lo han tenido. No tomes las pastillas hoy. M.»

El mundo se fragmentó como un espejo roto. Cada palabra era una grieta que se extendía, revelando algo oscuro debajo.

—Necesito un café —murmuró, más para sí misma que para Antonia.

—Hay una cafetera nueva en la sala de personal —respondió Antonia sin levantar la vista—. Llegó esta mañana. Justo a tiempo.

¿Justo a tiempo para qué?

La sala de personal olía a nuevo. A plástico y promesas. La cafetera brillaba, incongruente en la decrépita habitación. Era un modelo caro, de esos con cápsulas. Había una sola cápsula junto a la máquina. Una nota pegada: «Para Irene».

El café salió demasiado oscuro, casi negro. Flotaban motas que no deberían estar ahí. Como cenizas.

Sacó la carta de nuevo. Las palabras seguían siendo las mismas, pero ahora notaba algo más. La tinta no era uniforme. En ciertas letras había pequeñas manchas, como si quien escribió hubiera estado llorando.

Los muertos no toman café.

Pero la pareja del tren tomaba café cada mañana. Los había visto. Durante seis meses, cada maldito día, el hombre servía café de una cafetera italiana mientras...

El móvil vibró. Valeria: «¿Has tomado la medicación?»

Irene miró las pastillas en su bolso. Por primera vez en meses, las guardó sin tomarlas. Tecleó: «Sí».

Al volver a su puesto, algo había cambiado. Su ordenador mostraba un archivo abierto que ella no recordaba. Un registro de defunción. El nombre estaba borroso, pero la fecha era clara: hoy.

—Disculpe.

Irene levantó la vista. Una joven estaba frente al mostrador. Morena, con sudadera con capucha. Ojeras profundas. Uñas mordidas. Pero lo más perturbador eran sus muñecas: cicatrices recientes, mal curadas.

—¿Trabaja aquí Irene Rivas?

El aire se volvió sólido.

—Soy yo.

La joven la estudió. En sus ojos había un reconocimiento imposible, como si la conociera de toda la vida.

—Tiene exactamente cinco minutos antes de que lleguen —dijo, mirando nerviosa hacia la puerta—. Tal vez menos. Depende del tráfico desde el hospital.

—¿Quiénes? ¿De qué hospital?

—Del mismo donde la tienen a usted fichada. —La joven se inclinó sobre el mostrador. Su aliento olía a medicación—. Irene, escúcheme bien. Su hijo no murió. Mateo está vivo. Lo tienen ellos. Siempre lo han tenido.

El suelo pareció abrirse bajo sus pies.

—Y si no viene conmigo ahora mismo —añadió la joven, sacando algo del bolsillo—, se lo llevarán a otro sitio. Para siempre.

Era una pulsera de hospital. Pequeña. De recién nacido.

Con el nombre «Mateo Rivas» claramente legible.

Y una fecha: hoy.

3

La pulsera de hospital infantil pesaba como plomo en la mano de Irene. El nombre «Mateo Rivas» se desdibujaba y volvía a enfocarse mientras sus ojos luchaban contra las lágrimas. La fecha era imposible: 25 de octubre de 2024. Hoy.

—No entiendo —su voz salió rota—. Mi hijo murió hace...

—No hay tiempo. —La joven miraba hacia la puerta con movimientos espasmódicos—. El coche está en doble fila. Si la policía lo ve, si alguien anota la matrícula...

Raquel se había levantado del mostrador. Caminaba hacia ellas con pasos medidos, sosteniendo el teléfono contra la oreja. Sus labios se movían pero no emitían sonido.

—¿Quién eres? —Irene guardó la pulsera en el bolsillo, el plástico frío contra sus dedos.

—Marina me envió —susurró la joven—. Antes de que la trasladaran. Me dijo que usted era la única que entendería. Que usted también veía las inconsistencias.

Marina. El nombre golpeó a Irene como una descarga eléctrica. Su compañera de habitación en el psiquiátrico. La que escribió en el espejo con lápiz de labios: «Los bebés no mueren. Los esconden».

—Marina no existe. El doctor Mendoza dijo que...

—El doctor Mendoza dice muchas cosas. —La joven agarró su muñeca. Sus dedos estaban helados—. ¿También le dijo por qué hay

una planta entera de la clínica Falcón cerrada al público? ¿Por qué las cámaras de seguridad del quirófano se «estropearon» justo esa noche?

El olor a formol volvió, más intenso. Irene parpadeó y por un momento la biblioteca pareció superponerse con otro lugar. Paredes de azulejos blancos. El eco de llantos lejanos.

—Irene. —Raquel estaba a tres metros, sonriendo—. ¿Va todo bien?

—Perfectamente —logró responder.

—Tu hermana pregunta si has tomado la medicación.

¿Cómo sabía Raquel que estaba hablando con Valeria? El teléfono seguía pegado a su oreja, pantalla oscura.

—Vámonos —siseó la joven—. Ya.

Irene miró el reloj de pared. 10:47. Miró su móvil. 11:23. La diferencia de tiempo se había mantenido exacta desde el tren. Como si existiera en dos momentos simultáneos.

—Voy a... necesito coger mis cosas.

—No hay tiempo para...

—Dos segundos.

Irene volvió a su mesa con piernas de gelatina. El ordenador mostraba una pantalla que no recordaba haber abierto. Un formulario de baja voluntaria, parcialmente completado. Su nombre, su DNI. La fecha: 15 de mayo de 2023. El día que murió Mateo.

No. El día que le dijeron que Mateo había muerto.

Agarró el bolso, metiéndose la carta misteriosa en el bolsillo junto a la pulsera. «Los muertos no toman café». La frase resonaba con nuevo significado. ¿Y si no se refería a la pareja del tren? ¿Y si se refería a ella?

—Me voy —anunció a Raquel—. Emergencia familiar.

Raquel inclinó la cabeza en un ángulo extraño.

—Qué lástima. Justo cuando íbamos a celebrar.

—¿Celebrar qué?

—Tu alta, por supuesto. —La sonrisa de Raquel se ensanchó—. Hace exactamente un año.

El suelo pareció inclinarse. Irene se aferró al marco de la puerta. No. Ella nunca había estado ingresada. Bueno, solo aquellas

semanas después del intento de... pero eso fue en junio, no en octubre.

La joven la esperaba en la acera, junto a un Seat Ibiza blanco con el motor en marcha. El parabrisas tenía una pegatina del hospital Gregorio Marañón. Departamento de Psiquiatría.

—Sube. Rápido.

Irene obedeció. El interior olía a tabaco y ambientador de pino. En el retrovisor colgaba una pulsera idéntica a la que le había mostrado. Pero esta tenía otro nombre: «Marina Expósito. 3 de junio de 2023».

—Tú también perdiste un bebé —no era una pregunta.

La joven arrancó con un volantazo que casi choca con un autobús.

—No lo perdí. —Cambió de marcha con violencia—. Me lo quitaron. Como a ti. Como a todas.

—¿Todas?

—Once mujeres en dos años. Todas pacientes de la clínica Falcón. Todas con «complicaciones» durante el parto. Todas con bebés que «no sobrevivieron». —Giró bruscamente por Conde Duque—. Todas diagnosticadas después con trastornos psiquiátricos.

El patrón era escalofriante. Irene rebuscó en su memoria. Las mujeres del grupo de apoyo. Rosa, que juraba haber oído llorar a su hijo después de que le dijeran que nació muerto. Lucía, internada tres veces por «episodios psicóticos» después de insistir en que había visto a su bebé en brazos de otra mujer. Paula, medicada hasta la catatonia después de intentar entrar por la fuerza en la clínica.

—Pero yo vi... el doctor Falcón me mostró...

—¿Un bulto envuelto en mantas? ¿Desde lejos? ¿Sedada hasta las cejas? —La joven la miró por el retrovisor—. ¿Tocaste el cuerpo? ¿Lo desenvolviste? ¿Viste su cara?

No. La respuesta cayó sobre Irene como un muro. No había tocado a su hijo muerto. No había insistido. Había aceptado, había firmado papeles, había permitido que se lo llevaran.

—¿A dónde vamos?

—Primero, a un lugar seguro. Después... —la joven dudó—. Marina dijo que no te lo dijera todo de golpe. Que tu mente necesitaba procesarlo despacio o podrías...

—¿Podría qué?

—Fragmentarte. Como las otras.

El coche se detuvo en un semáforo. Irene observó a los peatones cruzar. Una mujer empujaba un carrito de bebé. Por un instante, el bebé la miró directamente. Tenía los ojos grises de Mateo. Los mismos que había visto en la ecografía 4D.

No. Imposible. Todos los bebés tienen ojos grises al nacer.

—El bebé del tren —murmuró—. Esta mañana me miró. Me sonrió.

La joven pisó el acelerador en cuanto el semáforo cambió.

—No deberías poder verlo todavía. La medicación... —Se interrumpió—. ¿Tomaste las pastillas esta mañana?

—No.

—Bien. Muy bien. Entonces hay esperanza. —Giró por una calle lateral—. La medicación no es para tu depresión. Es para mantenerte desconectada. Para que no veas lo que está justo delante de tus narices.

—¿Qué está delante de mis narices?

—Los bebés. Todos los bebés. Están por toda la ciudad, Irene. En brazos de parejas que pagaron fortunas por adopciones «legales». Parejas que no hacen preguntas sobre el origen.

4

El mundo se tambaleó. Irene cerró los ojos, intentando procesar. Una red de tráfico de bebés. Su bebé vendido. Vivo. En algún lugar de Madrid, un niño de diecisiete meses con sus ojos grises...

—Pero la pulsera dice que la fecha es hoy.

—Porque hoy los mueven. —La joven tomó otra curva cerrada—. Marina hackeó sus sistemas antes de que la pillaran. Cada seis meses trasladan a los bebés que no han sido «colocados». Los llevan a otra clínica, otra ciudad. Hoy es el día. Por eso la urgencia. Por eso...

Un coche negro apareció en el retrovisor. La joven maldijo entre dientes.

—¿Nos siguen?

—Desde que salimos de la biblioteca. —Pisó el acelerador—. Pensé que tendríamos más tiempo.

El móvil de Irene vibró. Valeria: «Raquel dice que te has ido. ¿Dónde estás? Responde AHORA».

Otro mensaje: «He llamado al doctor Mendoza. Está muy preocupado. Dice que sin medicación podrías tener otro episodio».

Otro más: «Irene, por favor. Recuerda lo que pasó la última vez. No queremos internarte otra vez».

¿Otra vez? Irene no recordaba haber sido internada más de una vez. Pero había lagunas. Días, semanas enteras que flotaban en una

bruma química.

—Mi hermana amenaza con internarme.

—Tu hermana. —La joven rio amargamente—. ¿Nunca te preguntaste cómo podía pagarse ese pisazo en Serrano? ¿Cómo pasó de ser una ejecutiva de medio pelo a directora en solo un año?

—Tuvo un ascenso...

—Tuvo un pago. Cincuenta mil euros por hacer que su hermana «inestable» no hiciera preguntas. Por firmar los papeles de tutela. Por asegurarse de que tomaras la medicación.

No. Valeria no. Su hermana podía ser controladora, condescendiente, pero nunca...

El coche negro se acercaba. Irene distinguió al conductor. El mismo hombre del bar Tropical. Las mismas gafas de sol a pesar del cielo nublado.

—Agárrate.

La joven giró bruscamente a la derecha, metiéndose por una calle en dirección contraria. Los coches venían de frente, pitando. Irene se aferró al asiento mientras sorteaban el tráfico. El coche negro intentó seguirlas pero un camión de reparto le cortó el paso.

—Marina me enseñó esa maniobra —jadeó la joven—. Justo antes de que vinieran a por ella.

—¿Qué le pasó a Marina?

—Traslado urgente. Así lo llaman. Un día estás en el Gregorio Marañón, al siguiente... —Se encogió de hombros—. Nadie sabe. Pero dejó cosas. Pruebas. Nombres. El tuyo estaba subrayado tres veces.

Salieron a la M-30. El tráfico fluía normal, ajeno al drama que se desarrollaba en el Seat Ibiza blanco. Irene miró por el retrovisor. No había señal del coche negro.

—¿Cómo te llamas? —preguntó de repente.

—Es mejor que no lo sepas. Más seguro. —La joven tomó la salida hacia Vallecas—. Marina me llamaba M. Puedes usar eso.

M. Como la firma de la carta. Las piezas encajaban con un clic casi audible.

—Tú escribiste la nota. «Sé lo que perdiste. Sé dónde está».

—Marina la escribió. Yo solo la entregué. Como prometí. —M redujo la velocidad—. Hay algo más que debes saber. Sobre los bebés. Sobre por qué los quieren.

—¿Por qué?

—No es solo tráfico de bebés. Es... selección. Buscan características específicas. Genéticas. Por eso la clínica Falcón tiene el mejor programa de fertilidad de España. Por eso hacen tantas pruebas. No buscan problemas. Buscan... especímenes.

La palabra golpeó a Irene como un puñetazo. «Muestra B-47 en condiciones óptimas». No era terminología médica estándar. Era catalogación. Como los libros de la biblioteca.

—¿Para qué?

—No lo sé. Marina tenía teorías. Experimentación. Programas gubernamentales. Familias de élite buscando características concretas. —M se detuvo frente a un edificio gris—. Pero sea lo que sea, tu hijo cumplía los criterios. Todos lo cumplían.

El edificio parecía abandonado. Ventanas tapiadas, grafitis desvaídos. Pero la puerta de entrada estaba limpia, bien mantenida.

—¿Qué es este lugar?

—Un refugio. Para las que despiertan. —M apagó el motor—. Hay otras dentro. Mujeres como nosotras. Algunas llevan años buscando.

—¿Años?

—El programa lleva más tiempo del que crees funcionando. La más veterana perdió a su hija en 2018. Sigue buscando. Todas seguimos buscando.

Irene contempló el edificio. Una madriguera de madres rotas persiguiendo fantasmas. O quizás no fantasmas. Quizás niños reales en brazos equivocados.

—¿Y si me equivoco? —susurró—. ¿Y si Mateo sí murió y todo esto es...?

—¿Una elaborada fantasía de mujeres locas? —M la miró con dureza—. Eso es lo que quieren que creas. Por eso la medicación. Por eso los internamientos. Por eso tu hermana tiene tu tutela legal.

—No tiene mi tutela.

—¿Ah no? ¿Quién firma tus recetas? ¿Quién autoriza tus ingresos? ¿Quién controla tu cuenta bancaria?

Irene abrió la boca para protestar y la cerró. Valeria se encargaba de todo desde... desde mayo. Desde que Irene «no estaba en condiciones». Temporal, había dicho. Hasta que te recuperes.

Diecisiete meses no era temporal.

—Si entro ahí —señaló el edificio—, no hay vuelta atrás.

—Ya no hay vuelta atrás. —M sacó algo del bolsillo. Otra pulsera de hospital—. Esta llegó esta mañana. Por eso la urgencia. Por eso vine a buscarte.

Irene la cogió con manos temblorosas. Era diferente. Más nueva. La etiqueta era de la clínica Santa Cristina.

«Bebé Varón Rivas. Traslado programado: 25/10/24. Hora: 14:00. Destino: Clínica Montpellier - Sevilla».

Las dos de la tarde. En tres horas moverían a un bebé con su apellido. Un bebé que oficialmente no existía.

—Puede no ser él —advirtió M—. Podría ser una trampa. Podrían estar esperándonos.

—Me da igual.

Era verdad. Por primera vez en diecisiete meses, Irene sentía algo más que dolor. Sentía propósito. Dirección. Furia.

Si había una posibilidad, por mínima que fuera, de que Mateo estuviera vivo, nada la detendría. Ni Valeria, ni el doctor Mendoza, ni todos los antipsicóticos del mundo.

—Entonces entremos —dijo M—. Hay mucho que preparar y poco tiempo.

Salieron del coche. El aire de octubre las golpeó con su promesa de lluvia. Irene miró hacia atrás una vez. Su vida anterior —la biblioteca, las pastillas, la cordura impuesta— quedaba al otro lado de una línea invisible.

La cruzó sin dudarlo.

En algún lugar de Madrid, un bebé de diecisiete meses esperaba. Vivo. Real. Robado.

Y ella lo recuperaría.

5

El interior del edificio olía a humedad. M guió a Irene por un pasillo estrecho donde el papel pintado se despegaba como piel muerta. Cada paso resonaba hueco, amplificado por el silencio.

—No hables hasta que te lo indiquen —susurró M—. Algunas están... frágiles.

Una puerta al final. Pintura verde hospital descascarillada. M golpeó tres veces, pausa, dos veces más. Un código. Alguien respondió desde dentro con el mismo patrón.

La puerta se abrió apenas unos centímetros. Un ojo inyectado en sangre las escrutó.

—¿La medicación?

—Limpia desde esta mañana —respondió M.

—¿Segura?

—Marina me enseñó los signos. Las pupilas no mienten.

La puerta se abrió del todo. Una mujer de unos cincuenta años, bata de casa sobre vaqueros, pelo gris en una trenza desprolija. Tenía las manos manchadas de tinta.

—Pasa rápido. Los drones pasan cada veinte minutos.

¿Drones? Irene miró a M, pero esta ya estaba dentro. El piso era más grande de lo que parecía desde fuera. O tal vez habían tirado tabiques. El salón se había convertido en centro de operaciones:

mapas en las paredes, portátiles sobre mesas plegables, cajas de documentos apiladas hasta el techo.

Y mujeres.

Cinco, seis, tal vez siete. Algunas tecleaban frenéticamente. Otras estudiaban papeles con lupas. Una dormitaba en un sofá desvencijado, abrazada a un peluche de elefante azul.

—Irene Rivas. —La mujer de la trenza la estudió—. Marina habló mucho de ti. Dijo que eras la única que entendió su mensaje en el espejo.

—Los bebés no mueren. Los esconden —recitó Irene.

Un escalofrío recorrió la habitación. La mujer del sofá se incorporó, apretando más el elefante.

—Ese es mi Tomás —murmuró—. Tenía un elefante igual en la ecografía. Se lo había comprado ya. Para cuando naciera.

—Calla, Rosa —la interrumpió la de la trenza—. No es momento. —Se volvió hacia Irene—. Soy Marta. Coordino esto desde que Marina... desde que se la llevaron.

Marta. El nombre del papel. Pero no era la misma Marta del bar, la que había huido. Otra Marta. ¿Cuántas Martas habría? ¿Cuántas mujeres rotas usando nombres falsos?

—Tenemos dos horas y media hasta el traslado —continuó Marta —. Te explicaré lo básico. Siéntate.

La guió hasta una mesa cubierta de fotografías. Irene se inclinó y el mundo se tambaleó. Bebés. Docenas de bebés. En cunitas de hospital, en brazos de desconocidos, en parques, en colegios. Algunos borrosos, tomados desde lejos. Otros nítidos, robados de redes sociales.

—Estos son los confirmados —dijo Marta—. Treinta y siete en los últimos seis años. Todos dados por muertos. Todos vivos.

Irene buscó entre las fotos. Un bebé con ojos grises la miraba desde una imagen pixelada. La misma barbilla, la misma nariz respingona que había visto en la ecografía 4D.

—¿Es...?

—No podemos confirmarlo. —Marta apartó la foto con delicadeza —. Algunos rasgos cambian. Pero la edad coincide. Y mira esto.

Sacó un documento plastificado. Un registro de adopción internacional. Los nombres estaban tachados con rotulador negro, pero algunos datos permanecían: "Varón, 7 meses, origen español, adopción cerrada. Familia receptora: Sint-Niklaas, Bélgica."

—¿Bélgica?

—Es uno de los destinos. También Suiza, Holanda, ciertas zonas de Estados Unidos. Siempre adopciones legales. Papeles perfectos. Bebés huérfanos de madres drogadictas, dicen los informes. Madres que murieron en el parto. Madres que los abandonaron. —La voz de Marta destilaba veneno—. Nunca madres como nosotras. Nunca madres que los buscamos.

M se acercó con un portátil.

—El sistema de la clínica Santa Cristina. Marina dejó una puerta trasera antes de que la pillaran. Tenemos acceso limitado, pero...

La pantalla mostraba un plano del edificio. Puntos rojos marcaban las cámaras. Líneas azules, las rutas de las enfermeras. Y un punto verde parpadeante en el ala este.

—Sala de pre-traslado —señaló M—. Ahí los preparan. Sedación ligera para el viaje. Nuevos documentos. A veces... a veces les cambian rasgos identificativos.

—¿Cambiar rasgos?

—Láser para lunares. Tintes temporales para el pelo. Pequeñas cosas que dificultan el reconocimiento. —M cerró el portátil—. Por eso necesitamos llegar antes de que los procesen.

La mujer del elefante, Rosa, se había acercado. Tenía los ojos vidriosos, ese brillo que Irene reconocía de sus propios días malos.

—Mi Tomás tenía una marca de nacimiento —susurró—. Aquí. —Se tocó el hombro—. Forma de media luna. En todas las ecografías. Cuando vi el cuerpo... cuando me enseñaron el cuerpo... no había marca. Pero estaba tan sedada. Pensé que me equivocaba. Que el dolor me hacía ver cosas.

—No te equivocabas —dijo Marta con firmeza—. Ninguna nos equivocamos. Pero nos medicaron tanto que dudamos de nuestros propios ojos.

Irene pensó en las pastillas que no había tomado esa mañana. En cómo el mundo parecía más nítido, más doloroso, más real sin ellas.

¿Cuánto tiempo llevaba viviendo en una bruma química diseñada para hacerla dócil?

—El plan es simple —continuó Marta—. Dos equipos. Uno crea una distracción en urgencias. Una emergencia médica falsa, pero convincente. El otro entra por la puerta de servicio del ala este. Tenemos uniformes de enfermera. Credenciales falsas que durarán unos minutos. Suficiente para...

—Para qué? —interrumpió Irene—. ¿Sacar a un bebé a la fuerza? ¿Y luego qué? ¿Huir? ¿Escondernos para siempre?

Silencio. Las mujeres intercambiaron miradas. Había algo que no le estaban diciendo.

—No vamos a sacar a ningún bebé —dijo finalmente M—. Vamos a documentar. Fotografías. Vídeos. Números de serie de las incubadoras. Todo lo que Marina no pudo conseguir antes de que la atraparan. Pruebas irrefutables.

—¿Y eso servirá de algo? ¿A quién se las vamos a llevar? ¿A la policía que no nos creyó? ¿A los jueces que firmaron nuestros internamientos?

—Hay un periodista —intervino una mujer que no había hablado hasta entonces. Tendría unos cuarenta años, traje arrugado, aspecto de no haber dormido en días—. De El País. Ha estado investigando irregularidades en clínicas de fertilidad. Necesita pruebas sólidas. Testimonios no bastan. Pero si tuviéramos fotos...

—Es nuestra mejor opción —añadió Marta—. La única, en realidad. Marina lo intentó por las vías oficiales. Ya sabes cómo terminó.

Trasladada. Desaparecida. Borrada.

El móvil de Irene vibró. Valeria: "¿Dónde estás? Raquel dice que te fuiste con alguien."

Las mujeres la miraron. M extendió la mano.

—Dámelo.

—¿Qué?

—El móvil. Te tienen localizada. ¿Cómo crees que el coche negro nos encontró tan rápido?

Irene entregó el teléfono. M lo abrió con destreza, extrajo la tarjeta SIM, la partió por la mitad. Sacó la batería y lanzó las piezas en direcciones diferentes.

—Ahora eres un fantasma. Tienen que buscarte a la antigua.

—Mi hermana se volverá loca. Llamará a la policía, al doctor Mendoza...

—Que lo hagan. Para cuando organicen la búsqueda, ya habremos terminado. Para bien o para mal.

Marta sacó una caja de debajo de la mesa. Uniformes de enfermera, pulcramente doblados. Etiquetas con nombres falsos. Tarjetas de acceso clonadas.

—Marina trabajó en Santa Cristina seis meses —explicó—. Como auxiliar. Vio suficiente para saber que algo no cuadraba, pero necesitaba pruebas. Cuando intentó conseguirlas...

—La pillaron —terminó Irene.

—Peor. La pillaron y la dejaron seguir. La vigilaron. Documentaron todos sus movimientos, todos sus contactos. Cuando tuvieron suficiente, la encerraron. Pero no contaban con que había compartido información. Códigos. Accesos. Nombres.

6

Rosa se había sentado de nuevo con su elefante. Lo mecía suavemente, tarareando una nana. Las otras mujeres la ignoraban.

—¿Cuántas lo han intentado antes? —preguntó Irene.

—Tres veces. La primera fue un desastre. Sin plan, sin información. Dolores entró gritando el nombre de su hija. La sedaron. Ahora está en un psiquiátrico en Leganés. Medicación permanente. No recuerda ni su propio nombre.

—La segunda vez fuimos más listas —continuó otra mujer—. Pero alguien nos delató. Nos estaban esperando. Dos compañeras desaparecieron esa noche. Las familias dicen que se fueron al extranjero. Voluntariamente. Sin equipaje ni despedidas.

—¿Y la tercera?

—Marina. Sola. Casi lo consigue. Pero...

Pero. Siempre un pero. Siempre un casi. Siempre el sistema un paso por delante.

—Esta vez es diferente —insistió M—. Tenemos información actualizada. El traslado de hoy es especial. Mueven a cinco bebés de golpe. Normalmente es uno o dos. Algo grande está pasando. Una venta importante, tal vez. O están cerrando esta rama de la operación.

Cinco bebés. Cinco vidas robadas. Cinco madres destrozadas.

—¿Y si uno de ellos es Mateo?

—Entonces lo sabrás. —Marta la miró con algo parecido a la compasión—. Y tendrás que elegir. Las pruebas o tu hijo. No podremos hacer ambas cosas.

El dilema la golpeó como un puño. Ver a Mateo, confirmarlo vivo, y dejarlo ir para poder salvarlo legalmente después. O tomarlo y convertirse en fugitivas para siempre, confirmando todas las acusaciones de locura.

—Marina eligió las pruebas —dijo M suavemente—. Por eso la atraparon. Se quedó documentando cuando debería haber huido.

Un timbre sonó tres veces. Las mujeres se tensaron. Rosa dejó de mecer al elefante.

—Vigilancia —susurró Marta—. Al suelo. Lejos de las ventanas.

Se agacharon como soldados en una trinchera. Irene oyó el zumbido. Un dron pasando cerca. ¿De verdad las vigilaban con drones? ¿O era paranoia colectiva?

El zumbido se alejó. Las mujeres se relajaron gradualmente.

—Pasan cada veinte minutos —explicó M—. Rutina de vigilancia del ayuntamiento, dicen. Pero curiosamente intensificada en esta zona desde que alquilamos el piso.

Irene miró el reloj de pared. 12:15. Menos de dos horas. El tiempo corría como arena entre dedos temblorosos.

—Necesito saber más —dijo—. Sobre el programa. Sobre por qué Mateo. Por qué nuestros bebés.

Las mujeres intercambiaron miradas de nuevo. Esa comunicación silenciosa de quienes comparten secretos terribles.

—Enséñale el archivo —dijo finalmente Marta.

M dudó, luego abrió un cajón con llave. Sacó una carpeta marrón, gastada por el uso. Se la tendió a Irene como si fuera material radiactivo.

—Marina arriesgó todo por esto. Léelo. Pero prepárate. La verdad es peor que cualquier cosa que hayas imaginado.

Irene abrió la carpeta. La primera página era una fotocopia de un memorando interno. Membrete de la clínica Falcón. Fecha de 2019. El asunto la dejó sin respiración:

«Proyecto Gedeón: Fase III. Selección y reubicación de especímenes óptimos».

Especímenes. No bebés. No hijos. Especímenes.

Siguió leyendo mientras el horror crecía palabra a palabra. No era solo tráfico de bebés. Era algo mucho más oscuro, mucho más sistemático. Un programa de selección genética. Fertilización in vitro no para ayudar a parejas infértiles, sino para crear bebés con características específicas. Y cuando nacían...

—Los mejores se quedan con las «complicaciones» —murmuró—. Los que cumplen todos los criterios. Los demás nacen normalmente. Por eso no todas las madres...

—Por eso parece aleatorio —confirmó Marta—. Por eso nadie conectó los puntos. Solo se llevan a los que pasan todas las pruebas genéticas. Los «óptimos», como los llaman.

Irene pasó páginas. Gráficos de ADN. Tablas de características deseables. Inteligencia proyectada. Resistencia a enfermedades. Rasgos físicos. Como un catálogo de diseño de bebés para compradores exclusivos.

—¿Quiénes son los compradores?

—No lo sabemos. Marina desapareció antes de descubrirlo. Pero tienen dinero. Mucho dinero. Y conexiones. Jueces, políticos, médicos. Una red que lleva décadas funcionando.

El elefante de Rosa cayó al suelo. Nadie se movió para recogerlo.

—Una hora y media —anunció M—. Deberíamos prepararnos.

Las mujeres se pusieron en movimiento. Uniformes distribuidos. Credenciales falsas memorizadas. Un ballet de desesperación organizada.

Irene se puso el uniforme de enfermera. Le quedaba grande, pero serviría. En el bolsillo, la pulsera que M le había mostrado. «Bebé Varón Rivas». Tal vez Mateo. Tal vez otro bebé con su apellido por pura coincidencia burocrática.

Daba igual. En noventa minutos lo sabría.

—¿Estás lista? —preguntó Marta.

Irene pensó en Valeria, probablemente llamando a la policía en este momento. En el doctor Mendoza preparando sedantes. En

Raquel organizando su búsqueda. En toda la maquinaria de control activándose para traerla de vuelta a su jaula química.

—Estoy lista.

Pero mientras se ajustaba la cofia de enfermera, una duda la carcomía. ¿Y si todo esto era exactamente lo que parecía? ¿Un grupo de mujeres traumatizadas alimentando mutuamente sus delirios? ¿Y si Marina era solo otra paciente psiquiátrica con fantasías conspirativas?

¿Y si Mateo estaba realmente muerto y ella estaba a punto de confirmar su locura de la forma más espectacular posible?

El tiempo lo diría. En ochenta y siete minutos, exactamente.

Rosa recogió su elefante del suelo, lo abrazó una última vez, y lo dejó cuidadosamente sobre el sofá.

—Por si no vuelvo —dijo—. Para que alguien sepa que existió. Que yo existí.

Las mujeres salieron del refugio en grupos pequeños, intervalos de cinco minutos. Parejas de enfermeras camino del turno de tarde. Nada sospechoso. Nada que delatara que siete madres rotas iban a asaltar una clínica para buscar a sus hijos muertos.

O no tan muertos.

El octubre madrileño las recibió con su primera lluvia de otoño. Gotas gruesas que limpiaban el aire y embarraban las certezas. Irene caminó junto a M hacia el metro, el uniforme oculto bajo un chubasquero prestado.

En algún lugar de Madrid, en el ala este de la clínica Santa Cristina, cinco bebés esperaban un traslado. Uno de ellos tal vez se llamaba Mateo. Tal vez tenía los ojos grises de su madre. Tal vez la reconocería.

O tal vez todo era humo, y ella estaba a punto de perder lo poco que le quedaba de cordura.

En setenta y tres minutos lo sabría.

La lluvia arreció. Irene no supo si el agua en sus mejillas era del cielo o de sus ojos. No importaba. Pronto, nada de esto importaría.

Solo la verdad. Terrible, imposible, necesaria.

En setenta y un minutos.

7

El metro las vomitó en Moncloa a las 13:47.

Irene contaba los segundos. Trece minutos para el traslado. Setecientos ochenta latidos para llegar a su hijo. La cofia de enfermera le arañaba el cuero cabelludo como dedos nerviosos; el uniforme prestado apestaba a lejía y miedo ajeno.

—Laura Sánchez —susurró M por tercera vez—. Auxiliar del Gregorio Marañón. Baja por enfermedad.

—Ya lo sé.

Pero el nombre falso se atascaba en su garganta como cristal molido. Laura Sánchez no había perdido un hijo. Laura Sánchez no llevaba diecisiete meses muriéndose por dentro.

La clínica Santa Cristina emergió entre los edificios residenciales. Discreta. Cara. Letal.

«Centro Médico Santa Cristina - Especialidades Pediátricas», rezaba la placa de bronce. Irene casi escupió. Especialidades en robar bebés, más bien.

—Ahí están —M señaló con la barbilla.

Miriam y Luz esperaban junto a la entrada de servicio. Uniformes idénticos, manos que no paraban de moverse. Tocarse el pelo. Ajustarse la cofia. Morderse las uñas. El lenguaje corporal de madres a punto de recuperar lo imposible.

—¿Rosa? —la voz de Irene tembló.

—Ya está dentro —Luz miró su reloj—. Dos minutos para el show.

Rosa. La del elefante azul que abrazaba como si fuera su hijo muerto. En ciento veinte segundos fingiría un ataque epiléptico en urgencias. Convulsiones estudiadas durante semanas. Espuma falsa preparada en casa. Todo para vaciar los pasillos durante los minutos cruciales.

—Si algo sale mal... —empezó M.

—Cada una por su lado —completaron todas al unísono.

Era el mantra. Mejor una presa que siete. Mejor un testimonio que silencio total.

13:54. El reloj de M podría haber sido una bomba.

Una ambulancia aulló a lo lejos. ¿Rosa? ¿O coincidencia?

—Ahora.

M deslizó la tarjeta clonada. El lector parpadeó rojo. El estómago de Irene cayó en picado.

—Madre mía, madre mía, madre mía...

M volvió a pasar la tarjeta. Más despacio. Como acariciándola.

Verde.

La puerta se abrió con un suspiro neumático.

Entraron.

El olor golpeó a Irene como un recuerdo físico. Ese cóctel de desinfectante caro y algo más. Algo que olía a secretos. A madres sedadas. A bebés que no llegaron a llorar en brazos correctos.

Caminaron en formación. No muy juntas —sospechoso—. No muy separadas —débiles—. M delante, conociendo el camino. Las demás siguiendo como sombras con cofias.

Primera planta. El ascensor habría sido más rápido, pero las cámaras del ascensor grababan caras. Las escaleras solo grababan cuerpos.

Ala este. Irene contaba las puertas. Una. Dos.

Tercera puerta a la derecha.

M ya estaba tecleando. 2847. Los números que Marina había pagado con su vida.

Clic.

La antesala era blanca. Clínicamente, obscenamente blanca. Tres puertas más. Cada una con una ventanilla de cristal reforzado.

Irene se asomó a la primera y el universo se detuvo.

Cinco cunas. Cinco. Con rueditas, listas para rodar hacia aviones privados y vidas robadas. Y dentro...

—¡Muévete! —siseó M—. ¡Graba!

Las manos de Irene temblaban tanto que el móvil casi se le cae. Sin SIM, había dicho M. Solo cámara. Solo evidencia.

Enfocó. Cinco bebés en ese sueño químico que no era sueño. Demasiado quietos. Demasiado perfectos. Como muñecos esperando compradores.

B-47. C-23. A-15. Códigos de producto, no nombres de personas.

—Mira el último —Miriam había palidecido.

Irene se movió hacia la cuna del fondo. El bebé era mayor. Pelo oscuro que reconocería en cualquier multitud. La etiqueta decía D-08, pero el tobillo...

El tobillo tenía una pulsera hospitalaria.

No respires. No tiembles. Lee.

MR-150523.

Mateo Rivas. 15 de mayo de 2023.

El mundo estalló y se recompuso. Ahí. Ahí. AHÍ estaba su hijo. Respirando. Creciendo. Existiendo a tres metros de sus brazos vacíos.

—No —M la agarró cuando Irene avanzó hacia la cuna—. Las pruebas primero.

—Es Mateo.

—Lo sé, pero si te lo llevas ahora...

La puerta principal reventó. Una enfermera entró empujando un carrito médico. El tiempo se congeló mientras procesaba la escena: cuatro mujeres donde no debería haber ninguna.

—¿Qué hacéis aquí...?

Luz reaccionó primero. Puro instinto de madre. Se lanzó sobre la enfermera, tapándole la boca con una mano mientras con la otra intentaba controlarla. El carrito volcó. Instrumental médico esparciéndose como metralla.

—¡Nos vamos! —M ya estaba en la puerta.

—¡No!

Irene plantó los pies. M tiraba de ella. Detrás, Luz y la enfermera rodaban por el suelo. Miriam miraba el pasillo con ojos de animal acorralado.

—¡Vienen! ¡Dos guardias!

—Ventana —ordenó M.

—¿Estás loca? Estamos en un primero...

La puerta se abrió. Uniformes azules. Porras ya en mano.

—¡Quietas ahí!

El infierno se desató.

Luz soltó a la enfermera. Error. La mujer empezó a gritar como si la despellejaran. Los bebés despertaron. Primero uno. Luego todos. Un coro de llantos que cortaba el alma.

Miriam intentó bloquear a un guardia. Recibió un porrazo en las costillas que la dobló. M arrastraba a Irene hacia la ventana.

Y entonces Mateo abrió los ojos.

Grises. Los ojos grises de todos los Rivas desde tiempo inmemorial. No lloraba como los otros. Solo miraba. Directamente a ella. Reconociéndola.

—¡Mamá está aquí! —el grito salió del centro de su ser—. ¡Voy a volver por ti!

Mientras M la arrastraba hacia la ventana, Irene vio algo que le heló la sangre: sobre el carrito médico, una pulsera de traslado nueva marcada «Destino: ARN-Estocolmo» y debajo, en rojo: «Urgente - 24h».

M la empujó por la ventana abierta.

La caída fue brutal. El tobillo crujió al impactar. Rodó por césped húmedo mientras cuerpos caían a su alrededor como frutas maduras. El sabor metálico de la sangre —se había mordido la lengua— mezclándose con tierra.

—¡Corre!

M tiraba de ella. Corrieron hacia la valla. Cojeando. Tropezando. Detrás, sirenas acercándose como aullidos de lobos hambrientos.

Pero Irene ya no las oía.

Solo oía los ojos grises de su hijo.

Mirándola.

Esperándola.

8

Saltaron la valla. Al otro lado, la furgoneta de reparto que habían preparado. Rosa al volante, pálida pero decidida. Se lanzaron dentro mientras arrancaba.

—¿Todas? —jadeó Rosa.

—Falta Raquel —M miraba por la ventanilla trasera—. ¡La madre que la parió! La han cogido.

—¿Y las pruebas? —preguntó Luz, sujetándose un corte en la frente.

Irene mostró el móvil. Había grabado treinta segundos antes del caos. Cinco cunas. Cinco bebés. Un tobillo con una pulsera. No era suficiente. Ni de lejos.

—Lo siento —murmuró—. Cuando lo vi... no pude...

—Hiciste lo que cualquiera habría hecho —dijo M, pero su voz delataba la decepción.

La furgoneta serpenteaba por calles secundarias. Rosa conducía con la pericia de quien ha huido antes. En el silencio, solo se oía la respiración agitada y el motor protestando.

—Nos han visto las caras —dijo finalmente Luz—. Las cámaras...

—Marina las desactivó antes de... —M se interrumpió—. No. Habrán arreglado el sistema. Menudo lío.

—¿Qué hacemos? —preguntó Rosa.

—Separarnos. Ya conocéis el protocolo. Lugares seguros, sin contacto durante cuarenta y ocho horas. Si Raquel habla...

—Raquel no hablará —dijo Irene con una convicción que no sentía.

—Todas hablamos al final —M sacó un sobre del bolsillo y se lo tendió a Irene—. Tu documentación nueva. Úsala solo si es absolutamente necesario.

Irene abrió el sobre. Un DNI falso con su foto pero otro nombre: María Jiménez. Tarjetas de crédito. Hasta un abono de transporte.

—¿De dónde...?

—Marina preparó identidades para todas. Por si acaso —M la miró fijamente—. Desaparece un tiempo. Cuando las cosas se calmen, te contactaremos.

—No. No voy a esconderme. He visto a mi hijo. Está vivo. No voy a...

—¿Y qué vas a hacer? —la voz de M era dura—. ¿Volver a entrar? ¿Llamar a la policía con un vídeo de treinta segundos? Raquel está detenida. Tienen nuestras caras. En unas horas seremos las terroristas que intentaron secuestrar bebés de una clínica.

Terroristas. La palabra cayó como una losa. Porque eso dirían los medios. Locas peligrosas atacando una institución médica respetable. Y con sus historiales psiquiátricos, ¿quién las creería?

La furgoneta se detuvo en una zona industrial de Fuencarral.

—Aquí nos separamos —anunció Rosa—. Hay coches preparados. Irene viene conmigo.

—No —protestó M—. El protocolo dice...

—Al diablo con el protocolo —Rosa la miró por el retrovisor—. Ha visto a su hijo. Necesita procesarlo. Sola se volverá loca de verdad.

Se bajaron en silencio. Tres coches anónimos esperaban. Luz se fue primero, sin despedirse. M dudó antes de subirse al suyo.

—Irene —se acercó—. Lo que has visto hoy... no dejes que te destruya. Úsalo. Transforma el dolor en combustible.

—¿Y Raquel?

—Rezaremos por ella —M subió al coche—. Y prepararemos el próximo intento. Porque habrá un próximo intento. Ahora sabemos que están vivos. Eso cambia todo.

Se fue, dejando a Irene y Rosa solas en el polígono industrial. El sol de octubre se escondía prematuramente tras nubes de tormenta.

—Vamos —dijo Rosa suavemente—. Conozco un sitio.

El coche de Rosa era un Corsa viejo que olía a ambientador de pino y tristeza. Condujeron en silencio por la M-40, alejándose de Madrid. Irene miraba sus manos. Las mismas manos que habían estado a centímetros de Mateo. Que podrían haberlo tocado, haberlo cargado, haberlo salvado.

—¿Adónde vamos? —preguntó finalmente.

—Tengo una casa en la sierra. Heredada de mis padres. Nadie sabe que existe —Rosa tomó un desvío hacia Navacerrada—. Podemos escondernos allí unos días. Pensar.

—Valeria me estará buscando. Habrá llamado a la policía, al doctor Mendoza...

—Bien. Que te busquen. Mientras tanto, procesarás lo que has visto. Y decidirás.

—¿Decidir qué?

Rosa la miró brevemente antes de volver la vista a la carretera.

—Si quieres seguir siendo Irene Rivas, la paciente psiquiátrica que perdió un hijo. O si quieres convertirte en otra cosa.

—¿En qué?

—En lo que todas nos hemos convertido, antes o después. En cazadoras —una sonrisa amarga cruzó su rostro—. Porque ahora que sabes que está vivo, no pararás. Ninguna paramos. Es nuestra maldición y nuestra salvación.

La carretera se adentraba en la sierra. Los pinos proyectaban sombras largas. En algún lugar de Madrid, probablemente ya habían emitido una orden de búsqueda. Mujer de treinta y nueve años, trastornos psiquiátricos, peligrosa para sí misma y otros.

Pero Irene ya no era esa mujer. La había dejado en el suelo de la clínica Santa Cristina, mirando los ojos grises de su hijo.

Ahora era otra cosa. Algo sin nombre todavía, pero con un propósito claro como el cristal:

Mateo estaba vivo.

Y ella lo recuperaría.

Aunque tardara el resto de su vida.

Aunque tuviera que convertirse en todo lo que decían que era: loca, peligrosa, criminal.

Porque las madres de verdad no se rinden.

Las madres de verdad cazan.

9

La casa de Rosa en la sierra olía a madera húmeda. Un refugio de piedra y vigas de los años setenta, escondido entre pinos que susurraban secretos al viento de octubre. Irene se sentó en el sofá desvencijado, las manos aún temblando por la adrenalina de la huida.

—Té —dijo Rosa, poniendo una taza humeante frente a ella—. Con miel. Para el shock.

Irene no tocó la taza. No podía. Cada vez que cerraba los ojos veía a Mateo. Sus ojos grises. La forma en que la había mirado, como si la reconociera a través de diecisiete meses de ausencia.

—Necesito volver —murmuró.

—No seas idiota. —Rosa se sentó frente a ella—. En este momento hay una orden de búsqueda con tu nombre. Las cámaras te grabaron. Raquel está detenida. Si vuelves ahora...

—Me da igual.

—Pues a mí no. —La voz de Rosa tenía el filo de quien ha perdido demasiado—. ¿Crees que eres la primera que dice eso? ¿La primera que quiere lanzarse de cabeza contra el muro? Mira dónde estoy yo. Tres años después. Escondida. Sola. Sin mi Tomás.

El nombre flotó entre ellas como un fantasma. Rosa se levantó bruscamente, fue hasta la ventana. La luz del atardecer la bañaba

en tonos dorados que no alcanzaban a borrar las sombras de su rostro.

—¿Qué le pasó a Raquel? —preguntó Irene—. ¿Crees que hablará?

—Raquel es fuerte. Pero todos tenemos un límite. —Rosa no se volvió—. Depende de qué historia le vendan. Intento de secuestro, probablemente. Grupo de mujeres desequilibradas. Con nuestros historiales...

No necesitaba terminar. Con sus historiales psiquiátricos, cualquier juez creería la versión oficial. Mujeres traumatizadas por pérdidas gestacionales que desarrollan delirios compartidos. Había hasta un término médico: folie à plusieurs.

El móvil sin SIM de Irene seguía en su bolsillo. Sacó el dispositivo, revisó el vídeo grabado. Treinta segundos de prueba. Cinco cunas. Un tobillo con una pulsera. La cámara temblando tanto que apenas se distinguían detalles.

—No es suficiente —dijo Rosa, que se había acercado a mirar—. Podrían decir que es cualquier sala de neonatos. Que malinterpretamos lo que vimos.

—Pero yo sé lo que vi. Mateo me miró. Me reconoció.

—Los bebés de esa edad no reconocen...

—¡Me reconoció! —La voz de Irene resonó en la casa vacía—. No me digas lo que los bebés pueden o no pueden hacer. No me digas lo que vi o no vi. Ya tuve suficiente de eso con Valeria y el doctor Mendoza.

Rosa levantó las manos en gesto de paz.

—Tienes razón. Perdona. Es solo que... —Se dejó caer en el sofá —. Es solo que he visto a demasiadas madres destruirse persiguiendo sombras. Y ahora que sabemos que están vivos, que es real, no podemos permitirnos perder a nadie más.

El silencio se extendió entre ellas. Afuera, el viento agitaba los pinos en una danza hipnótica. Irene finalmente tomó un sorbo de té. Estaba tibio, demasiado dulce.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

—Esperar. Cuarenta y ocho horas, dijo M. Luego reagruparnos, evaluar daños. Planear el siguiente movimiento.

—No puedo esperar cuarenta y ocho horas. Valeria ya habrá llamado a la policía. Me estarán buscando.

—Bien. Que te busquen. Aquí no te encontrarán. —Rosa se levantó—. Voy a preparar algo de comer. Necesitas fuerzas.

Mientras Rosa trasteaba en la cocina, Irene exploró la casa. Era más grande de lo que parecía desde fuera. Tres dormitorios, un estudio lleno de libros polvorientos. Y en una pared del pasillo, fotografías.

Rosa joven, sonriente, con un hombre de barba canosa. Rosa embarazada, las manos en la barriga prominente. Rosa en el hospital, exhausta pero radiante, con un bulto envuelto en mantas azules.

No había fotos después de esa.

—Era guapo, ¿verdad? —Rosa había aparecido a su espalda—. Mi marido. Murió dos meses después de perder a Tomás. Infarto, dijeron. Yo creo que fue de pena.

—Lo siento.

—Todos lo sentimos. —Rosa volvió a la cocina—. Por eso seguimos. Porque si no, ¿para qué tanto dolor?

Cenaron en silencio: sopa de sobre y pan duro. Comida de supervivencia. Afuera, la noche había caído como un manto, convirtiendo los pinos en sombras amenazantes.

—Hay algo que no entiendo —dijo Irene—. Si Marina tenía accesos, si sabía tanto, ¿por qué no fue directamente a por los bebés? ¿Por qué tanto protocolo, tanta preparación?

Rosa dejó la cuchara.

—¿Quieres la verdad? Porque Marina era lista. Sabía que no bastaba con recuperar a uno o dos bebés. Había que destruir todo el sistema. Y para eso necesitábamos pruebas irrefutables, no acciones desesperadas.

—Pero la atraparon igual.

—Sí. —Rosa empujó el plato—. Alguien la delató. Alguien de dentro. Por eso ahora somos tan cuidadosas. Por eso los códigos, las identidades falsas, los protocolos.

—¿Crees que fue una de nosotras?

—No lo sé. Espero que no. Pero el dolor hace cosas raras a la gente, Irene. Algunas se vuelven cazadoras. Otras... otras solo quieren que el dolor pare. Y harían cualquier cosa por un poco de paz.

La implicación era clara. Alguien había cambiado información por tranquilidad. Por pastillas más fuertes. Por el fin de la búsqueda.

El móvil de Rosa sonó. Número oculto. Se miraron.

—¿Contestas?

Rosa asintió, puso el altavoz.

—¿Sí?

—¿Rosa? —Era M, la voz tensa—. Escucha con atención. Raquel aguantó dos horas. Luego le ofrecieron un trato. Reducción de cargos si identificaba a las demás.

—Vaya faena.

—Aceptó. Tienen nombres. No todos, pero suficientes. Tu casa en Madrid ya no es segura. La de Luz tampoco. ¿Irene está contigo?

—Sí.

—Bien. Que no use su documentación real bajo ningún concepto. Los controles en aeropuertos y estaciones ya están activos. ¿Tienes los papeles que preparó Marina?

—En el coche.

—Úsalos. Y Rosa... lo siento, pero tienes que moverte. Esa casa está a tu nombre. La encontrarán.

—¿Cuándo?

—Horas. Tal vez menos. Depende de lo eficientes que sean. —Una pausa—. Hay un lugar seguro en Segovia. Te mando las coordenadas. Pero tenéis que salir ya.

La línea se cortó. Rosa e Irene se miraron. El refugio seguro había durado menos de seis horas.

—Coge lo esencial —ordenó Rosa, ya en movimiento—. Tenemos diez minutos máximo.

10

Irene no tenía nada que coger excepto el móvil y los recuerdos grabados en treinta segundos de vídeo tembloroso. Ayudó a Rosa a meter mantas y comida enlatada en bolsas.

—Documentación —dijo Rosa, sacando un sobre del cajón de la cocina—. Marina era muy previsora.

Dos juegos de identidades falsas. Carnés de conducir, tarjetas sanitarias, hasta tarjetas de biblioteca. Irene observó su nueva identidad: Laura Méndez, administrativa, natural de Cáceres.

—¿Esto funcionará?

—Durante un tiempo. Lo suficiente para desaparecer. —Rosa apagó las luces—. Vámonos.

Salieron a la noche cerrada. El Corsa arrancó al segundo intento. Rosa condujo sin luces hasta llegar a la carretera principal, entonces aceleró con la determinación de quien ha huido antes.

—¿Segovia? —preguntó Irene.

—Un piso franco. De los viejos tiempos de Marina, cuando creía que podríamos ganar por las buenas. —Rosa tomó una curva demasiado rápido—. Ahora sabemos mejor.

—¿Qué quieres decir?

—Que no se puede ganar limpiamente contra gente que trafica con bebés. Que tiene jueces y políticos en nómina. Que puede hacer desaparecer a mujeres inconvenientes. —Los faros iluminaron un

cartel: SEGOVIA 47 KM—. Solo podemos sobrevivir. Y esperar el momento.

—¿Qué momento?

—El momento en que cometan un error. Siempre lo cometen. La arrogancia los ciega. —Rosa miró por el retrovisor.

Irene se giró. Dos faros en la distancia, acercándose rápido.

—¿Nos siguen?

—No lo sé. Tal vez. —Rosa pisó el acelerador—. Agárrate.

El Corsa protestó pero respondió. La aguja pasó de cien a ciento veinte, vibrando peligrosamente. Los faros de atrás mantenían la distancia.

—Podría ser cualquiera —dijo Irene sin convicción.

—Sí. Podría. —Rosa tomó un desvío brusco—. Pero no vamos a comprobarlo.

Carretera secundaria. Sin luz excepto los faros del Corsa. Rosa conducía de memoria, o de instinto, o de pura desesperación. Los faros desaparecieron.

—¿Los perdimos?

—O tomaron otro camino. —Rosa no redujo la velocidad—. En Segovia nos separaremos. Es más seguro.

—No. He visto a mi hijo. No voy a esconderme ahora.

—Irene...

—He pasado diecisiete meses creyendo que estaba muerto. Diecisiete meses medicada hasta las cejas para olvidar. Y ahora sé que está vivo, que me reconoció, que está esperando. No voy a desaparecer.

Rosa suspiró.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Asaltar la clínica otra vez? ¿Viajar a Suecia? ¿Denunciarlo en los periódicos? Todo eso ya se ha intentado.

Suecia. La palabra golpeó a Irene como un rayo. M había mencionado destinos. Bélgica, Suiza, Holanda...

—¿Qué sabes de los destinos? ¿Adónde los llevan?

—Familias ricas que no pueden tener hijos. O que quieren características específicas. Marina tenía teorías... —Rosa dudó—. Teorías locas.

—En este punto, nada es demasiado loco.

—Hablaba de un programa. Algo más grande que simple tráfico. Selección genética, mejoramiento... —Rosa sacudió la cabeza—. Delirios, probablemente. Marina siempre fue dada a las conspiraciones.

Pero Irene recordaba las etiquetas. B-47. C-23. Como especímenes de laboratorio. Como productos en una cadena de montaje.

—¿Y si no eran delirios?

Rosa no respondió. Las luces de Segovia aparecieron en la distancia. Una ciudad amurallada brillando en la noche, ajena a los dramas de dos madres fugitivas.

—El piso está en el casco antiguo —dijo Rosa finalmente—. Encima de una tienda de antigüedades. La llave está bajo el tercer tiesto de la entrada.

—¿No vienes?

—Es mejor que no sepas adónde voy. Si te cogen... —Rosa aparcó en una calle lateral—. Toma. Dos mil euros en efectivo. El móvil encriptado. Y esto.

Le tendió un papel doblado.

—¿Qué es?

—La dirección del periodista del que habló Marta. David Sánchez, de El País. Marina confió en él antes de... antes. Tal vez te escuche. Tal vez no. Pero es lo único que tenemos.

Se miraron en la penumbra del coche. Dos desconocidas unidas por la pérdida. Dos madres sin hijos jugando a ser fugitivas.

—Gracias —dijo Irene.

—Encuentra a tu hijo —respondió Rosa—. Por todas nosotras.

Irene bajó del coche. Rosa arrancó sin mirar atrás, las luces traseras desvaneciéndose en la noche.

Sola en una ciudad desconocida, con identidad falsa y dos mil euros, Irene contempló las murallas medievales. Fortificaciones construidas para mantener fuera a los enemigos.

Pero ¿qué hacer cuando el enemigo ya estaba dentro? ¿Cuando tenía la cara del doctor Falcón, las manos de su hermana, la voz del sistema entero?

Encontró el piso siguiendo las instrucciones de Rosa. La llave estaba donde había dicho. El interior olía a cerrado y desesperanza.

Un refugio para fantasmas.

Irene se sentó en la única silla y sacó el móvil. El vídeo seguía ahí. Treinta segundos de verdad. Los ojos grises de Mateo mirándola.

No era suficiente para convencer a nadie.

Pero era suficiente para ella.

En algún lugar, Raquel estaría confesando nombres. La policía estaría peinando Madrid. Valeria estaría llorando lágrimas de hermana preocupada.

Y en la clínica Santa Cristina, cinco bebés habrían sido trasladados ya a sus destinos. Uno de ellos era Mateo.

Irene abrió el papel que le había dado Rosa. La dirección del periodista. Su única esperanza de que alguien creyera una historia que sonaba a locura.

Porque eso era lo brillante del sistema: sonaba exactamente como los delirios de una madre traumatizada. Bebés robados, vendidos al extranjero, conspiración médica. Cualquier psiquiatra lo catalogaría como libro de texto: psicosis posparto con ideación paranoide.

Excepto que era real.

Y ella tenía treinta segundos de vídeo para probarlo.

11

Cuatro de la madrugada.

Irene contaba las grietas del techo. Diecisiete. Como los meses sin Mateo.

El colchón apestaba a otros cuerpos, otros fracasos. El piso franco de Segovia era una tumba con ventanas, y ella su único cadáver respirando. Cada ruido la electrificaba: pasos arrastrados de borracho, motor diésel de camión de basura, madera vieja quejándose de su propio peso.

Sin pastillas, el mundo tenía dientes.

Laura Méndez.

El nombre falso sabía a ceniza. Lo masticaba mientras el café instantáneo se disolvía en agua tibia. Laura Méndez, administrativa de Cáceres. Treinta y ocho años. Soltera. Sin hijos.

Sin hijos que le hubieran robado.

El carné falso la miraba desde la mesa. Marina había sido un genio en los detalles: el sello borroso en el lugar exacto, la foto con esa expresión vacía de funcionario aburrido. Marina que ahora era pasto de peces en el Manzanares.

Silencio del móvil encriptado. Cuarenta y ocho horas, había prometido M. Pero cada segundo mudo era una puñalada. ¿Las habrían cazado? ¿Estaría sola?

No. Para. Respira.

Dos mil euros en billetes pequeños. Fortuna y miseria simultáneas. Alcanzaba para tres semanas de supervivencia o un billete a Estocolmo. No para ambas. Y después qué: ¿presentarse en casa de los Larsson? «Hola, vengo a por mi hijo muerto».

El vídeo. Malditos treinta segundos grabados con pulso de epiléptica. Play. Pausa. Los ojos grises de Mateo. Play. Pausa. No era delirio. No era locura. Su hijo la había visto.

Pero treinta segundos de temblor no abrirían tribunales.

David Sánchez. El País. La dirección garabateada por Rosa quemaba en su bolsillo. Madrid = peligro. Pero los periodistas de investigación no vivían en pueblos de cinco mil almas.

Estudió rutas toda la mañana. Mapas desplegados como estrategia militar. Tren = documentación = riesgo. Autobús = anonimato = supervivencia. Esperaría un día más. Los controles se relajarían. Los policías se aburrirían.

El hambre mordía a mediodía.

Gorra robada del piso. Gafas de sol. Caminar diferente: más lenta, hombros caídos. Laura Méndez no tendría la urgencia de una madre cazando fantasmas.

El mercado: caos perfecto para invisibilidad. Cien conversaciones superpuestas, olores de verdura podrida y pescado fresco. Compró supervivencia enlatada. Comida de huida.

—¿Nueva en el barrio? —La frutera tenía esa sonrisa de pueblo que todo lo registra.

—De paso.

No mires a los ojos. No sonrías. No existas.

—Si necesita algo...

Irene pagó y desapareció entre la multitud. Cada interacción era una huella digital. Cada palabra, una pista.

El piso la recibió con su abrazo mohoso. Comió atún de lata mientras estudiaba las notas de Rosa. David Sánchez: «Prudente. Verificar todo dos veces. No sensacionalismo. Hermana médico».

Marina había investigado. Marina había muerto.

La tarde se arrastró como melaza. Intentó leer: las palabras nadaban. Intentó dormir: la clínica explotaba detrás de sus párpados. Raquel arrastrada. Bebés llorando. Mateo mirándola.

18:47. El móvil encriptado resucitó.

«¿Sigues ahí?»

M. Viva. Los dedos de Irene volaron sobre las teclas.

«Sí».

«Raquel cantó. Cuatro nombres: Rosa, Luz, Marta y tú. Sin apellidos. Buscan por cámaras. CUIDADO».

El estómago en caída libre. Las cámaras de la clínica. Su cara pixelada en alguna comisaría.

«¿Las demás?»

«Dispersas. Seguras. Por ahora».

Por ahora. Siempre por ahora.

«Necesito el contacto del periodista».

«Madrid = suicidio».

«No hay opción».

Silencio digital. Luego:

«Pasado mañana. Guardia baja. Usa documentación. Si te pillan, no nos conoces».

«Entendido».

«Irene... lo de la clínica. No dejes que te pudra por dentro».

«Me mantiene viva».

Fin de transmisión.

Noche de memorización obsesiva. Laura Méndez. 12 de marzo de 1986. Cáceres. Administrativa. Paro. Sin traumas. Sin medicación. Sin hijo robado.

Una cáscara vacía a punto de contar lo imposible.

Amanecer bajo lluvia. Señal divina: paraguas esconderían caras, agua borraría huellas. Adelantaría el viaje.

Pero primero, testimonio. Móvil en modo selfie:

«Irene Rivas. 27 de octubre de 2024. Si aparezco muerta, sepan: mi hijo VIVE. Red de tráfico. Clínica Falcón. Pruebas en...»

¿Dónde? El paquete a Francia tardaría días. Las copias encima podían perderse. Pero era todo.

«Pruebas distribuidas. Busquen a las madres. Somos legión. No pararemos».

Guardar. Testimonio para nadie. O para todos.

Estación de autobuses de Segovia. Hormigón y fluorescentes. Billete con efectivo, cabeza gacha ante cámaras. Bus semivacío: estudiantes zombis, currantes derrotados, madre con gemelos berreando.

Asiento trasero. Ventanilla. Sesenta minutos que se estiraron como años. Cada parada = amenaza. Cada pasajero nuevo = policía potencial.

Nada.

Moncloa la escupió entre miles. Madrid: indiferencia perfecta para invisibilidad. Metro a Nuevos Ministerios. Después, a pie.

El País: torre de cristal y poder. ¿Cómo entrar? «Hola, me robaron un bebé muerto». Imposible.

Primera vuelta a la manzana. Reconocimiento.

Segunda vuelta. Valor reuniéndose.

Tercera vuelta. Ahí: hombre fumando. Cuarenta y pico. Barba de insomnio. Móvil al oído. Periodista. Tenía que serlo.

Esperó a que colgara. Respiró. Saltó.

—¿David Sánchez?

Ojos de halcón evaluándola. Loca o noticia. Pérdida de tiempo o premio.

—¿Quién pregunta?

—Tengo información. Clínica Falcón.

Clic. Pupilas dilatadas. Depredador oliendo sangre fresca.

—Soy David Sánchez.

Momento de verdad. Laura Méndez no conocería Falcón. Solo Irene Rivas tenía esa historia.

—Irene Rivas. Mi hijo está vivo.

Silencio. Cálculos. Cigarrillo apagándose entre dedos expertos.

—Cafetería. Esquina. —Señaló—. Treinta minutos para convencerme.

Treinta minutos.

Mil ochocientos segundos.

Para comprimir diecisiete meses de infierno en palabras que un extraño creyera.

Lo siguió bajo la lluvia. Documentos pesando como lápidas en el bolso. En algún lugar, Estocolmo guardaba a su hijo vivo.

Y ella tenía media hora para convencer a este desconocido de que los muertos a veces respiran.

De que las madres locas a veces tienen razón.

De que los milagros a veces vienen disfrazados de pesadillas.

Treinta minutos.

El reloj ya corría.

12

La cafetería era uno de esos lugares impersonales que proliferaban cerca de las zonas de oficinas. Mesas de formica, olor a aceite requemado, una camarera con cara de hastío que había visto demasiados dramas de sobremesa. David Sánchez pidió un cortado. Irene, un té que no pensaba tocar.

Se sentaron en una mesa del fondo, lejos de la ventana. El periodista sacó una libreta pequeña pero no la abrió. La dejó sobre la mesa como una advertencia silenciosa: esto podría ser oficial o podría no serlo, dependiendo de lo que dijera a continuación.

—Treinta minutos —repitió, mirando su reloj—. Empiezan ahora.

Irene había ensayado este momento cien veces en su cabeza. Había preparado argumentos, ordenado cronológicamente los hechos, seleccionado las pruebas más contundentes. Pero ahora, sentada frente a un desconocido que podría ser su salvación o su condena, las palabras se atascaban en su garganta como piedras.

—Mi hijo nació el 15 de mayo de 2023 —empezó, la voz más firme de lo que esperaba—. En la clínica Falcón. Me dijeron que había muerto.

David no reaccionó. Había cubierto suficientes historias de dolor para mantener la máscara profesional intacta. Pero algo en sus ojos cambió, un pequeño afilamiento de la atención.

—Continúe.

—Era un embarazo de FIV. Mi tercer intento. Había gastado todos mis ahorros, pedido un préstamo, vendido el coche. —Las palabras empezaban a fluir, cada una arrastrando a la siguiente—. Todo iba bien. Las ecografías perfectas. Mateo crecía según lo esperado. Hasta esa noche.

Se detuvo para beber un sorbo de té. Estaba frío, amargo. Como los recuerdos.

—¿Qué pasó esa noche?

—Empecé con contracciones. Dolor. Sangrado. Llamé a la clínica. El doctor Falcón me dijo que fuera inmediatamente. —Cerró los ojos, reviviendo—. Me sedaron casi al llegar. Dijeron que era un desprendimiento de placenta, que había que hacer una cesárea de emergencia.

—¿La sedación era necesaria?

La pregunta la sorprendió. Era técnica, específica. No la pregunta de alguien escéptico sino de alguien que había investigado procedimientos médicos.

—Eso creí entonces. Ahora sé que estuve en quirófano tres horas. Una cesárea de emergencia dura cuarenta y cinco minutos máximo.

David sacó un bolígrafo pero no escribió. Lo giró entre los dedos, un gesto que Irene interpretó como nerviosismo controlado.

—¿Qué recuerda después?

—Despertar en recuperación. El doctor Falcón diciéndome que... —La voz se le quebró. Diecisiete meses después, las palabras seguían cortando—. Que Mateo no había sobrevivido. Que había hecho todo lo posible. Me preguntó si quería verlo.

—¿Y lo vio?

—Un bulto envuelto en mantas blancas. Desde lejos. Estaba sedada, medicada. No podía enfocar bien. —Se inclinó hacia delante —. Pero una madre sabe. Algo no cuadraba. Se lo dije, pero me dijeron que era el trauma, que necesitaba descansar.

David seguía sin escribir. El bolígrafo giraba más rápido.

—¿Qué la hace pensar que su hijo está vivo?

Era la pregunta del millón. Irene sacó el móvil sin SIM, lo puso sobre la mesa.

—Porque lo he visto.

Por primera vez, David Sánchez perdió la compostura profesional. Se enderezó en la silla, los ojos fijos en el dispositivo.

—¿Cómo que lo ha visto?

—Hace dos días. En la clínica Santa Cristina. —Las palabras salieron atropelladas—. Hay una red. Roban bebés. Los venden. Tengo pruebas. Documentos. Nombres. Y este vídeo.

Reprodujo los treinta segundos. La imagen temblorosa, las cunas, el bebé con la pulsera MR-150523. Los ojos grises mirando a la cámara.

David observó en silencio. Pidió verlo otra vez. Y otra. A la cuarta vez, sacó su propio móvil.

—¿Le importa?

Grabó la pantalla del móvil de Irene con el suyo. Torpe, indirecto, pero Irene entendió: no quería dejar rastro digital directo.

—¿Cuántas más hay? —preguntó cuando terminó.

—Que yo sepa, al menos cuarenta y siete casos en dos años. Todas pacientes de FIV de Falcón. Todas con bebés que murieron en circunstancias extrañas. —Sacó los documentos del bolso—. Tengo nombres, fechas, cantidades pagadas.

David hojeó los papeles con rapidez experta. Se detuvo en el contrato de adopción de los Larsson.

—¿Cómo consiguió esto?

Irene dudó. No podía hablar de Marina, de M, de la red de madres. No podía poner en peligro a las demás.

—Alguien de dentro me lo hizo llegar. No puedo decir quién.

—¿Por qué acudir a mí? ¿Por qué no a la policía?

—Porque hay policías implicados. Jueces. Médicos. —Señaló un nombre en los documentos—. Este es el jefe de neonatología del Puerta de Hierro. Este otro, un juez de familia. La red es extensa.

David asintió lentamente. Había cubierto suficiente corrupción para saber reconocer los patrones.

—¿Sabe lo que me está pidiendo que publique? —Su voz era cuidadosa, medida—. Está acusando a una de las clínicas de fertilidad más prestigiosas de España de tráfico de bebés. Sin pruebas forenses, sin testimonios bajo juramento, con un vídeo de treinta segundos que podría ser de cualquier hospital.

El corazón de Irene se hundió. Había esperado... ¿qué? ¿Que la creyera inmediatamente? ¿Que publicara la historia mañana mismo?

—Pero —continuó David—, hay algo en su historia que concuerda con cosas que he estado investigando.

—¿Qué cosas?

El periodista tamborileó con los dedos sobre la mesa, claramente debatiendo cuánto revelar.

—Hace seis meses recibí una llamada anónima. Una mujer que decía ser enfermera. Hablaba de irregularidades en varias clínicas de fertilidad. Bebés que nacían muertos en proporciones estadísticamente imposibles. Familias adoptivas que pagaban cantidades exorbitantes. Prometió enviarme pruebas.

—¿Y las envió?

—No. Dos días después encontraron su cuerpo en el río Manzanares. Suicidio aparente. —David la miró fijamente—. Se llamaba Marina Expósito.

13

Marina. El nombre golpeó a Irene como una bofetada. Marina, que había dejado el mensaje en el espejo. Marina, que había preparado las identidades falsas. Marina, que había intentado avisar al mundo.

—La conocí —admitió en voz baja—. En el hospital. Fue... fue quien me hizo ver que algo no cuadraba.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Hace meses. La trasladaron. Dijeron que a otro centro, pero nadie sabía cuál.

David escribió por primera vez. Notas rápidas, telegráficas.

—¿Hay más mujeres dispuestas a hablar?

Irene pensó en Ana, en Andrea, en Rosa escondida en algún lugar. En todas las madres rotas buscando a sus hijos fantasma.

—Posiblemente. Pero tienen miedo. Muchas han sido medicadas, internadas. Sus familias no las creen. Son consideradas pacientes psiquiátricas con delirios.

—Incluida usted.

No era una pregunta. Irene sacó el blíster de pastillas del bolso, lo puso sobre la mesa. Clonazepam, sertralina, quetiapina. El cóctel químico del olvido.

—Se supone que debo tomarlas tres veces al día. Para mi «duelo patológico complicado». Para mis «episodios». —Empujó el blíster

hacia él—. Llevo tres días sin tomarlas. Por primera vez en meses puedo pensar con claridad. Y lo que pienso es que nos han robado a nuestros hijos y nos han medicado para que no hagamos preguntas.

David observó las pastillas como si fueran evidencia en un juicio.

—Necesito más —dijo finalmente—. Más pruebas, más testimonios. No puedo publicar algo así basándome solo en documentos que podrían ser falsificados y un vídeo ambiguo.

—¿Qué necesita?

—Acceso a historiales médicos oficiales. Testimonios de personal médico dispuesto a hablar con nombres y apellidos. Pruebas forenses de que los bebés declarados muertos están vivos. —Hizo una pausa—. Y necesito verificar cada documento que me ha mostrado. Eso lleva tiempo.

—No tengo tiempo. —La desesperación se filtró en su voz—. Mi hermana quiere internarme. En tres días podría estar encerrada, sedada hasta la inconsciencia.

—¿Su hermana es su tutora legal?

—No... no lo sé. Firmé papeles después de... después de un mal momento. No recuerdo qué firmé.

David sacó una tarjeta de visita, escribió algo en el reverso.

—Este es el número de una abogada. Ana Torrente. Es especialista en casos de tutela y derechos del paciente. Y es mi prima. Dígale que va de mi parte.

Irene tomó la tarjeta como si fuera un salvavidas.

—¿Y la historia? ¿La investigará?

—Ya la estoy investigando. Llevo seis meses siguiendo pistas desde que murió Marina. Pero necesito hacerlo bien. Un error, una acusación no fundamentada, y no solo perdería mi credibilidad. Podría acabar como ella.

La implicación era clara. Marina había sido silenciada. Cualquiera que escarbara demasiado podría seguir el mismo camino.

—¿Qué hago mientras tanto?

—Manténgase a salvo. Consiga más pruebas si puede, pero sin ponerse en peligro. Y busque a las otras madres. Cuantas más dispuestas a hablar, más difícil será desacreditarlas a todas.

—Hay una enfermera —recordó Irene—. Raquel. Era la jefa de enfermería de Falcón. Renunció poco después de que naciera mi hijo. Vive en Pozuelo ahora, en una casa que no podría pagar con su sueldo.

David anotó el nombre.

—¿Dirección exacta?

—No, pero una de las madres la está vigilando. Podría conseguirla.

—Hágalo. Pero con cuidado. Si está implicada y se asusta, podría desaparecer. O algo peor.

Habían pasado los treinta minutos. La camarera les lanzaba miradas significativas, esperando que dejaran la mesa libre para clientes que consumieran más que un café y un té.

David guardó su libreta.

—Voy a necesitar alguna forma de contactarla. ¿Tiene teléfono seguro?

Irene dudó. El móvil encriptado era para emergencias, para contacto con M y las demás. Pero David Sánchez era su mejor opción. Quizás la única.

Le dio el número.

—Solo mensajes de texto. Nada de llamadas a menos que sea absolutamente necesario.

—Entendido. —David se levantó, dejó dinero sobre la mesa—. Una cosa más. ¿Está segura de querer seguir con esto? Una vez que publique, si llego a publicar, su vida cambiará. La atacarán, cuestionarán su salud mental, su credibilidad. Puede que nunca recupere a su hijo, pero seguro que perderá cualquier vida normal que le quede.

Irene también se levantó. Por primera vez en días, se sintió erguida, sólida.

—La vida normal murió el 15 de mayo del año pasado. Solo me queda la verdad.

Salieron por separado, con cinco minutos de diferencia. Precauciones de espías aficionados que habrían resultado ridículas en otras circunstancias.

Irene caminó sin rumbo por las calles de Madrid, la tarjeta de la abogada quemando en su bolsillo. Por primera vez tenía algo

parecido a un plan. David Sánchez investigaría. Ana Torrente la ayudaría con el tema legal. Las otras madres aportarían testimonios.

No era mucho, pero era más de lo que había tenido esa mañana.

El móvil encriptado vibró. Un mensaje de un número desconocido: «Soy Ana. Andrea ha conseguido la dirección de Raquel. ¿Cuándo podemos vernos?»

Las piezas empezaban a moverse. Despacio, con cuidado, como en una partida de ajedrez donde el oponente controlaba la mayoría del tablero. Pero moverse al fin.

Respondió: «Mañana. Mismo lugar. Tenemos un periodista interesado».

No era una victoria. Ni siquiera era un avance claro. Pero después de diecisiete meses de derrota, de medicación, de que le dijeran que aceptara lo inaceptable, era un comienzo.

Y los comienzos, por pequeños que fueran, podían cambiar el mundo.

O al menos, el mundo de cuarenta y siete niños robados y las madres que se negaban a olvidarlos.

14

Cuatro de la tarde.

La conversación con David Sánchez era un eco que rebotaba en el cráneo de Irene mientras sus pies la llevaban sin rumbo definido. Las sombras de octubre se alargaban sobre el asfalto como dedos acusadores.

Decisión: refugio.

La Biblioteca Nacional se alzaba como una fortaleza de conocimiento. Perfecta para perderse. Laura Méndez —administrativa de Cáceres, sin hijos, sin traumas— firmó el registro con la caligrafía mediocre que había ensayado. Entre opositores exhaustos y estudiantes que sobrevivían a base de cafeína, era invisible.

Mesa. Cuaderno nuevo. Bolígrafo barato.

El cerebro de Irene funcionaba como una máquina de análisis. David Sánchez investigaría, cierto. Tiempo estimado: semanas en el mejor escenario. Meses más probables. Mateo no tenía ese tiempo. Cada día significaba una palabra más en sueco, un recuerdo menos de su madre biológica.

Vibración. Móvil encriptado.

Ana: «Andrea ha conseguido la dirección exacta de Raquel. Calle Velázquez 23, Pozuelo. ¿Qué hacemos?»

Los datos se procesaron instantáneamente. Raquel: enfermera que abandonó Falcón justo después de las muertes. Ahora viviendo en

una zona donde los metros cuadrados costaban más que un riñón en el mercado negro.

Conclusión: obviamente sospechoso.

«Esperad. Es peligroso acercarse sin plan».

La respuesta fue inmediata: «¿Cuándo entonces? Mi marido empieza a sospechar. Hago demasiadas preguntas».

Variable no calculada: los cónyuges. ¿Cuántos actuaban como vigilantes involuntarios? ¿O voluntarios?

«Mañana. Necesitamos más información primero».

Irene guardó el dispositivo y se concentró en el cuaderno. Dibujó un diagrama. Centro: Clínica Falcón. Primer círculo: personal médico directo. Segundo: facilitadores del sistema. Tercero: familias compradoras. Orbitando como satélites perdidos: las madres.

Pregunta sin respuesta: ¿dónde encajaba Valeria?

Un estudiante ocupó la mesa contigua. Códigos civiles como armas contundentes. Irene bajó la cabeza, cubrió parcialmente su rostro. Reflejo automático. En algún lugar del sistema, su fotografía circulaba con la etiqueta: peligrosa.

Conclusión: necesitaba cambiar su aspecto. Inmediatamente.

El espejo del baño de la biblioteca no mentía. Pelo castaño sin gracia, canas prematuras por cortesía del estrés, aspecto general de madre en duelo. Laura Méndez no podía tener esa apariencia.

Plan ejecutado con precisión militar. Farmacia: tinte rubio ceniza, tijeras. Bazar chino: gafas sin graduación, gorra. Presupuesto: veintitrés euros. Transformación: necesaria.

El autobús a Segovia. Ocupación: cuarenta por ciento. Demografía: trabajadores del turno de tarde regresando a sus vidas de clase media baja. Irene: gorra calada, ojos cerrados, todos los sentidos alerta. Cada parada representaba un riesgo calculado.

Resultado: sin incidentes.

El piso franco la recibió con su característico aroma a humedad y desesperanza. Directa al baño. Operación transformación.

Las tijeras hicieron su trabajo. Mechones cayendo como pequeñas rendiciones. El resultado: un bob irregular que gritaba «corte casero por necesidad económica». Perfecto para Laura Méndez.

El tinte siguiente. El olor químico activó memorias no deseadas. Formol. Hospital. Aquella noche.

Treinta minutos de espera. Treinta minutos con el vídeo en bucle. Los ojos grises de Mateo. Esa mirada que había atravesado el caos para encontrarla.

¿Proyección psicológica de una mente desesperada?

Negativo. La duda era un lujo que no podía permitirse.

Resultado final en el espejo: desconocida. Misión cumplida.

El móvil encriptado rompió el silencio. Llamada entrante. Protocolo roto: solo emergencias justificaban llamadas.

—¿Sí?

—Irene, soy Rosa. —Voz controlada pero con subtexto de pánico —. Han encontrado mi casa de Madrid. Registro completo. No estaba presente, pero...

—¿Estás a salvo?

—Por ahora. Ubicación mejor no revelada. Pero escucha: información nueva. Teresa, del grupo veterano. Perdió hija en 2019. Tiene datos.

—Continúa.

—Raquel no fue la primera deserción. Patricia Soto, enfermera, 2021. Desapareció tras incidente nivel crítico.

—Especifica.

—Madre despertó durante cesárea. Presenció extracción de bebé vivo. Intentó denuncia. Resultado: internamiento psiquiátrico Leganés. Diagnóstico: psicosis puerperal.

Nueva pieza del puzle. Patrón confirmándose.

—¿Paradero de Patricia?

—Huida internacional. Pero antes: contactó madres selectas. Afirmó poseer copias de documentación comprometedora. Prometió retorno cuando condiciones lo permitieran.

—Localización actual.

—Desconocida. Pero Teresa tiene ventaja: primo de Patricia. Residente en Vallecas. Posible fuente de información.

Irene procesó los datos. Cada nueva información abría tres preguntas adicionales.

—Rosa, ¿vector de infiltración en tu domicilio?

Pausa significativa.

—Raquel proporcionó más información de la calculada. Nombres más ubicaciones de pisos francos. Están ejecutando operación limpieza en Madrid.

Alerta máxima. Si los refugios estaban comprometidos...

—Precaución adicional requerida —Rosa bajó el volumen—. Inteligencia indica infiltración en grupos. Nuevas «madres» demasiado perfectas. Señales de alerta evidentes.

Comunicación terminada.

Irene calentó una lata de sopa. Sabor: supervivencia industrial. Mientras ingería el líquido tibio, su cerebro organizaba la información. Patricia Soto: variable clave. Documentación oculta: potencial cambio de juego. Primo en Vallecas: siguiente movimiento lógico.

Vibración. M en texto: «Malas noticias. Bebés trasladados. Santa Cristina vacía. Limpieza total».

El golpe fue físico. Los cinco bebés —incluido el potencial Mateo— dispersados nuevamente.

«¿Destinos?»

«En investigación. Dificultad extrema. Seguridad maximizada en TODAS las clínicas asociadas».

Clínicas. Plural. La red mostraba su verdadera extensión.

Sin sueño. Ventana. Vista a calle desierta. En algún punto de Madrid: David Sánchez verificando fuentes. Ana Torrente estudiando precedentes legales. El mundo oficial moviendo sus engranajes oxidados.

Mientras tanto, ella operaba en las sombras.

Nueva lista operativa:

- Contacto primo Patricia Soto (Vallecas) - PRIORIDAD MÁXIMA
- Vigilancia Raquel - PRECAUCIÓN EXTREMA
- Mapeo clínicas red - INTELIGENCIA
- Testimonio madre psiquiátrico - VALOR PROBATORIO

- Formalización apoyo legal Ana Torrente - COBERTURA

Misión para equipo completo. Recursos disponibles: madres desesperadas convertidas en soldados.

Dos de la madrugada. Ojos cerrados por necesidad fisiológica, no por sueño real.

Mañana. Madrid. Vallecas. Un primo que quizás tuviera la llave del arsenal que Patricia Soto había ocultado.

Y si existía justicia en este universo de caos, uno de esos caminos conduciría a Mateo.

Los sueños llegaron poblados de pasillos infinitos y bebés sin rostro. Pero al fondo, siempre al fondo, unos ojos grises que la reconocían.

La caza continuaba.

Porque las madres de verdad no se rinden.

Jamás.

15

El amanecer llegó a Segovia envuelto en niebla, difuminando los contornos del mundo como si la realidad misma dudara de su solidez. Irene despertó en el suelo del piso franco, donde había terminado durmiendo después de que el colchón se volviera insoportablemente blando tras meses de camas de hospital y sofás prestados. El cuello le dolía, pero era un dolor limpio, sin el filtro algodonoso de las pastillas.

Se preparó café instantáneo mientras revisaba sus notas de la noche anterior. La lista de acciones parecía más ambiciosa a la luz del día, casi temeraria. Pero era lo único que tenía: un mapa improvisado hacia una verdad que todos querían enterrada.

El móvil encriptado permaneció en silencio. Las primeras horas de la mañana transcurrieron con una lentitud exasperante mientras Irene esperaba noticias, instrucciones, cualquier cosa que rompiera el aislamiento del piso. Pero el silencio también era información: significaba que las demás seguían escondidas, seguían a salvo.

A las nueve decidió que no podía esperar más. Laura Méndez, con su nuevo pelo rubio ceniza mal cortado, tenía trabajo que hacer. Se vistió con ropa anodina comprada en el bazar chino: vaqueros baratos, sudadera gris, las gafas sin graduar que le daban un aire de estudiante perpetua. En el espejo, una desconocida le devolvió la mirada.

El autobús a Madrid salía cada hora. Irene tomó el de las diez, sentándose en la parte trasera con un libro que fingió leer mientras memorizaba a cada pasajero. Una pareja de ancianos que discutían sobre la lista de la compra. Tres estudiantes con resaca del miércoles universitario. Una mujer con dos niños pequeños que no paraban de pedir chucherías.

Normal. Todo dolorosamente normal.

Madrid la recibió con su indiferencia habitual. Irene tomó el metro hasta Vallecas, el barrio donde supuestamente vivía el primo de Patricia Soto. No tenía dirección exacta, solo un nombre —Miguel Soto— y la esperanza de que alguien en el barrio lo conociera.

Empezó por los bares. En el tercero, un establecimiento que olía a fritanga y años mejores, el camarero reaccionó al nombre.

—¿Miguel Soto? Sí, claro. Tiene el taller mecánico dos calles más abajo. Pero abre por las tardes. Por las mañanas trabaja en Correos.

Información. Pequeña, trivial, pero información al fin. Irene pidió un café para justificar su presencia y se sentó junto a la ventana. Vallecas bullía de vida obrera: madres empujando carritos de la compra, jubilados camino del centro de día, jóvenes sin prisa aparente hacia ninguna parte.

¿Cómo abordar a Miguel Soto? No podía simplemente presentarse y preguntar por su prima desaparecida. Necesitaba una historia, una razón creíble para buscar a Patricia después de tres años.

El móvil vibró. Un mensaje de Ana: «He pasado por la casa de Raquel esta mañana. Coche en el garaje, persianas bajadas. Parece que no ha salido».

«Ten cuidado», respondió Irene. «Podría estar vigilada».

«Lo sé. Andrea está en un café enfrente, observando. Turnos de dos horas».

Vigilancia amateur, pero era lo que tenían. Irene terminó el café y salió a buscar el taller mecánico. Lo encontró en una calle secundaria: «Talleres Soto - Mecánica General» pintado en un rótulo descolorido.

Estaba cerrado, como había predicho el camarero. Irene observó el local desde la acera de enfrente. Pequeño, familiar, con ese aire de negocio que sobrevive más por inercia que por prosperidad. En el

escaparate, entre pegatinas de marcas de aceite, había una foto descolorida: un hombre sonriente junto a un coche clásico restaurado.

Volvería por la tarde. Mientras tanto, tenía otra visita que hacer.

El psiquiátrico de Leganés estaba a las afueras, un complejo de edificios bajos rodeados de jardines que pretendían ser terapéuticos pero solo conseguían parecer tristes. Irene había llamado desde una cabina telefónica, haciéndose pasar por una estudiante de psicología interesada en hacer prácticas. Le dijeron que las visitas de familiares eran de cuatro a seis, pero que necesitaría autorización previa.

No tenía autorización. No era familiar. Pero necesitaba ver a esa mujer, la que había despertado durante el procedimiento, la que había visto la verdad y había sido castigada con el diagnóstico de locura.

Se sentó en un banco del parque cercano al psiquiátrico, observando las idas y venidas. Enfermeros fumando en los descansos. Familiares con bolsas de comida. Un furgón de lavandería que entraba por la puerta de servicio.

Una idea empezó a formarse. Arriesgada, probablemente estúpida, pero factible.

Volvió al centro de Madrid y buscó una tienda de uniformes laborales. Compró un conjunto de limpieza básico: pantalón y chaquetilla azul marino, el tipo que podría usar cualquier empleada de servicios. En una papelería compró una tarjeta de plástico en blanco y un cordón.

A las tres estaba de vuelta en Vallecas. El taller de Miguel Soto ya estaba abierto. A través de la puerta entreabierta se oía el ruido de herramientas y una radio mal sintonizada. Irene respiró hondo y entró.

El taller era exactamente como había imaginado: olor a grasa y metal, calendarios de chicas en bikini de hace tres años, un desorden que solo tenía sentido para quien trabajaba allí. Un hombre de unos cuarenta años salió de debajo de un coche, limpiándose las manos en un trapo.

—¿Miguel Soto?

—El mismo. ¿Qué le pasa al coche?

—No es por un coche. —Irene había ensayado esto en el metro—. Soy periodista freelance. Estoy investigando una historia sobre profesionales sanitarios que han denunciado irregularidades en el sistema. Me han hablado de su prima Patricia.

El cambio en Miguel fue instantáneo. La sonrisa profesional se evaporó, reemplazada por una máscara de desconfianza.

—No sé de qué me habla.

—Patricia Soto. Enfermera. Trabajó en la clínica Falcón hasta 2021.

—Mi prima se fue del país. No tengo contacto con ella.

—Lo sé. Y entiendo por qué se fue. —Irene bajó la voz—. Pero hay otras personas en su misma situación. Personas que necesitan que alguien cuente su historia.

Miguel la estudió durante largos segundos. Irene podía ver la batalla interna: el deseo de proteger a su prima contra la posibilidad de que, por fin, alguien la creyera.

—No sé dónde está —dijo finalmente—. Y aunque lo supiera, no se lo diría a una desconocida.

—¿Y si le dijera que hay madres buscando a sus hijos? ¿Que lo que Patricia presenció sigue ocurriendo?

Algo cambió en la expresión de Miguel. Dejó el trapo sobre un banco de trabajo y se acercó.

—¿Madres?

—Al menos cuarenta y siete en los últimos años. Todas les dijeron que sus bebés habían muerto. Patricia sabía la verdad, ¿no es así?

Miguel miró hacia la calle, verificando que no hubiera nadie cerca.

—Cierre la puerta.

Irene obedeció. El taller quedó en penumbra, iluminado solo por fluorescentes.

—Patricia vino aquí una noche —empezó Miguel—. Hace tres años. Estaba aterrada. Decía que la seguían, que la iban a matar como a las otras. Le dije que estaba paranoica, que...

Se interrumpió, frotándose la cara con manos que dejaron manchas de grasa.

—¿Qué le contó exactamente?

—Locuras. O eso pensé entonces. Bebés vivos declarados muertos. Adopciones ilegales. Una red que llegaba hasta arriba. Me

dijo que tenía pruebas pero que no podía ir a la policía porque había policías implicados.

—¿Le dijo qué tipo de pruebas?

—Copias de historiales. Grabaciones. Incluso fotos. Dijo que lo había guardado todo en un lugar seguro, que algún día volvería a sacarlo cuando no estuviera en peligro.

El corazón de Irene se aceleró.

—¿Dónde las guardó?

—No me lo dijo. Solo que era un lugar donde nadie pensaría en buscar. —Miguel se apoyó contra un coche a medio reparar—. La ayudé a salir del país. Un amigo camionero la llevó hasta Francia. Desde allí, no sé. Me mandó una postal desde Marsella diciendo que estaba bien. Nada más.

—¿Conserva la postal?

16

Miguel dudó, luego fue hacia el fondo del taller. Volvió con una caja de zapatos llena de facturas y papeles. Rebuscó hasta sacar una postal con la imagen del puerto viejo de Marsella. El reverso tenía un mensaje breve: «Estoy a salvo. Cuida de mamá. No me busques. P.»

—¿Puedo...? —Irene sacó el móvil—. ¿Puedo hacer una foto? Solo del matasellos. Podría ayudar a encontrarla.

Miguel asintió a regañadientes. Irene fotografió la postal, notando la fecha: agosto de 2021. Más de tres años de silencio.

—Su madre, ¿sigue viva?

—Murió el año pasado. Cáncer. Patricia no pudo venir al funeral. —La amargura tiñó su voz—. Ni siquiera pudo despedirse por miedo a que la encontraran.

—Lo siento.

—¿De verdad es periodista?

La pregunta la pilló desprevenida. Había mentido con tanta frecuencia en los últimos días que casi había olvidado la verdad.

—No —admitió—. Soy una de las madres. Me dijeron que mi hijo había muerto. Ahora sé que está vivo.

Miguel la miró con algo que podría ser compasión o lástima.

—Déjelo estar. Patricia lo dejó todo por saber la verdad y mire dónde está. Sola, escondida, sin poder volver. ¿Vale la pena?

—Mi hijo está vivo —repitió Irene—. No hay nada más que valga la pena.

Salió del taller con más preguntas que respuestas. Patricia había huido con pruebas, pero ¿dónde las había escondido? «Un lugar donde nadie pensaría en buscar». Podría ser cualquier sitio.

Eran las cuatro y media. Tiempo justo para su siguiente parada.

El psiquiátrico de Leganés parecía más imponente a la hora de visitas. Familiares haciendo cola en recepción, bolsas registradas, nombres anotados. Irene se dirigió a la entrada de servicio que había observado antes. El furgón de lavandería seguía allí, con las puertas traseras abiertas.

Se puso el uniforme que había comprado en unos baños públicos cercanos. La tarjeta en blanco colgada del cuello podría pasar por identificación a distancia. Caminó con propósito hacia el furgón, cogió una bolsa de sábanas limpias, y entró por la puerta de servicio como si lo hubiera hecho cientos de veces.

Nadie la detuvo. En lugares como este, los uniformes de servicio eran invisibles.

Siguió los carteles hacia el ala de larga estancia. Necesitaba encontrar a una paciente cuyo nombre no conocía, ingresada en 2021 por «psicosis puerperal» según Rosa. No era mucho para empezar.

En la segunda planta encontró una sala de enfermería. Esperó a que quedara vacía y entró. Los archivos de pacientes estaban digitalizados, pero había un tablón con las asignaciones del día. Escaneó los nombres buscando alguna pista.

«Habitación 237 - Sra. Carmona - Medicación 18:00»
«Habitación 239 - Sra. López - Terapia grupal 16:30»
«Habitación 241 - Sra. Vega - Restricción de visitas»

Restricción de visitas. Eso podría ser algo.

Dejó la bolsa de lavandería y se dirigió al pasillo de habitaciones. La 241 estaba al final, puerta cerrada. A través del cristal reforzado vio a una mujer sentada en la cama, mirando por la ventana. Treinta y tantos años, pelo negro recogido en una cola, la quietud estudiada de quien ha aprendido que moverse demasiado trae consecuencias.

Irene miró alrededor. El pasillo estaba vacío. Golpeó suavemente en la puerta.

La mujer se volvió. Ojos oscuros. No pareció sorprendida por la visita inesperada.

—¿Servicio de limpieza? —preguntó Irene a través del cristal.

La mujer asintió y volvió a mirar por la ventana. Irene probó el pomo. No estaba cerrado con llave. Entró despacio, cerrando tras de sí.

—No vengo a limpiar —dijo en voz baja—. Vengo por lo de su bebé.

El cambio fue eléctrico. La mujer se tensó como un animal acorralado.

—No tengo ningún bebé. Fue un delirio. Estoy mejor ahora. Las pastillas ayudan.

Las palabras sonaban ensayadas, repetidas hasta perder significado.

—Sé que lo vio. Sé que estaba vivo cuando se lo llevaron. No está loca, señora Vega. Nunca lo estuvo.

Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas.

—No me llamo Vega. Es el nombre que me pusieron aquí. Me llamo Lucía Herrero. Y mi hijo... mi hijo tenía los ojos azules. Como su padre. Los vi cuando se lo llevaban. Estaba llorando.

Irene se sentó en la cama junto a ella.

—¿Qué recuerda exactamente?

—Me desperté durante la cesárea. No debería haber pasado, pero la anestesia... no sé, falló. Vi al doctor Falcón con mi bebé. Estaba vivo, llorando. Una enfermera lo envolvió y salió corriendo. Grité, pero me volvieron a sedar. Cuando desperté me dijeron que había muerto. Que lo del quirófano había sido una alucinación.

—¿Qué enfermera se lo llevó?

—Morena, joven. No la había visto antes. Oí que alguien la llamaba Patricia.

Patricia Soto. Otro hilo conectándose.

—Cuando intentó denunciarlo...

—Nadie me creyó. Mi marido dijo que estaba traumatizada. Mi madre, que necesitaba ayuda. Y cuando insistí, cuando fui a la

policía, a los periódicos... —Se tocó las muñecas, donde se adivinaban cicatrices antiguas—. Dijeron que había intentado suicidarme. Que era un peligro para mí misma. Tres años llevo aquí. Tres años de pastillas y terapia para aceptar que mi hijo murió.

—Pero no lo acepta.

—¿Cómo voy a aceptar algo que sé que es mentira? —La voz se quebró—. Al principio luchaba. Gritaba la verdad a quien quisiera oír. Pero aquí, cuanto más insistes en la verdad, más loca te consideran. Así que aprendí. Finjo tomar las pastillas. Digo lo que quieren oír. Espero.

—¿Espera qué?

—No lo sé. Una señal. Un milagro. Alguien que me crea.

Irene sacó el móvil. Mostró el vídeo de los treinta segundos, las cunas en la clínica Santa Cristina.

—Esto fue hace tres días. Bebés vivos a punto de ser trasladados. Su hijo podría ser uno de ellos. Podría estar vivo.

17

Lucía observó el vídeo una y otra vez, las lágrimas cayendo silenciosas.

—¿Cómo...? ¿Quién...?

—Hay más madres. Muchas más. Estamos organizándonos. Tenemos pruebas. Hay un periodista investigando. Pero necesitamos testimonios, necesitamos...

La puerta se abrió bruscamente. Una enfermera corpulenta entró con cara de pocos amigos.

—¿Qué hace aquí? Esta paciente tiene restricción de visitas.

—Servicio de limpieza —dijo Irene, rezando porque el uniforme fuera suficiente—. Me dijeron que limpiara todas las habitaciones.

—La limpieza se hace por las mañanas. ¿Quién es usted?

Irene se levantó, intentando proyectar calma.

—Soy nueva. Debo haberme confundido.

La enfermera entrecerró los ojos, mirando la tarjeta en blanco.

—Enséñeme su identificación.

No había salida. Irene miró a Lucía, que había vuelto a su pose catatónica mirando por la ventana.

—La he olvidado en el vestuario.

—Acompáñeme. Vamos a aclarar esto con seguridad.

Era el fin. La llevarían a seguridad, comprobarían que no trabajaba allí, llamarían a la policía. La foto de Irene Rivas aparecería, la mujer

con problemas mentales desaparecida.

Pero mientras la enfermera la agarraba del brazo, Lucía habló:

—Es mi prima.

Ambas se volvieron hacia ella.

—¿Qué?

—Es mi prima Laura. —Lucía las miró con ojos súbitamente lúcidos —. Le dije que viniera con uniforme para que la dejaran pasar. Por favor, solo quería verme. Hace años que no veo a familia.

La enfermera dudó.

—Tiene restricción de visitas por orden médica.

—Lo sé. Por eso lo hicimos así. Por favor, no la meta en problemas. Es culpa mía.

Fueron segundos eternos mientras la enfermera evaluaba la situación. Finalmente soltó el brazo de Irene.

—Fuera. Ahora. Y si la vuelvo a ver por aquí sin autorización, llamo a seguridad.

Irene asintió, intercambió una última mirada con Lucía, y salió. No corrió por los pasillos. Caminó con calma fingida hasta la salida de servicio, se cambió de ropa en los mismos baños públicos, y solo entonces se permitió temblar.

Había estado a punto. Demasiado cerca.

Pero había valido la pena. Lucía Herrero había visto a Patricia Soto llevándose a su bebé vivo. Patricia que había huido con pruebas. Patricia cuyo escondite seguía siendo un misterio.

El móvil vibró. Un mensaje de Andrea: «Raquel ha salido. La estoy siguiendo. Va hacia el centro».

Era la primera vez que Raquel abandonaba su fortaleza de Pozuelo. Irene miró la hora: las seis y media. Demasiado tarde para interceptarla sin preparación. Pero mañana...

Volvió a Segovia en el último autobús, agotada pero con la mente zumbando de conexiones. Patricia Soto era la clave. Había estado en el quirófano, había visto la verdad, había recopilado pruebas. Y en algún lugar, esas pruebas esperaban.

«Un lugar donde nadie pensaría en buscar», había dicho Miguel.

Mientras el autobús atravesaba la noche, Irene repasó todo lo que sabía de Patricia. Enfermera. Trabajó en Falcón hasta 2021. Tenía

una madre enferma que murió el año pasado. Un primo mecánico en Vallecas. Huyó a Francia.

¿Dónde escondería pruebas alguien así? No en su casa, demasiado obvio. No con familiares, demasiado peligroso para ellos. Tenía que ser un lugar público pero seguro, accesible pero discreto.

La respuesta llegó como un rayo en la oscuridad. Tan obvia que casi rió.

Un hospital. Patricia habría escondido las pruebas en un hospital. Su lugar de trabajo, donde conocía cada rincón, donde una enfermera más pasaría desapercibida. Pero no Falcón, demasiado peligroso. Otro hospital. Uno donde tal vez había trabajado antes, donde tuviera contactos, donde...

El móvil volvió a sonar. Esta vez era Rosa:

«He encontrado algo. Patricia Soto trabajó en el Hospital de La Princesa antes de Falcón. Archivo de personal dice que dejó cosas en su taquilla cuando se fue a la clínica privada. Nunca las recogió».

A veces, las piezas encajaban solas.

Mañana, Irene visitaría el Hospital de La Princesa. Mañana, tal vez, encontraría las pruebas que Patricia había arriesgado todo para preservar.

Y con esas pruebas, tal vez, por fin, alguien las creería.

En el piso de Segovia, mientras se preparaba para otra noche de insomnio, Irene añadió nuevos nombres a su lista: Lucía Herrero, prisionera de su verdad. Miguel Soto, guardián reluctante de secretos familiares. Y Patricia Soto, la enfermera que había visto demasiado y había tenido el valor de actuar.

Todas las revoluciones empezaban así: con personas normales negándose a aceptar lo inaceptable.

Y esta revolución, la de las madres sin hijos, apenas acababa de empezar.

18

El amanecer del jueves sorprendió a Irene tras apenas tres horas de sueño. Tenía la mente demasiado activa, repasando sin descanso la información del día anterior: Patricia Soto, el Hospital de La Princesa, una taquilla cubierta por tres años de polvo que escondía secretos.

Se preparó metódicamente. Laura Méndez necesitaba un aspecto diferente para cada salida. Hoy: pelo rubio recogido en un moño bajo, gafas sin graduar, una chaqueta de punto que había encontrado en el armario del piso. Anodina. Invisible. Perfecta.

El móvil encriptado permaneció en silencio. Era el protocolo: cuarenta y ocho horas de blackout después del asalto a Santa Cristina. Quedaban doce horas para que M volviera a contactar. Doce horas que Irene no pensaba desperdiciar.

Desayunó restos del día anterior mientras estudiaba el mapa de Madrid en su móvil. El Hospital de La Princesa estaba en el distrito de Salamanca, zona cara, bien vigilada. No podía simplemente presentarse y pedir acceso a las taquillas del personal. Necesitaba una estrategia.

La lluvia había amainado cuando tomó el autobús de las nueve. Esta vez eligió un asiento en el medio, ni muy visible ni sospechosamente oculto. A su lado, una señora mayor tejía algo

informe con lana verde. El clic-clic de las agujas tenía un ritmo hipnótico que casi la adormeció.

Madrid la recibió con su caos matutino habitual. Irene tomó el metro hasta Diego de León y caminó las cinco manzanas hasta el hospital. Era un edificio del siglo XIX, ampliado y modernizado pero conservando esa gravedad institucional que tienen los hospitales antiguos.

Entró por la puerta principal con un grupo de visitantes, la invisibilidad del rebaño. El vestíbulo bullía de actividad: pacientes esperando turnos, familiares perdidos, personal médico moviéndose con esa urgencia controlada que es marca de la casa.

Información. Admisión. Cafetería. Capilla. Los carteles indicaban un mundo ordenado donde cada cosa tenía su lugar. ¿Dónde estarían las taquillas del personal? Probablemente en el sótano, cerca de los vestuarios. Pero no podía bajar sin más.

Se sentó en la cafetería con un café que no quería y observó. A las diez y media habría cambio de turno. Enfermeras y auxiliares saliendo, otras entrando. Flujo y reflujo hospitalario. Su oportunidad.

Mientras esperaba, repasó mentalmente lo que sabía. Patricia Soto había trabajado aquí antes de irse a la clínica Falcón. Cuando huyó en 2021, ya llevaba meses fuera del hospital. ¿Por qué no había recogido sus cosas? ¿Olvido? ¿O había dejado algo deliberadamente?

«Un lugar donde nadie pensaría en buscar», había dicho Miguel.

Una taquilla abandonada en un hospital público. Genial en su simplicidad.

A las diez veinticinco, Irene se levantó y siguió discretamente a un grupo de enfermeras hacia los ascensores. Bajaron al sótano. Pasillos de servicio, tuberías vistas, ese olor a desinfectante industrial que es igual en todos los hospitales del mundo.

Los vestuarios estaban señalizados: Hombres. Mujeres. Personal médico. Personal de enfermería. Irene esperó a que el grupo entrara y contó hasta treinta antes de seguirlas.

El vestuario era exactamente como había imaginado: hileras de taquillas metálicas, bancos de madera gastada, olor a humedad y perfume barato. Dos enfermeras se cambiaban charlando sobre el

turno. Irene fue directamente a los lavabos, encerrándose en un cubículo.

Esperó.

Las voces se alejaron. Pasos. Puertas de taquillas cerrándose. Silencio.

Salió con cautela. El vestuario estaba vacío. Ahora venía lo difícil: encontrar la taquilla de Patricia entre cientos. Empezó por el final, buscando alguna señal: polvo excesivo, candado diferente, cualquier cosa que indicara tres años de abandono.

Nada en la primera hilera. Nada en la segunda. En la tercera...

Una taquilla con el número medio borrado. 247. El candado era viejo, diferente a los modernos que usaban las demás. Y en la parte inferior, casi invisible, alguien había grabado dos iniciales: P.S.

El corazón le dio un vuelco. Era demasiado fácil. Demasiado obvio. ¿Y si era una trampa?

No había tiempo para dudas. Sacó una horquilla del pelo y trabajó el candado viejo. Era una habilidad aprendida en la adolescencia, en los días en que perdía las llaves de casa constantemente. El mecanismo cedió con un clic satisfactorio.

Dentro: una bata vieja. Zuecos blancos. Un estetoscopio barato. Y al fondo, envuelto en plástico, un sobre grueso.

Lo cogió con manos temblorosas. Pesaba. Dentro había algo más que papel.

La puerta del vestuario se abrió. Voces acercándose. Irene cerró la taquilla apresuradamente y se dirigió a los lavabos, el sobre ardiendo bajo su chaqueta.

—¿Has visto a la nueva? —decía una voz—. Parece que tiene doce años.

—Todas parecemos tener doce años cuando empezamos —respondió otra—. Dale un mes de guardias y verás.

Risas. Ruido de taquillas abriéndose. Irene esperó a que se establecieran en su rutina y salió caminando con normalidad. Nadie la miró dos veces. Una mujer más en los pasillos del hospital.

No abrió el sobre hasta estar a tres calles de distancia, refugiada en los baños de un centro comercial. Las manos le temblaban tanto que tuvo que intentarlo dos veces.

Dentro había documentos. Muchos documentos. Y un pendrive.

Los papeles eran fotocopias de historiales médicos. Nombres que reconoció de su lista: Raquel Aguirre, Andrea Vázquez, Ana Herrero. Y otros. Muchos otros. Cada uno con anotaciones al margen en una letra pequeña y precisa.

«Bebé varón nacido vivo - 3.200 gr - Trasladado a Santa Cristina»
«Niña prematura pero estable - Protocolo especial autorizado por Dr. F»
«Gemelos - Solo uno cumple criterios - Hermano declarado muerto»

Irene tuvo que sentarse en la tapa del váter. Las piernas no la sostenían.

El pendrive era pequeño, antiguo. No podía verificar su contenido sin un ordenador. Pero si Patricia había arriesgado tanto para esconderlo, tenía que contener algo explosivo.

Guardó todo en su mochila, salió del baño, del centro comercial, caminó sin rumbo fijo mientras su mente procesaba. Necesitaba un lugar seguro para revisar el pendrive. No podía volver a Segovia inmediatamente; dos viajes seguidos levantarían sospechas.

Una biblioteca pública. Perfecta.

La más cercana estaba en Retiro. Irene se inscribió como usuaria temporal usando su identidad falsa y reservó un ordenador. Treinta minutos de uso. Suficiente.

El pendrive tardó en ser reconocido por el viejo ordenador. Cuando finalmente abrió, Irene contuvo una exclamación.

Vídeos. Docenas de vídeos.

19

Clic.

El archivo se abrió. Píxeles formando pesadilla.

Quirófano. Imagen granulada de móvil clandestino. Un bebé lloraba fuera de cuadro. La voz del doctor Falcón, nítida como una sentencia: «Este es perfecto. Prepárenlo para traslado».

Siguiente archivo.

Pasillo hospitalario. La cámara temblaba —adrenalina de quien filma su propia condena. Un uniforme de enfermera ocupaba parcialmente el encuadre. Patricia Soto documentando lo indocumentable. Alguien transportaba un bulto. Puerta: «Solo Personal Autorizado».

Voces filtradas: «¿El de los Johansson?»
«No, ese sale mañana. Este es para los Müller».

Stop.

Irene necesitó treinta segundos para no vomitar. El horror tenía sabor a bilis.

Play.

Archivo tras archivo. Algunos solo audio: negociaciones de mercancía humana. «Especificaciones del cliente» como si fueran BMW, no bebés. Otros mostraban papeles: adopciones falsas, defunciones en blanco, transferencias de seis cifras.

El último archivo era diferente.

Documento de texto. Una confesión.

Irene leyó:

«Si estás leyendo esto, probablemente estoy muerta o desaparecida. Me llamo Patricia Soto y fui cómplice involuntaria de algo monstruoso.

Empecé a trabajar en la clínica Falcón en 2019. Era un buen trabajo, bien pagado. No hice preguntas cuando me asignaron a partos "especiales". No quise ver las señales.

Pero luego conocí a Marina Expósito. Ella sí hacía preguntas. Ella sí veía. Me mostró la verdad: estábamos robando bebés. No todos. Solo los que cumplían ciertos criterios genéticos, físicos, de salud. Los "especímenes premium", los llamaba Falcón.

Intenté dejarlo. Me dijeron que sabían dónde vivía mi madre. Que los accidentes ocurrían. Así que seguí. Pero empecé a grabar. A documentar. Por si algún día...

El 3 de junio de 2021 no pude más. Una madre se despertó durante la cesárea. Me miró mientras me llevaba a su bebé. Sus ojos... nunca olvidaré esos ojos. Esa noche huí.

No he incluido todo lo que sé. Es demasiado peligroso. Pero esto debería ser suficiente para empezar. Los vídeos son reales. Los documentos son reales. Los bebés están vivos.

Si eres una madre buscando a tu hijo, no te rindas. Si eres periodista, ten cuidado. Si eres policía, no confíes en tus superiores.

La red es más grande de lo que imaginas. Llega más alto de lo que crees posible. Y no se detendrán ante nada para protegerse.

He hecho lo que he podido. El resto depende de ti.

P.S.»

Tres lecturas. La verdad no mejoraba con la repetición.

Protocolo de seguridad: copias múltiples. Irene creó cuentas falsas in situ. Subió todo a la nube. Redundancia era supervivencia.

14:00 horas. Salida de biblioteca.

Estado mental: agotamiento mezclado con euforia. Por fin. Pruebas tangibles. Vídeos. Documentos. Testimonio interno.

Vibración. Móvil encriptado.

Ana: «Andrea vigiló a Raquel enfermera ayer. Se reunió con alguien en un café. Hombre, traje, maletín. Intercambiaron algo».

Análisis instantáneo: ¿soborno por silencio? ¿Preparación para desaparición?

«Tengo noticias importantes. ¿Podemos vernos?»

«Imposible hoy. Roberto sospecha. Me vigila. Mañana tal vez».

Nuevo mensaje. Andrea: «Mi marido quiere que vayamos a Suiza. Vacaciones sorpresa. Salimos mañana. Creo que saben algo».

Patrón claro: aislamiento sistemático. La red contraatacaba.

Decisión tomada.

Tienda de electrónica. Portátil básico. Varios pendrives. Inversión del capital restante. Cafetería con wifi. Operación respaldo total: vídeos de Patricia, grabación propia de Santa Cristina, documentos, memorandos. Todo condensado en un único paquete explosivo.

Upload a sitio de documentos anónimos. Configuración: publicación automática en 72 horas. Cancelable solo por ella. Seguro de vida versión digital.

Siguiente movimiento: email a David Sánchez. Cuenta temporal. Narrativa completa: Patricia Soto, los vídeos, la magnitud real. Enlaces a las copias.

Texto final: «Tiene 48 horas antes de que esto se haga público. Si quiere la exclusiva, actúe rápido. Si no tiene noticias mías en tres días, asuma lo peor y publique todo».

Send.

Múltiples copias de seguridad activas. Si la eliminaban, la verdad sobreviviría.

17:00. Bus a Segovia.

Estado: exhausta pero con paz extraña. Había maximizado las opciones con los recursos disponibles.

El piso franco. Protocolo de ocultación: pendrive original en el colchón, documentos dispersos por la habitación. Paranoia productiva.

Cena: sopa enlatada frente al portátil nuevo. Noticias convencionales. Cero menciones a bebés robados o madres fugitivas. El mundo giraba ajeno.

Llamada entrante. M.

—¿Estás a salvo?

—Por ahora. Tengo noticias.

—Yo también. ¿Conoces el bar El Gato Negro en Segovia?

—No.

—Búscalo. Mañana a las once de la mañana. Y, Irene... puede que tengamos que movernos rápido después. Prepara una bolsa de viaje.

Clic.

Búsqueda rápida. El Gato Negro: antro en zona vieja. Clientela que no hace preguntas. Óptimo para encuentros clandestinos.

¿Movimiento rápido hacia dónde? ¿Había localizado M a los bebés trasladados?

Insomnio garantizado.

Preparación de emergencia: bolsa con ropa para varios días, documentación crítica, efectivo restante. Lista para evacuación inmediata.

Ventana. Portátil. Documento nuevo.

No un informe. No una denuncia.

Una carta.

«Mi amor:

No sé cuándo podrás leer esto. No sé qué nombre usarás ni qué idioma hablarás. Pero necesito que sepas la verdad.

Te busqué desde el momento en que me dijeron que habías muerto. Algo dentro de mí, ese instinto que solo las madres entienden, sabía que era mentira. Que estabas vivo en algún lugar, esperándome.

He hecho cosas terribles y maravillosas por encontrarte. He mentido, robado, arriesgado todo. He conocido a mujeres extraordinarias que, como yo, se negaron a aceptar lo inaceptable.

No sé si te recuperaré. El mundo está lleno de gente poderosa que prefiere que sigas siendo un fantasma. Pero quiero que sepas que nunca, ni un solo día, dejé de buscarte.

Eres Mateo Andrés Rivas. Naciste el 15 de mayo de 2023 a las 3:47 de la madrugada. Pesaste 2.850 gramos. Tienes un lunar en el hombro izquierdo, como yo.

No sé qué vida tendrás. Espero que sea buena. Espero que seas amado. Pero si algún día sientes que algo no encaja, que algo en tu historia no cuadra, busca. Como yo te busqué a ti.

Con todo mi amor, ahora y siempre,

Tu madre»

Guardado. Carpeta encriptada. Promesa digital para un futuro incierto.

Noche sobre Segovia. Irene se acostó vestida. Bolsa al alcance. Mañana: respuestas de M. Tal vez un paso más cerca de Mateo.

O del final.

Irrelevante. El punto de no retorno había quedado atrás hacía días.

Patricia Soto había pagado con el exilio. Marina Expósito con la vida. Incontables madres seguían buscando en la oscuridad.

Ojos cerrados. Por primera vez en días, sueño profundo.

Incluso las cazadoras necesitaban descansar.

Porque mañana la caza continuaría.

20

El Gato Negro era exactamente el tipo de establecimiento que Irene había imaginado: luz tenue, olor a tabaco rancio que ninguna ley antitabaco había conseguido erradicar, y una clientela que parecía llevar bebiendo desde la Transición. Irene empujó la puerta a las once menos cinco, la bolsa de viaje colgada del hombro como si fuera una turista despistada.

M estaba en una mesa del fondo, de espaldas a la pared. Precaución profesional de quien ha aprendido a no dar la espalda a las puertas. Llevaba una gorra de béisbol y gafas de sol a pesar de la penumbra del local. Cuando Irene se sentó frente a ella, notó las ojeras profundas bajo las gafas.

—Pide algo —murmuró M—. El camarero se pone nervioso si no consumimos.

Irene pidió un café solo. M ya tenía una cerveza sin tocar frente a ella, la espuma muerta como esperanzas abandonadas.

—Raquel, la enfermera, está viva —dijo M sin preámbulos cuando el camarero se alejó—. En el Hospital La Paz. Traumatismo craneal, tres costillas rotas, pero estable.

—¿Cómo...?

—La tiraron desde el coche en marcha. Un camionero la encontró tirada en la cuneta de la A-6. —M dio un trago a la cerveza—. La policía está con ella en la habitación del hospital, cuidándola.

El café llegó. Irene esperó a que el camarero se alejara de nuevo antes de hablar.

—¿Ha dicho algo?

—Está sedada. Pero cuando despierte... —M se quitó las gafas, revelando un moratón amarillento en el pómulo izquierdo—. Tenemos una ventana. Si conseguimos que hable antes de que la trasladen o la silencien definitivamente.

—¿Cómo llegamos a ella? Dijiste que hay vigilancia policial.

—Hay formas. Pero primero... —M sacó un sobre del bolsillo interior de su chaqueta—. Esto llegó ayer. Para ti.

El sobre no tenía remitente. Dentro, una sola hoja con membrete del consulado sueco en Madrid. Irene lo leyó tres veces antes de que las palabras cobraran sentido.

«Estimada Sra. Rivas:

Hemos recibido información sobre su caso a través de canales no oficiales. Si está interesada en discutir posibles vías legales para casos de adopción internacional irregular, podemos concertar una cita discreta.

Por favor, responda al número adjunto si desea proceder.

Agregado Cultural Erik Nilsson»

—Es una trampa —dijo Irene automáticamente.

—Tal vez. O tal vez alguien en Suecia está haciendo preguntas. —M recuperó el sobre—. He investigado. Erik Nilsson existe, trabaja en el consulado desde hace cinco años. Casado, dos hijas. Sin conexiones aparentes con la red.

—¿Por qué contactaría conmigo?

—Porque los suecos son meticulosos con sus adopciones internacionales. Si hay irregularidades, querrán saberlo. O... —M se encogió de hombros—. Es una trampa elaborada para sacarte de tu escondite.

Irene bebió el café amargo mientras procesaba. Otra puerta que se abría. Otro riesgo que evaluar.

—Hay más —continuó M—. Los bebés trasladados el lunes... Hemos localizado dos. Uno está en Barcelona, con una familia catalana. El otro en Bruselas. Los otros tres siguen sin aparecer.

—¿Y el que podría ser Mateo?

—No lo sabemos con certeza. La pulsera que viste... —M dudó—. Podría haber sido reutilizada. Lo hacen a veces, para confundir el rastro.

Era un golpe, pero no inesperado. Nada en esta búsqueda era simple o directo.

—¿Qué sugieres?

—Que uses lo que tienes. Has encontrado las pruebas de Patricia, ¿no? —Al ver la expresión de Irene, M sonrió levemente—. Rosa me contó lo de la taquilla. Buen trabajo.

—Tengo vídeos. Documentos. Una confesión escrita.

—¿Se lo has pasado al periodista?

—Sí. Le di cuarenta y ocho horas antes de hacerlo público.

—Bien. Entonces tenemos tiempo limitado. —M sacó un móvil y consultó algo—. Raquel está en la planta sexta, habitación 612. Hay dos policías en turnos de ocho horas. El cambio es a las tres de la tarde. Durante unos minutos, mientras se pasan la información...

—Es muy arriesgado.

—Todo lo que hacemos es arriesgado. —M volvió a ponerse las gafas—. Pero Raquel es nuestra mejor baza ahora mismo. Una testigo viva, de dentro del sistema. Si conseguimos que hable, que lo grabe todo...

—¿Y luego qué? ¿La sacamos del hospital?

—No seas ilusa. Está custodiada legalmente. Pero si graba una confesión completa, si la conseguimos antes de que sus abogados o quien sea la convenzan de callar... Podría ser la pieza que el periodista necesita.

21

Irene contempló los posos del café como si pudieran revelar el futuro. En algún lugar de Madrid, David Sánchez estaría verificando los vídeos de Patricia. En Estocolmo, una familia desayunaba sin saber que su mundo podría derrumbarse. Y aquí, en un bar de mala muerte en Segovia, dos mujeres rotas planeaban un último golpe desesperado.

—¿Cómo entramos?

M sonrió. Era una sonrisa sin alegría, pura determinación convertida en gesto.

—Tú no entras. Tu cara está demasiado expuesta después de Santa Cristina. Pero conozco a alguien. Una enfermera del La Paz que nos debe un favor. Puede llevar una grabadora, hacer las preguntas correctas.

—¿Es de fiar?

—Su hija fue una de las primeras. 2019. Nunca encontramos pruebas suficientes. —M se levantó, dejando dinero sobre la mesa—. Está motivada.

Salieron por separado, con cinco minutos de diferencia. Irene vagó por las calles empedradas de Segovia, la bolsa de viaje golpeando rítmicamente su cadera. ¿A dónde iría después? ¿Madrid para encontrarse con el agregado sueco? ¿Barcelona para vigilar a uno de los bebés trasladados?

Volvió al piso franco a recoger sus cosas. No podía quedarse más tiempo en Segovia. Demasiado pequeña, demasiado expuesta. Necesitaba la anonimidad de Madrid, sus multitudes donde perderse.

Mientras guardaba los documentos de Patricia en varios bolsillos de la bolsa de viaje —nunca todos juntos, nunca en un solo lugar— tomó una decisión. Llamaría al agregado sueco. Si era una trampa, al menos sería una trampa que la acercaría a respuestas. Si era legítimo, podría ser la vía legal que necesitaba.

El autobús de mediodía a Madrid iba lleno de estudiantes volviendo del puente. Irene se sentó entre dos chicas que no pararon de hablar de sus líos amorosos durante todo el trayecto. Ruido blanco perfecto para pensar.

Repasó mentalmente todo lo que sabía. La red era vasta pero no impenetrable. Tenían nombres, fechas, lugares. Testimonios grabados, documentos oficiales. Raquel viva podría ser la pieza final del puzle. Una confesión desde dentro validaría todo lo demás.

Pero ¿y después? ¿Bastaba con exponer la verdad? ¿Qué pasaría con tantos niños robados? No se podían simplemente arrancar de sus familias adoptivas. Años de procesos legales, traumas para todos los involucrados...

No. No podía pensar así. Un paso cada vez, como había dicho Andrea. Primero la verdad, luego la justicia, finalmente... ¿la reconciliación? ¿Era siquiera posible?

Madrid la recibió con su abrazo de esmog y ruido. Irene alquiló una habitación en una pensión cerca de Atocha con su identidad de Laura Méndez. La dueña, una mujer con permanente de los ochenta, ni siquiera levantó la vista del televisor mientras le daba las llaves.

A las tres menos cuarto, Irene estaba en la cafetería del Hospital La Paz. No para participar en el plan de M —su papel era esperar— sino para estar cerca. Por si algo salía mal. Por si necesitaban un plan B.

Vio a los policías de custodia cuando fue al baño de la sexta planta. Jóvenes, aburridos, mirando sus móviles. El cambio de turno fue como M había predicho: cinco minutos de charla informal mientras se pasaban novedades. «No ha despertado. La enfermera viene cada hora. El médico dijo que tal vez mañana».

La enfermera contacto de M debió aprovechar ese momento. Irene volvió a la cafetería y esperó. Media hora. Una hora. Nada.

A las cuatro y media, su móvil sonó. M.

—¿Sí?

—Objetivo cumplido. Veinte minutos de grabación. Raquel cantó como un pajarito.

El alivio fue físico, como quitarse un peso del pecho.

—¿Qué dijo?

—Todo. Nombres, fechas, procedimientos. Cómo seleccionaban a las madres. Cómo falsificaban las muertes. A dónde iban los bebés. —Una pausa—. Irene, mencionó a los Larsson. Específicamente.

El mundo se tambaleó.

—¿Qué dijo de ellos?

—Que pagaron extra por un bebé con características específicas. Varón, sano, sin antecedentes familiares de enfermedades genéticas. Que Falcón les prometió entregarles el «espécimen perfecto» en cuanto apareciera uno.

—Mateo.

—Probablemente. Raquel recordaba ese caso porque hubo complicaciones. La madre —tú— casi despierta durante el procedimiento. Tuvieron que sedarte tres veces.

Irene se agarró a la mesa. Fragmentos de esa noche volvían como flashes. Voces distantes. Una presión extraña. El llanto de un bebé que le dijeron que había imaginado.

—¿Qué hacemos con la grabación?

—Ya está en camino al periodista. Múltiples copias. Si le pasa algo a Raquel, si la trasladan, si la silencian, al menos su testimonio sobrevivirá.

—¿Y ahora?

—Ahora esperamos. Y tú decides si llamas al sueco.

Después de colgar, Irene se quedó en la cafetería hasta que cerraron. Luego vagó por los pasillos del hospital como un fantasma. Tantas madres habían llorado en estos pasillos. Tantas habían recibido la peor noticia posible. ¿Cuántas habían sido mentiras?

De vuelta en la pensión, sacó la carta del consulado sueco. El número de teléfono la miraba como un desafío. Podría ser una

trampa. Podría ser esperanza. Solo había una forma de saberlo.

Marcó desde el móvil prepago.

—Consulado de Suecia, buenas tardes.

—Quisiera hablar con Erik Nilsson, por favor. Agregado cultural.

—Un momento.

Música clásica. Luego una voz masculina, acento suave.

—Erik Nilsson.

—Señor Nilsson, soy Irene Rivas. Recibí su carta.

22

Un silencio breve.

—Señora Rivas. Gracias por llamar. ¿Podríamos vernos? Hay asuntos que es mejor discutir en persona.

—¿Cómo sé que puedo confiar en usted?

—No lo sabe. Pero puedo decirle esto: hace dos semanas recibí una llamada de una ciudadana sueca muy alterada. Había descubierto ciertas... irregularidades en los papeles de adopción de su hijo. Me pidió que investigara discretamente.

El corazón de Irene se aceleró.

—¿Qué ciudadana?

—No puedo revelar eso por teléfono. Pero si nos reunimos, podría compartir información que podría ser de su interés. ¿Conoce el Café Gijón? Mañana a las cuatro.

—¿Cómo lo reconoceré?

—Llevaré una carpeta azul y estaré leyendo un libro de Henning Mankell. Señora Rivas... venga sola. Y sea cuidadosa. No todos en mi consulado verían con buenos ojos esta reunión.

La comunicación se cortó. Irene se quedó mirando el teléfono. ¿Había sido Olivia Larsson quien llamó al consulado? ¿La mujer que tenía a Mateo estaba dudando?

Era demasiada coincidencia. Demasiado conveniente. Pero también era la primera grieta real en el muro que separaba a Irene

de su hijo.

Esa noche apenas durmió. Entre pesadillas y vigilias, su mente tejía escenarios. Raquel testificando ante un juez. David Sánchez publicando la historia en primera plana. Los Larsson devolviendo a Mateo voluntariamente.

Fantasías. Todas fantasías. La realidad sería más sucia, más larga, más dolorosa. Pero por primera vez en diecisiete meses, las fantasías parecían posibles.

El viernes amaneció gris, con esa llovizna fina que los madrileños llaman «calabobos» cuando quieren parecer castizos. Irene pasó la mañana en un cibercafé, investigando a Erik Nilsson. Todo parecía legítimo: cinco años en el consulado, especializado en intercambios culturales, casado con una profesora española.

A las tres y media estaba en el Café Gijón, ese templo de la intelectualidad madrileña donde los camareros todavía te trataban de usted y el café costaba como una comida en otros barrios. Eligió una mesa con vista a la entrada y pidió un té.

Erik Nilsson llegó puntual. Cuarenta y tantos, rubio ceniza, ese aire de funcionario internacional que trasciende nacionalidades. Llevaba la prometida carpeta azul y, efectivamente, un libro de Mankell.

—¿Señora Rivas?

Irene asintió. Él se sentó con movimientos cuidadosos, dejando la carpeta sobre la mesa.

—Gracias por venir. Sé que debe ser difícil confiar en estos momentos.

—¿Qué sabe usted de mi situación?

—Más de lo que debería, menos de lo que quisiera. —Pidió un café al camarero que había aparecido como por arte de magia—. Hace dos semanas, una ciudadana sueca me contactó. Estaba... perturbada. Había encontrado discrepancias en los documentos de adopción de su hijo.

—¿Qué tipo de discrepancias?

—Las fechas no cuadraban. El hospital mencionado en los papeles españoles no realizó partos en esas fechas. El notario que supuestamente certificó la adopción había muerto dos años antes. —

Abrió la carpeta con cuidado—. Pequeños detalles que alguien menos meticuloso no habría notado.

—¿Y?

—La ayudé a investigar. Discretamente. Lo que encontramos fue... inquietante. —Sacó un documento—. Una red de adopciones irregulares operando entre España y varios países nórdicos. Bebés declarados muertos aquí, apareciendo milagrosamente en orfanatos de allí.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Porque su nombre apareció en uno de los documentos. Irene Rivas, madre de Mateo Andrés Rivas. Supuestamente fallecido el 15 de mayo de 2023. —La miró directamente—. El mismo bebé que ahora vive en Estocolmo con la familia que me contactó.

Las manos de Irene temblaban. Tuvo que dejar la taza antes de derramar el té.

—¿Están dispuestos a devolverlo?

—Es complicado. Legalmente, la adopción es válida. Los papeles, aunque fraudulentos en origen, fueron procesados correctamente en Suecia. —Erik bajó la voz—. Pero hay formas. Si se demuestra el fraude inicial, si hay testimonios, pruebas...

—Tengo pruebas. Vídeos, documentos, testimonios. Un periodista está investigando.

—Bien. Eso ayudará. —Cerró la carpeta—. Señora Rivas, no puedo prometerle nada. Pero puedo ponerla en contacto con abogados especializados en derecho internacional de familia. Y puedo... facilitar cierta comunicación. Si usted quisiera.

—¿Comunicación?

—La familia que tiene a su hijo. Están destrozados. Aman al niño, pero saber que fue robado... —Sacudió la cabeza—. Son buena gente. Víctimas también, a su manera.

Irene no sabía qué sentir. Rabia porque tenían a su hijo. Lástima porque habían sido engañados. Esperanza porque parecían tener conciencia.

—¿Qué propone?

—Vaya paso a paso. Primero, formalice las pruebas. Luego, busque representación legal. Cuando tenga un caso sólido, podemos facilitar

un encuentro. Neutral, supervisado. —La estudió—. Sé que no es lo que quiere oír. Querría recuperar a su hijo hoy mismo. Pero si hacemos esto bien, legalmente, las posibilidades de éxito son mucho mayores.

Tenía razón. Por mucho que doliera, tenía razón. Los justicieros no ganaban en los tribunales internacionales. Las pruebas y la paciencia sí.

—¿La familia... cómo se llaman?

Erik dudó, luego suspiró.

—Ya lo sabe, ¿verdad? Los Larsson. Hans y Olivia. Ingenieros ambos. Sin hijos biológicos después de años intentándolo.

Salieron por separado. Irene se quedó vagando por Recoletos. Tenía confirmación de quienes habían adoptado a su hijo; ya no era solo un nombre en un papel. Tenía una ubicación. Tenía aliados inesperados. Tenía esperanza.

El móvil sonó. David Sánchez.

—Irene, soy David. He revisado todo. Es... es increíble. La grabación de Raquel es dinamita pura. ¿Puede venir a mi oficina mañana? Necesitamos coordinar. Esto va a ser grande.

—Sí. Sí, claro.

—Y, Irene... prepárese. Cuando esto salga, su vida va a cambiar. ¿Está lista?

—Estoy lista.

Esa noche, en la pensión, escribió otra carta a Mateo. Esta vez no era de dolor sino de esperanza. Le habló de la gente buena que había encontrado. De las madres valientes que no se rindieron. Del periodista que creía. Del diplomático que ayudaba. De los padres suecos que lo amaban pero querían hacer lo correcto.

«Pronto, mi amor», escribió. «Pronto estaremos juntos. De la forma correcta. De la forma legal. De la forma que te mereces».

Afuera, Madrid dormía ajena a las revoluciones que se gestaban en pensiones baratas y cafés históricos.

23

Irene despertó en la pensión de Atocha con el cuello rígido y la boca seca. La conversación del día anterior con Erik Nilsson se repetía en bucle en su mente, cada palabra diseccionada hasta perder significado.

«Haremos esto bien. Por el niño».

Se duchó con agua tibia que olía a cal y se vistió con la ropa de Laura Méndez. Hoy tenía cita con David Sánchez en las oficinas de El País. Había insistido en sábado para evitar las miradas curiosas de otros periodistas.

Madrid se desperezaba lentamente, ese ritmo sabatino de quien no tiene prisa. Tomó el metro hasta Cuatro Caminos, dos transbordos innecesarios por si la seguían. Paranoia como segunda naturaleza.

Las oficinas de El País en Miguel Yuste eran un búnker de cristal y acero. El guardia de seguridad verificó su nombre en una lista antes de dejarla pasar. David Sánchez la esperaba en el vestíbulo, aspecto de no haber dormido pero con esa energía vibrante de quien huele una gran historia.

—Irene. Venga, hablemos en mi despacho.

Subieron al cuarto piso. Pasillos desiertos, algunas luces encendidas donde periodistas solitarios perseguían deadlines. El

despacho de David era un caos controlado: pilas de papeles, tres ordenadores, una pizarra llena de conexiones y fechas.

—¿Café? —ofreció mientras cerraba la puerta.

—Por favor.

Mientras preparaba la cafetera, David no paraba de hablar.

—He pasado toda la noche verificando. Todo cuadra. Los vídeos de Patricia, la grabación de Raquel, sus documentos... Es sólido. Pero necesito más contexto. Más testimonios. —Se volvió hacia ella—. Necesito que me cuente todo. Desde el principio.

Irene respiró hondo y empezó. El embarazo deseado. Los tratamientos. La noche del 15 de mayo.

David tomaba notas, interrumpiendo ocasionalmente para aclarar fechas, nombres. Profesional pero no frío. Cuando Irene describió el momento de ver a Mateo en la clínica Santa Cristina, le tendió una caja de pañuelos sin comentarios.

—¿Las otras madres hablarán conmigo?

—Algunas. Ana seguro. Andrea tal vez. Las demás... —Se encogió de hombros—. Tienen miedo. Familias, trabajos, vidas que perder.

—Lo entiendo. —David sirvió el café—. Mire, voy a ser franco. Tengo suficiente para publicar algo ya. Pero si quiero que esto sea un terremoto, no un temblor, necesito más tiempo. Una semana, tal vez dos.

—Raquel podría retractarse para entonces.

—Lo sé. Por eso... —Sacó una grabadora digital—. ¿Estaría dispuesta a grabar su testimonio completo? No para publicar todavía, sino como seguro. Si algo sale mal, si intentan silenciarla...

—Sí.

Pasaron las siguientes tres horas construyendo un testimonio meticuloso. Cada fecha verificada, cada nombre deletreado, cada documento referenciado. David era minucioso hasta la obsesión, volviendo sobre detalles que parecían menores.

—¿El anestesista dijo algo durante la cesárea?

—No lo recuerdo. Estaba sedada.

—Pero mencionó que casi despierta. ¿Recuerda algo de ese momento?

Fragmentos. Voces distantes.

David anotó todo.

Cuando terminaron, el sol estaba alto y el estómago de Irene protestaba. No había comido desde el día anterior.

—Hay una cafetería abajo —sugirió David—. Podemos seguir hablando.

Comieron bocadillos de jamón mientras David le explicaba su estrategia.

—Primero, un artículo de investigación profundo. Portada del domingo, máxima difusión. Después, seguimiento diario. Presión mediática constante. —Masticó pensativo—. También he contactado con colegas internacionales. The Guardian está interesado. Le Monde tiene un periodista investigando adopciones irregulares.

—¿Y las autoridades?

—Ahí es donde se complica. —David bajó la voz—. Hay nombres importantes implicados. Jueces, políticos... Necesitamos que la presión pública sea tan fuerte que no puedan barrerlo bajo la alfombra.

—¿Y los niños? ¿Qué pasa con ellos mientras tanto?

David suspiró.

—Es la parte más difícil. Legalmente, están con familias adoptivas válidas. Aunque se demuestre el fraude inicial, los procesos de restitución pueden tardar años. Y no siempre favorecen a las madres biológicas.

Irene ya lo sabía. Erik Nilsson había sido claro. Pero escucharlo de nuevo era como tragar cristales.

—Hay un diplomático sueco —dijo—. Está ayudando. Dice que algunos padres adoptivos están dudando.

—¿Nombres?

—No puedo. Todavía no. Pero si conseguimos que testifiquen...

—Sería demoledor. —Los ojos de David brillaron—. Padres adoptivos admitiendo que sospechaban. Madre mía, sería portada internacional.

Pasaron otra hora revisando documentos, estableciendo cronologías.

—Hay algo que no entiendo —dijo David—. La escala. Hablamos de ochenta, tal vez cien bebés en cinco años. No es un número

masivo. ¿Por qué arriesgar tanto por relativamente poco dinero?

Irene había pensado lo mismo.

—¿Y si no es por dinero? ¿Y si hay algo más?

—¿Como qué?

—No sé. Pero Raquel mencionó criterios específicos. Genéticos. Como si buscaran algo concreto.

David frunció el ceño.

—¿Experimentación? ¿Algún tipo de programa?

—Suena a ciencia ficción.

—También suena a ciencia ficción robar bebés sistemáticamente. —David hizo una nota—. Investigaré las conexiones farmacéuticas. Si hay algo más...

El móvil de David sonó. Conversación breve, monosílabos.

—Era mi editor —dijo al colgar—. Quiere reunirse el lunes. Le he adelantado algo y está... intrigado es quedarse corto.

—¿Es bueno?

—Es muy bueno. Si da luz verde, tendremos recursos. Fotógrafos, más periodistas, presupuesto para viajar. —La miró—. Necesitaré que esté disponible. Puede que quiera conocerla.

—No sé si es seguro...

—Usaremos seudónimo, por supuesto. Pixelaremos caras si hace falta. Pero, Irene... —Se inclinó hacia delante—. Su historia es el corazón de esto. Sin madres valientes contando la verdad, solo tenemos papeles y teorías.

Tenía razón. Odiaba que tuviera razón.

Salieron del edificio por separado, precaución ya automática. Irene vagó por Madrid sin rumbo, procesando. El lunes el editor decidiría. Una semana o dos más para la investigación completa. Mientras tanto, Mateo seguía en Estocolmo, llamando mamá a otra mujer.

La paciencia nunca había sido su fuerte. Pero Erik Nilsson tenía razón: los justicieros no ganaban en tribunales internacionales. Necesitaban artillería pesada. Y David Sánchez se la estaba proporcionando.

El móvil sonó. Número desconocido.

—¿Sí?

—¿Irene Rivas? —Voz de mujer, acento neutro—. Soy Ana Torrente. Erik Nilsson me dio su número. ¿Podemos vernos?

La abogada. Había olvidado llamarla en el caos de los últimos días.

—¿Cuándo?

—¿Ahora? Estoy en mi despacho. Sé que es sábado, pero este caso... prefiero discreción.

Media hora después, Irene entraba en un edificio de oficinas en Chamberí. Ana Torrente la recibió en un despacho que gritaba éxito discreto: muebles de calidad sin ostentación, títulos enmarcados, fotos familiares estratégicamente colocadas.

La abogada tendría cincuenta años, pelo corto gris plata, traje que probablemente costaba más que el alquiler mensual de Irene. Pero los ojos eran amables, inteligentes.

—Señora Rivas. Erik me ha puesto al día. —Gesticuló hacia una silla—. ¿Café? ¿Agua?

—Estoy bien, gracias.

—Directo al grano entonces. —Ana abrió una carpeta—. He revisado su situación legal. Es compleja pero no imposible. Primero, la tutela de su hermana. ¿Firmó algo después de la pérdida?

—No lo recuerdo bien. Estaba medicada...

—Precisamente. Cualquier documento firmado bajo fuerte medicación puede ser impugnado. Necesitaré ver los papeles, pero probablemente podamos anularlo. —Hizo una nota—. Segundo, la adopción en Suecia. Aunque los papeles sean técnicamente válidos allí, si demostramos fraude en origen...

—¿Recuperaré a mi hijo?

Ana la miró con esa mezcla de compasión y realismo que debían enseñar en la facultad de derecho.

—Es un proceso largo. Primero hay que establecer la maternidad biológica. Pruebas de ADN, testimonios. Luego, demostrar el fraude. Finalmente, litigar en tribunales suecos para la restitución. —Pausó —. Y está el bienestar del menor. Los jueces siempre priorizan eso.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Siendo optimista? Dos años. ¿Siendo realista? Tres a cinco.

Años. Mateo tendría cinco o seis años. Hablaría sueco. No la recordaría.

Ana debió ver su expresión.

—Hay opciones intermedias. Acuerdos de visita. Custodia compartida temporal. Si los padres adoptivos colaboran... —Consultó sus notas—. Erik mencionó que hay apertura por su parte.

—La madre. El padre no sabe nada.

—Complicado pero manejable. —Ana cerró la carpeta—. Señora Rivas, voy a ser franca. He visto casos así. No muchos, pero algunos. Los que tienen éxito son los que van paso a paso. Primero, establecer los hechos. Segundo, construir el caso legal. Tercero, negociar cuando sea posible, litigar cuando sea necesario.

—¿Y mi historial psiquiátrico?

—Es un problema, no voy a mentirle. Pero si demostramos que la medicación fue parte del encubrimiento... —Ana sonrió levemente—. He ganado casos peores.

Hablaron otra hora. Estrategias, documentos necesarios, costes. Ana trabajaría pro bono parcialmente —«Erik es muy persuasivo»— pero habría gastos. Peritos, traducciones, viajes.

Cuando Irene salió del despacho, el sol se ponía sobre Madrid. Tenía abogada. Tenía periodista. Tenía pruebas. Las piezas se movían, lentas pero seguras.

Irene tomó el metro de vuelta a la pensión. Mañana hablaría con M sobre los siguientes pasos. El lunes David presentaría la historia a su editor. Erik Nilsson esperaba noticias.

La maquinaria estaba en marcha. Lenta, cuidadosa, legal. Todo lo que Irene no era por naturaleza. Pero por Mateo, podía aprender paciencia. Por Mateo, podía hacer las cosas bien.

En la pensión, escribió en su cuaderno:

«Día 12 sin pastillas. La claridad duele pero es necesaria. Mateo está en Estocolmo, con gente que tal vez lo ama pero que pagó por él. Las piezas se mueven. La verdad se acerca.

No sé si recuperaré a mi hijo. Pero sé que no pararé hasta intentarlo todo. Legal primero. Y si eso falla...

No. No puedo pensar así. Debo confiar en el sistema que me falló. Debo creer que la justicia existe.

Por Mateo. Por todas nosotras.

Un paso cada vez».

Afuera, Madrid vivía su sábado noche ajena a los dramas de madres sin hijos. Pero en pensiones baratas y pisos vigilados, en hospitales custodiados y despachos discretos, una revolución silenciosa seguía gestándose.

Y esta vez, tenían abogados.

24

Irene despertó en la pensión de Atocha con el cuello torcido y la boca pastosa. Había soñado con Mateo otra vez, pero esta vez no era una pesadilla. Lo veía jugando en un parque, mayor, llamándola en español con acento sueco. La mezcla de esperanza y terror la dejó desorientada.

El móvil encriptado mostraba dos mensajes acumulados durante la noche.

Andrea: «Mi marido canceló el viaje a Suiza. Dice que mejor esperamos. Creo que sospecha algo».

M: «Raquel del hospital mejora. Los abogados presionan para trasladarla. Necesitamos movernos».

Irene se duchó con agua tibia —el olor a cal ya le resultaba familiar, como un recordatorio de su vida transitoria—. Mientras se vestía con la ropa de Laura Méndez, planificó el día. Primero, contactar con Erik Nilsson para actualizar la situación legal. Después, coordinar con David antes de su reunión del lunes con el editor.

El móvil sonó antes de que pudiera hacer ninguna llamada. Ana Torrente.

—Buenos días, Irene. Sé que es domingo, pero hay novedades. ¿Puede venir a mi despacho?

—¿Es urgente?

—Defina urgente. No es vida o muerte, pero podría cambiar significativamente nuestra estrategia. ¿En una hora?

Madrid los domingos tenía ese aire desolado de ciudad que finge descansar. El metro iba medio vacío, ocupado por trabajadores del sector servicios y algún trasnochador perdido. Irene llegó a Chamberí con tiempo de sobra y compró café y un cruasán en la única cafetería abierta. Combustible para lo que viniera.

Ana Torrente la esperaba en su despacho, impecable incluso en domingo. Pantalones oscuros, blusa de seda, el pelo plateado perfectamente peinado.

—Gracias por venir. ¿Café?

—Acabo de tomar uno.

—Mejor. Necesitará estar alerta. —Ana se sentó tras su escritorio y abrió una carpeta gruesa—. He pasado el fin de semana investigando precedentes. Hay más casos de los que pensábamos.

—¿Adopciones irregulares?

—Restitución internacional de menores en casos de fraude. No muchos, pero suficientes para establecer jurisprudencia. —Extrajo varios documentos—. Caso Grimaldi contra el Estado de Rumania, 2018. Bebé robado en maternidad, vendido a familia italiana. Caso Petrova contra Suecia, 2020. Niña declarada huérfana falsamente, adoptada por matrimonio de Gotemburgo.

—¿Y qué pasó?

—Resultados mixtos. —Ana no endulzaba la realidad—. Grimaldi recuperó custodia total después de cuatro años de litigio. Petrova consiguió régimen de visitas amplio pero no custodia. Los factores determinantes fueron el tiempo transcurrido y el interés superior del menor.

—Mateo tiene solo diecisiete meses. No es tanto tiempo. Además, los padres adoptivos acaban de finalizar el proceso y obtuvieron la custodia hace apenas unos días.

—En desarrollo infantil es una eternidad. —Ana la miró con esa mezcla de compasión y pragmatismo profesional—. Pero tiene razón, es poco comparado con otros casos. Eso juega a nuestro favor.

Revisaron estrategias durante la siguiente hora. Ana había preparado un plan de acción meticuloso: primero, formalizar la

denuncia en España con todas las pruebas. Segundo, contactar con las autoridades suecas a través de canales oficiales. Tercero, solicitar medidas cautelares para evitar que los Larsson pudieran huir o esconder al niño.

—Erik Nilsson es clave —explicó Ana—. Un diplomático sueco confirmando irregularidades tiene mucho peso. ¿Ha vuelto a contactar con él?

—Iba a llamarlo hoy.

—Hágalo. Y pregúntele si estaría dispuesto a testificar oficialmente. —Ana cerró la carpeta—. Hay algo más. He recibido una llamada esta mañana. Anónima. Alguien queriendo información sobre usted.

El estómago de Irene se contrajo.

—¿Qué tipo de información?

—Dónde está, qué está haciendo, si tengo forma de contactarla. —Ana tamborileó con los dedos sobre el escritorio—. Por supuesto, no dije nada. Pero es preocupante. Alguien la está buscando activamente.

¿Valeria? ¿La red de Falcón? ¿La policía? ¿O alguien más?

—Tenga cuidado —continuó Ana—. Y considere cambiar de alojamiento. La pensión donde está... no es exactamente Fort Knox.

Tenía razón. Pero mudarse constantemente requería dinero que se agotaba. Los dos mil euros de Rosa habían menguado peligrosamente. Quedaban trescientos, cuatrocientos como mucho.

Salió del despacho con más preguntas que respuestas. En la calle, marcó el número de Erik Nilsson. Contestó al tercer tono.

—Señora Rivas. Esperaba su llamada.

—Señor Nilsson. Hay novedades. Mi abogada cree que tenemos una estrategia sólida.

—Me alegro. Yo también tengo noticias. —Una pausa—. ¿Podemos vernos? Prefiero no discutir por teléfono.

Quedaron en el Retiro en una hora. Parque público, múltiples salidas, terreno neutral. Irene aprovechó para llamar a David Sánchez.

—¿Preparado para mañana?

—Como nunca. He preparado una presentación que haría llorar a una piedra. —La confianza en su voz era contagiosa—. Mi editor es duro pero justo. Si ve el potencial, y lo verá, tendremos luz verde.

—¿Necesita algo más de mí?

—Por ahora no. Pero mantenga el móvil encendido. Si surge alguna pregunta...

El Retiro bullía de vida dominical. Familias paseando, corredores sudorosos, vendedores ambulantes esquivando a la policía municipal. Irene encontró a Erik Nilsson en el banco acordado, cerca del estanque. Llevaba ropa informal —vaqueros, jersey de cuello alto — pero mantenía ese aire diplomático imposible de disimular.

—Gracias por venir. —Se levantó para saludarla—. ¿Paseamos? Es más privado.

25

Caminaron por senderos menos transitados mientras Erik hablaba.

—He recibido más contactos. Dos familias suecas más con sospechas sobre sus adopciones españolas. Todas a través de los mismos intermediarios. —Sacó un pequeño cuaderno—. Los Larsson no son únicos. Es un patrón.

—¿Están dispuestos a colaborar?

—Ahí está el problema. Tienen miedo. Miedo a perder a los niños, a represalias legales, a la exposición pública. —Se detuvo junto a la rosaleda—. Pero hay una que podría... La señora Larsson.

El corazón de Irene dio un vuelco.

—¿Olivia Larsson?

—Me llamó ayer. Está... perturbada es quedarse corto. Dice que no puede seguir viviendo con la mentira. Que necesita hacer lo correcto aunque le cueste todo.

—¿Qué propone?

—Quiere verla. A usted. —Erik la estudió cuidadosamente—. Sé que es mucho pedir. Sería doloroso. Pero podría ser la pieza que necesitamos.

Ver a la mujer que tenía a su hijo. Mirarla a los ojos. Tal vez incluso ver a Mateo de lejos. Era tortura y tentación a partes iguales.

—¿Cuándo?

—Ella puede viajar a Madrid la próxima semana. Discreta. Su marido viaja por negocios. —Erik guardó el cuaderno—. Piénselo. No tiene que decidir ahora.

Pero Irene ya sabía la respuesta. Si había una posibilidad, por mínima que fuera, de acercarse a Mateo, la tomaría.

Se separaron con un apretón de manos formal. Irene vagó por el parque, procesando. Olivia Larsson queriendo hacer lo correcto. Era casi demasiado bueno para ser verdad. ¿Y si era una trampa?

Eran las dos de la tarde cuando Irene volvió a la pensión. La dueña la interceptó en la entrada.

—Señorita Méndez. Ha venido alguien preguntando por usted.

El mundo se detuvo.

—¿Quién?

—Una mujer. Morena, bien vestida. Dijo que era su hermana. —La dueña la miró con suspicacia—. Le dije que no tenía ninguna Laura Méndez aquí, pero no pareció convencida.

Valeria. Tenía que ser Valeria. De alguna manera había rastreado la identidad falsa, había encontrado la pensión.

—Gracias por no decir nada.

—No me gustan los líos, señorita. Si tiene problemas...

—Me iré. Hoy mismo.

Subió las escaleras de dos en dos. En la habitación, empaquetó sus pocas pertenencias en cinco minutos. Los documentos distribuidos por los bolsillos, el portátil en la mochila, el poco dinero que quedaba escondido en los calcetines. Lista para huir. Siempre lista para huir.

Pero ¿adónde?

No podía volver a Segovia. Madrid se había vuelto peligroso. Necesitaba un lugar nuevo, anónimo, barato.

El móvil sonó. M.

—¿Dónde estás?

—En problemas. Mi hermana me ha localizado.

—Sal de ahí. Ya. —La urgencia en la voz de M era palpable—. ¿Recuerdas el bar donde nos vimos?

—El Gato Negro.

—En dos horas. Hay un plan B que necesitas conocer.

Irene bajó por las escaleras de servicio, evitando la recepción. En la calle, caminó en dirección contraria a su ruta habitual, doblando esquinas al azar, verificando que nadie la seguía. Paranoia justificada por la supervivencia.

Tomó tres autobuses diferentes antes de dirigirse a la estación de Atocha. Tren a Segovia, llegada en una hora. Tiempo para pensar, planificar, prepararse para lo que fuera que M tuviera en mente.

En el tren, repasó sus opciones. El dinero no le duraría mucho más. La documentación falsa había sido comprometida. Valeria la buscaba activamente. La policía también, como una mujer desaparecida con problemas mentales, peligrosa para sí misma.

Pero también tenían avances. Raquel, la enfermera, mejoraba. Olivia Larsson quería reunirse. David a punto de publicar. La red de madres creciendo, fortaleciéndose.

Era una carrera. ¿Qué llegaría primero? ¿La verdad o la captura?

El Gato Negro estaba más muerto que de costumbre. Domingo por la tarde en un bar de mala muerte. M ya estaba allí, en la misma mesa del fondo, pero esta vez no estaba sola. Rosa la acompañaba, demacrada pero con ojos ardientes.

—Nos han localizado a varias —dijo Rosa sin preámbulos—. Mi piso de emergencia en Ávila, el refugio de Barcelona. Alguien habló.

M dio un trago a su cerveza.

—Creemos que era una de las nuevas. De las que se unieron tras el asalto. Una infiltrada desde el principio.

Otra traición. Otro golpe.

—¿Qué hacemos?

—Dispersarnos más. Pero antes... —Rosa sacó un sobre—. Documentación nueva. Mejor que la anterior. Y esto.

Llaves. Un juego de llaves de coche.

—Un Seat Ibiza blanco, matrícula de Burgos. Está en el parking de la estación. —Rosa la miró fijamente—. Es mi último coche limpio. Úsalo bien.

—No puedo aceptar...

—No es regalo. Es inversión. —La voz de Rosa era acero puro—. Necesitamos que sigas móvil, que sigas coordinando. Si te atrapan ahora, todo se derrumba.

Tenían razón. Irene era el nexo entre las madres, el periodista, la abogada, el diplomático. Si caía, las conexiones se romperían.

—¿Y vosotras?

—Tenemos nuestros planes. —M se levantó—. Mantén el móvil encriptado. Solo emergencias las próximas 48 horas. Después, nueva reunión.

Se separaron como siempre, con intervalos de seguridad. Irene fue la última en salir, cargando con nuevas identidades y responsabilidades.

El Seat Ibiza estaba donde Rosa había dicho. Anónimo, práctico, con el depósito lleno. En la guantera, mapas de carreteras y una nota: «Para cuando el GPS no sea seguro. R.».

Condujo sin destino fijo durante una hora, acostumbrándose al coche, pensando. Necesitaba un lugar para pasar la noche. Algún sitio entre Madrid y Pozuelo para estar cerca de la cita de Ana con Raquel por la mañana.

Encontró un motel de carretera en las afueras de Majadahonda. El tipo de lugar donde nadie hace preguntas si pagas en efectivo. La habitación olía a ambientador barato, pero tenía cama, ducha y anonimato.

Aquella noche, mientras repasaba una y otra vez los mensajes y trazaba rutas de escape, Irene se permitió un instante de debilidad, ese tipo de rendición íntima que solo las madres conocen.

En algún lugar —probablemente en Estocolmo— su hijo dormía en una cuna que no era la suya, soñando en un idioma que no comprendía. Pero si todo salía según lo previsto, si las piezas seguían encajando... quizá...

No. No podía pensar en «tal vez». Solo en el siguiente paso. Mañana, David convencería a su editor. O no. Olivia Larsson vendría a Madrid. O no.

Demasiadas variables. Demasiados «o no».

Pero por primera vez en diecisiete meses, los «o sí» parecían posibles.

El móvil mostró un último mensaje antes de dormir. Ana Torrente:

«He presentado una pre-denuncia confidencial en la Audiencia Nacional. Un juez de confianza. Si conseguimos más testimonios

esta semana, podemos formalizarla. Las cosas se mueven».

Las cosas se movían. Despacio, con cuidado legal, con estrategia en lugar de desesperación. No era el rescate dramático que Irene había fantaseado, pero tal vez era mejor. Más sólido. Más real.

Durmió con las llaves del coche bajo la almohada y la mochila preparada junto a la cama. Lista para huir o para luchar, según lo que trajera el amanecer.

En sus sueños, Mateo la llamaba «mamá» en perfecto español.

26

El despertador del móvil sonó a las cinco y media de la madrugada. Irene llevaba despierta desde las cuatro, contemplando el techo manchado del motel.

Se levantó con cuidado de no hacer ruido, aunque estaba sola. Hábitos de fugitiva. La ducha funcionaba a trompicones, alternando agua helada con chorros hirvientes. Se vistió con ropa oscura, práctica. Si tenían que correr, los vaqueros ajustados y los tacones no ayudarían.

A las ocho de la mañana en punto, el móvil vibró. David Sánchez:

«Reunión con editora en marcha. Esto va a ser portada. Necesitaré declaraciones de todas. ¿Puede organizar?»

«Trabajando en ello. ¿Cuándo?»

«Esta tarde si es posible. El momentum es crucial».

Momentum. Tenía que creer que cada paso, por pequeño que fuera, los acercaba a la justicia.

Llamó a Rosa.

—¿Dónde estás?

—Salamanca. Escondida pero segura. ¿Novedades?

Irene la puso al día.

—Bien —dijo Rosa cuando terminó—. Es hora. ¿Necesitas que vaya?

—No. Mantente oculta hasta que sepamos el alcance. Si David publica, necesitaremos voces en toda España. No podemos arriesgar a que nos silencien a todas.

—¿Y tu hijo? ¿Alguna noticia de los suecos?

—Erik Nilsson dice que Olivia Larsson quiere venir a Madrid. Pero con todo esto...

—No pierdas eso de vista —advirtió Rosa—. El artículo es importante, pero al final esto es sobre recuperar a nuestros hijos. No lo olvides.

Como si pudiera olvidarlo. Como si cada respiración no fuera un recordatorio de que Mateo estaba a miles de kilómetros, viviendo una vida que no le correspondía.

A las tres, Ana la llamó:

«Luz verde total. David tiene vía libre para publicar. Primera entrega mañana, serie completa durante la semana. Va a ser un terremoto».

«¿Qué necesita de nosotras?»

«Declaraciones. Puede ir a verte a las cinco. ¿El piso de Alcorcón es seguro?»

«Tanto como cualquier sitio».

«Irene... lo hemos conseguido. Vamos a exponerlos a todos».

Pero Irene no podía celebrar. No todavía. Exponer no era lo mismo que recuperar. La verdad no era lo mismo que justicia.

Mientras esperaba a David, revisó una vez más el contenido del USB. Había una carpeta que no había abierto antes. «Proyecto Especial», sin fecha.

Dentro, documentos que no entendía del todo. Referencias a «mejora genética», «selección de características», «programa a largo plazo». Como si los bebés no fueran solo mercancía, sino... ¿experimentos?

El timbre la sobresaltó. Miró por la mirilla: David Sánchez, solo, aspecto de no haber dormido mucho pero vibrando con energía periodística.

—Pase rápido.

David entró con su grabadora y libreta.

—Esto es gordo, Irene. Más gordo de lo que imaginábamos. Con lo que trajeron Ana y Andrea, más lo que ya teníamos... —Se sentó, profesional pero emocionado—. Vamos a tumbar a mucha gente poderosa.

—¿Y los niños? ¿Qué pasa con ellos?

—Paso a paso. Primero la exposición, después la presión pública, y finalmente la acción legal. —La miró fijamente—. Necesito que me lo cuente todo otra vez. Desde el principio. Con todos los detalles: nombres, fechas, todo. Sin cosas a medias, sin suposiciones. Solo hechos.

Irene respiró hondo y empezó. Otra vez. La historia que había contado tantas veces que las palabras habían perdido su filo. Pero esta vez era diferente. Esta vez alguien con poder para cambiar las cosas la escuchaba.

Habló durante dos horas. David la interrumpía ocasionalmente para aclarar detalles, verificar fechas. Profesional pero no frío.

—Raquel, la enfermera —dijo David—. ¿Cree que no se arrepentirá de su testimonio?

—No lo sé.

—Su testimonio es crucial. Si algo le llega a suceder...

—No diga eso.

—Lo siento. Pero tenemos que ser realistas. Esta gente ha matado antes. Marina Expósito no se suicidó.

Irene lo sabía. Por supuesto que lo sabía. Pero admitirlo era demasiado para el corazón de una madre que veía en cada testigo una última esperanza de justicia para su hijo.

—¿Cuándo sale el artículo?

—Mañana. Portada. Mi editora está moviendo cielo y tierra para blindarse legalmente. Pero va a salir. —Guardó la grabadora—. ¿Está lista para lo que viene? En cuanto se publique, va a estar en el punto de mira. Los medios, la poli, todo el mundo querrá hablar con usted. Va a ser muy difícil seguir escondida.

—Entonces, ¿qué pasa con mi situación legal? ¿Y lo de mi hermana, la supuesta incapacitación...?

—Ana Torrente está en ello. Dice que con las pruebas que tenemos, cualquier intento de incapacitarla se caería en los

tribunales. Pero hasta entonces...

Hasta entonces seguiría siendo una fugitiva. Una madre sin hijo perseguida por un sistema que había permitido que le robaran lo más preciado.

David se fue con copias de todo. El USB original lo guardó Irene. Demasiado valioso para dejarlo ir.

Esa noche Irene escribió otra carta a Mateo.

Afuera, las sirenas de Madrid cantaban su canción nocturna. Pero por primera vez en mucho tiempo, no sonaban como lamentos.

Sonaban como fanfarrias.

27

Irene no había dormido. Había pasado la noche en el piso franco de Alcorcón, pegada al portátil, refrescando obsesivamente la página web de El País. David había dicho que el artículo saldría en la edición digital de las seis de la mañana.

Las cinco cincuenta y ocho. Las cinco cincuenta y nueve.

Las seis.

Nada.

Actualizar. Actualizar. Actualizar.

Seis y dos minutos. El titular apareció como un puñetazo en la pantalla:

«LA RED DEL SILENCIO: Cómo una trama organizada robó decenas de bebés en clínicas de fertilidad españolas»

Investigación exclusiva de David Sánchez

Irene pinchó con dedos temblorosos. El artículo se desplegó, extenso, meticuloso, devastador. La foto principal mostraba la fachada de la clínica Falcón, ahora siniestra bajo el titular. Pero era el subtítulo lo que le cortó la respiración:

«Al menos 87 bebés fueron declarados muertos y vendidos a familias extranjeras entre 2019 y 2023. Jueces, médicos y funcionarios participaron en una trama que destrozó decenas de familias»

Empezó a leer, el corazón martilleándole en el pecho. David había sido minucioso. Nombres con iniciales para proteger a las víctimas, pero suficientes detalles para que fuera verificable. El testimonio de Raquel, la enfermera, ocupaba varios párrafos.

Y ahí estaba ella. «I.R., profesora de 39 años, fue sedada durante una cesárea de emergencia. Le dijeron que su hijo había muerto por complicaciones. Diecisiete meses después, descubrió que el bebé había sido vendido a una familia sueca por 200.000 euros».

El móvil empezó a sonar. Lo ignoró. Necesitaba leer todo, procesar la magnitud de lo que acababa de desencadenarse.

David había incluido extractos de los documentos del USB. Facturas con membrete de la clínica. Emails entre Falcón y los intermediarios. Y lo más demoledor: fragmentos transcritos de las grabaciones donde el propio Falcón se jactaba de su impunidad.

«Las madres son fáciles de controlar», decía una transcripción. «Un poco de sedación extra, unos papeles firmados por familiares preocupados, y si protestan, siempre está el diagnóstico de psicosis puerperal. ¿Quién va a creer a una loca?»

El artículo mencionaba también el «Proyecto Especial», aunque con menos detalles. David estaba guardando munición para las siguientes entregas. Pero la insinuación estaba ahí: esto iba más allá del simple tráfico de bebés.

Al final, una nota del editor: «Esta es la primera entrega de una serie investigativa. En los próximos días publicaremos testimonios de las madres afectadas, documentos exclusivos y conexiones internacionales de esta red criminal».

El móvil no paraba de sonar. Irene finalmente miró: diecisiete llamadas perdidas. Ana, Andrea, Rosa, M, números desconocidos. Los mensajes se acumulaban.

Ana: «¡Ha salido! Es perfecto. Devastador».

Rosa: «Las redes sociales están explotando. Es trending topic».

M: «Muévete. La policía estará en ese piso en menos de una hora».

Eso la sacó del shock. M tenía razón. El artículo mencionaba su inicial, pero no tardarían en atar cabos. Irene Rivas, la profesora

desaparecida con «problemas mentales». La perfecta cara visible para la historia.

Empaquetó sus cosas en cinco minutos. El portátil, los documentos, la poca ropa que tenía. Bajó las escaleras de dos en dos, el corazón en la garganta. En la calle, el Seat Ibiza la esperaba como un viejo amigo fiel.

¿Adónde ir? No podía volver a ningún refugio conocido. Necesitaba un lugar nuevo, imprevisto. Condujo sin rumbo durante veinte minutos, la radio sintonizada en las noticias. Todavía nada. La prensa tradicional era más lenta en reaccionar.

El móvil sonó. Ana Torrente.

—Irene, ¿dónde estás? Necesitamos coordinar. Los teléfonos no paran en mi despacho. Otros medios quieren declaraciones, la fiscalía ha llamado...

—No sé dónde ir. M dice que la policía...

—Ven a mi despacho. Es terreno legal. Si vienen a buscarte aquí, tendrán que seguir procedimientos. Te dará tiempo.

Tenía sentido. Irene giró hacia Chamberí, el tráfico matutino empezando a espesar. En los semáforos, miraba obsesivamente a los coches de alrededor.

El despacho de Ana era un hervidero de actividad inusual para las siete y media de la mañana. Dos asistentes que Irene no había visto antes tecleaban frenéticamente en portátiles. Los teléfonos sonaban sin parar.

—Pasa a la sala de reuniones —indicó Ana—. Andrea ya está aquí.

Irene entró en la sala y encontró no solo a Andrea, sino también otras tres mujeres que no reconocía. Todas con la misma expresión de determinación teñida de miedo.

—Os presento a Cristina, Marta y Lucía —dijo Andrea—. Las hemos localizado esta madrugada. Todas víctimas de Falcón. Todas dispuestas a hablar.

Lucía. Irene la miró con atención. ¿Sería la misma Lucía Herrero del psiquiátrico? No, esta era más joven, sin el peso de tres años de encierro.

—El artículo es solo el principio —decía Andrea—. Necesitamos mantener la presión. Testimonios públicos, entrevistas...

—Pero primero, protección —interrumpió Ana Torrente entrando con una bandeja de cafés—. La fiscalía quiere tomar declaración a todas. He hablado con el fiscal jefe. Podemos ir en grupo, esta misma mañana. Fuerza en números.

—¿Y Falcón? —preguntó Cristina, una mujer de unos treinta años —. ¿Lo han detenido?

—Todavía no. Pero es cuestión de horas que se presente una acusación formal. —Ana Torrente se sentó—. El problema es que probablemente ya le hayan avisado. Podría huir.

—O destruir pruebas —añadió Andrea.

El móvil de Irene vibró. Un mensaje de un número desconocido: «Soy Erik Nilsson. Urgente. Olivia Larsson en Madrid. Hotel Santo Mauro. Quiere verla YA».

El mundo se detuvo. Olivia en Madrid. La mujer que tenía a Mateo, aquí. Ahora.

—¿Qué pasa? —Andrea había notado su expresión.

Irene les mostró el mensaje. La sala quedó en silencio.

—Es una trampa —dijo Marta inmediatamente—. Con el artículo recién publicado...

—Necesitas protección —decidió Ana Torrente—. Si vas, no vas sola.

—Tengo que ir —dijo Irene, incorporándose—. Ya esperaba su llegada; el señor Nilsson me había hablado de esa posibilidad.

—Espera. —Andrea sacó su móvil—. Déjame verificar. El Santo Mauro es un hotel de lujo en Almagro. Discreto, caro. Si es una trampa, es una trampa cara.

Mientras Andrea hacía llamadas, las demás compartían sus historias. Cristina había perdido a unos gemelos en 2021. Marta, a una niña en 2022. Lucía, a un niño hace más de tres años. Todas con el mismo patrón: FIV en Falcón, complicaciones en el tercer trimestre, bebés muertos a los que ni siquiera pudieron ver de cerca.

—El hotel es legítimo —anunció Andrea—. Y hay una reserva a nombre de O. Larsson. Suite. Pagada por tres noches.

—Voy contigo —dijo—. No vas a enfrentarte a esto sola.

Salieron del despacho a las ocho y media. Madrid empezaba su jornada laboral, ajena al terremoto que se gestaba en las

redacciones y fiscalías. Fueron en el coche de Andrea, un Audi discreto pero potente. Por si necesitaban salir rápido.

El Hotel Santo Mauro era efectivamente discreto. Un palacete reconvertido escondido entre embajadas y residencias diplomáticas. El tipo de lugar donde la privacidad se pagaba a precio de oro.

—Venimos a ver a la señora Larsson —anunció Andrea en recepción—. Nos espera.

El recepcionista consultó discretamente su pantalla.

—Suite Castellana, tercera planta. El ascensor está al fondo. La señora dejó instrucciones para que las hicieran subir.

Subieron en silencio. Irene sentía el corazón en la garganta. Después de diecisiete meses, ¿estaba a punto de estar en la misma habitación que la mujer que tenía a su hijo?

28

Andrea tocó a la puerta. Pasos acercándose. La puerta se abrió.

Olivia Larsson era exactamente como Irene la había imaginado y completamente diferente. Rubia, sí, pero con mechas grises prematuras. Alta pero encorvada, como si cargase un peso invisible.

—Señora Rivas. Por favor, pasen.

La suite era elegante sin ser ostentosa. Ventanales con vistas al jardín interior. Pero Irene solo tenía ojos para el cochecito de bebé junto al sofá.

Vacío.

—Mattias está durmiendo en el dormitorio —dijo Olivia siguiendo su mirada—. Pensé que deberíamos hablar primero.

Se sentaron. El silencio se extendió como melaza. ¿Cómo empezar una conversación así?

—Ye leído el artículo —dijo finalmente Olivia—. Esta mañana. Erik me avisó anoche de que saldría.

—¿Por qué está aquí? —Irene no podía contener más la pregunta.

Olivia se frotó los ojos. Sin maquillaje, las ojeras eran más evidentes.

—Porque tengo miedo, de verdad. Pagamos doscientos mil euros por esta adopción. Nos dijeron que todo era legal, pero después investigué más y noté irregularidades... Yans no sabe nada de esto,

él cree que todo está bien. Pero yo... yo no puedo vivir con esta incertidumbre de no saber si un día vendrán a quitárnoslo.

Andrea intervino con suavidad.

—¿Qué propone exactamente, señora Larsson?

Olivia se levantó, fue hacia un bolso en la mesa. Sacó una carpeta.

—Ye traído todo. Los documentos de adopción originales. Los emails con el intermediario. Las transferencias bancarias. —Dejó la carpeta en la mesa de café—. Y mi testimonio. Estoy dispuesta a declarar.

Irene miraba la carpeta como si fuese radioactiva.

—¿A cambio de qué?

—No yay cambio. —Olivia volvió a sentarse—. Solo... solo quiero que todo sea legal. Que no nos quiten a Mattias después. Que usted sepa que nosotros no sabíamos. Fuimos engañados también. —Su voz se quebró—. Yo nunca pude tener yijos. Mattias es... es todo lo que siempre soñé. Pero no así. No robándoselo a otra madre.

—¿Y Mateo? ¿Qué pasa con él?

El nombre real del niño flotó entre ellas como un fantasma.

—Es suyo —dijo Olivia simplemente—. Pero nosotros lo amamos ya. Solo... llevamos dos semanas con él, pero después de diecisiete meses esperándolo, soñando con él... ya es nuestro yijo también. Es lo único que tengo.

Las palabras eran demasiado enormes para procesarlas. Irene sintió que se ahogaba.

—Por favor, compréndame. —Olivia se inclinó hacia delante—. Legalmente él es nuestro ahora, pero si la adopción fue ilegal... Yans luchará, pero yo necesito saber la verdad. Con mi testimonio, con las pruebas del artículo... tal vez podamos arreglar esto. Yacer que todo sea legal de verdad.

—Pero es mi hijo —la voz de Irene se quebró en un susurro—. Andrea le ofreció un pañuelo, en silencio.

—Y me di cuenta —continuó Olivia— de que no queremos perder a Mattias. Llevamos años intentando tener yijos, años de dolor, de esperanza rota. Él es nuestro milagro. Pero tampoco queremos vivir con miedo. Necesitamos que todo sea transparente, legal. Que usted

sepa que nosotros hicimos todo creyendo que todo estaba bien, que lo amamos con todo nuestro corazón.

Un llanto llegó desde el dormitorio. Suave al principio, luego más insistente.

Las tres mujeres se quedaron congeladas.

—¿Puedo...? —empezó Olivia.

—Vamos juntas —decidió Irene.

Se levantaron como en un sueño. El dormitorio estaba en penumbra, cortinas cerradas. En la cuna de viaje, Mateo estaba sentado, frotándose los ojos con los puñitos.

Diecisiete meses. Ya no era un bebé. Era un niño pequeño, con personalidad propia, preferencias, rutinas que Irene no conocía.

—Mama —dijo al ver a Olivia, extendiendo los brazos.

La palabra fue un puñal, pero Irene se obligó a sonreír. No era culpa del niño. No era culpa de nadie excepto de los que habían orquestado esta pesadilla.

Olivia lo cogió con práctica maternal. Mateo se acurrucó contra ella, pero sus ojos encontraron a Irene. La estudió con esa intensidad desconcertante de los niños pequeños.

—Hola, cariño —susurró Irene.

Mateo inclinó la cabeza. Luego, inesperadamente, extendió una manita hacia ella.

Irene miró a Olivia, pidiendo permiso. Olivia asintió.

Con cuidado infinito, Irene tomó la manita de su hijo. Era perfecta. Pequeña, suave, real. Mateo la apretó con fuerza sorprendente y sonrió.

No la reconocía. Por supuesto que no. Pero tampoco la rechazaba. Era un comienzo.

—Deberíamos volver al salón —sugirió Andrea suavemente—. Hay mucho que discutir.

Volvieron, ahora con Mateo completamente despierto. Olivia lo sentó en el suelo con algunos juguetes. El niño empezó a jugar, ocasionalmente mirando a las adultas con curiosidad.

—¿Cuánto tiempo se queda en Madrid? —preguntó Andrea.

—Tengo la suite por tres noches. Pero puedo extender. —Olivia miraba a Mateo jugar—. Pensé que necesitaríamos tiempo. Para que

se acostumbre. Para organizar todo.

—Mi abogada querrá ver esos documentos —dijo Irene, señalando la carpeta.

—Por supuesto. Y yo necesitaré asesoría legal aquí. Erik mencionó algunos nombres.

Era surrealista. Estar sentadas civilizadamente discutiendo el futuro de un hijo. Pero ¿qué alternativa había?

El móvil de Andrea sonó.

—Es Ana Torrente... Sí... Entiendo... Ahora mismo. —Colgó con expresión sombría—. Han detenido a Falcón. Intentaba cruzar a Portugal. Y hay más detenciones. Jueces, funcionarios... es una redada masiva.

La noticia debería haber sido motivo de celebración. Pero Irene solo podía mirar a su hijo jugando con bloques de madera, ajeno al terremoto que sacudía los cimientos de su mundo.

—Tenemos que volver —dijo Andrea—. La fiscalía quiere declaraciones urgentes de todas.

—Yo... —Irene no podía apartar los ojos de Mateo.

—Vaya —dijo Olivia con suavidad—. Yaga lo que tenga que yacer. Nosotros estaremos aquí.

—¿Puedo volver? ¿Esta tarde?

—Puede volver cuando quiera. —Olivia la miró directamente—. Necesitamos encontrar una solución. Para todos. Para que Mattias tenga un futuro seguro. Ye no deseo alejarla de su yijo.

Irene se acercó a su hijo. Se arrodilló junto a él, memorizando cada detalle. Mateo la miró con curiosidad y le ofreció un bloque. Irene lo aceptó, jugaron unos segundos. Luego, con el corazón en un puño, le dio un beso en la frente.

—Hasta luego, mi amor —susurró.

Salieron del hotel en una nube de emociones contradictorias. En el coche, Irene rompió a llorar. Lágrimas de alivio, de dolor, de algo parecido a la esperanza.

—Lo hemos conseguido —dijo Andrea—. Está aquí. Lo has encontrado.

Pero Irene sabía que encontrarlo era solo el comienzo. Ahora llegaba la parte más difícil: recuperarlo por la vía legal, construir una

relación, sanar heridas que quizá nunca llegarían a cerrarse del todo. Y además, estaba el dolor de una mujer que, aunque parecía actuar con buenas intenciones, había sido engañada.

El móvil sonó. Ana Torrente.

—¿Dónde estáis? Esto es un caos. La Fiscalía quiere a todas aquí en una hora. Y, Irene... tu hermana. La han localizado.

—¿Valeria? ¿Dónde?

—En el aeropuerto de Barajas. La tienen retenida. Parece que hay indicios de su implicación con Falcón.

Otro golpe. Otra pieza que caía. Irene cerró los ojos, agotada hasta los huesos. ¿Su hermana, cómplice?

—Vamos para allá.

Madrid desfilaba borroso al otro lado de la ventanilla. El artículo había destapado la caja de Pandora. Ahora tocaba enfrentarse a todo lo que había salido de ella.

Pero, por primera vez en diecisiete meses, Irene había tocado la mano de su hijo. Había visto su sonrisa. Había escuchado su voz. Le había dado un beso.

Todo lo demás podía esperar.

29

La Fiscalía del Tribunal Superior de Justicia de Madrid era un edificio que transpiraba autoridad institucional. Pasillos de mármol frío, techos altos que convertían cada susurro en eco, esa atmósfera particular que hacía sentir pequeño a cualquiera. Irene llegó con Andrea a las diez menos cuarto, el estómago revuelto por la mezcla de café instantáneo y nervios crudos.

Ana Torrente las esperaba en la entrada.

—Las otras ya están dentro —informó mientras las guiaba por el control de seguridad—. Cinco madres más han llegado esta mañana después de leer el artículo. Algunas han viajado desde Galicia, Andalucía... El artículo ha destapado la caja de los truenos.

El artículo. Irene lo había releído obsesivamente en el móvil durante el trayecto. David Sánchez había sido quirúrgico: nombres, fechas, cantidades, conexiones. La foto de Falcón esposado en la frontera portuguesa ocupaba media página digital. Los comentarios se contaban por miles, algunos de apoyo, otros de incredulidad, muchos compartiendo historias similares que habían mantenido en silencio durante años.

—¿Alguna noticia de Valeria? —preguntó mientras dejaban los móviles en las taquillas de seguridad, el metal frío recordándole que entraba en territorio oficial.

—La tienen en los calabozos de Plaza de Castilla desde anoche. —Ana bajó la voz mientras subían las escaleras—. Se entregó voluntariamente con su abogado a las tres de la madrugada. Está pidiendo un acuerdo: inmunidad parcial a cambio de testimonio completo. Dice que tiene documentos, grabaciones...

El estómago de Irene se contrajo. Valeria, su hermana perfecta, la que siempre había tenido todas las respuestas, reducida a negociar su libertad en un calabozo. ¿Cómplice o víctima? La línea era más borrosa de lo que Irene quería admitir.

El fiscal que las recibió era un hombre de unos cincuenta años con ese aspecto característico de quien lleva demasiadas batallas legales a cuestas. Carlos Martínez Aguado, según la placa en su escritorio. El despacho olía a café frío y expedientes acumulados, ventanas altas que daban a un patio interior gris.

—Señoras, entiendo que tienen información relevante sobre el caso que los medios están llamando «Operación Cuna». —Su voz era neutra, profesional, pero Irene detectó un destello de algo más. ¿Indignación? ¿Determinación?

Durante las siguientes dos horas, Irene revivió su historia una vez más. Pero esta vez era diferente. Esta vez había un taquígrafo tomando cada palabra, convirtiendo su dolor en lenguaje jurídico. Esta vez sus palabras no eran desahogo sino munición legal. Y esta vez, mientras describía aquella noche de mayo, Mateo no era un fantasma sino un niño real esperándola en un hotel a veinte minutos de distancia.

—El pendrive que obtuvo de la taquilla de Patricia Soto —el fiscal consultaba sus notas meticulosamente—. ¿Lo tiene consigo?

Irene sacó el dispositivo, envuelto en una bolsa de plástico como había insistido Ana Torrente. Cadena de custodia, había explicado. Todo tenía que ser impecable, cualquier error podría invalidar las pruebas.

—Necesitaremos una copia certificada ante notario. Y su testimonio detallado sobre cómo lo obtuvo. Fecha exacta, hora, circunstancias, testigos si los hubiera...

Más detalles. Más precisión. La maquinaria judicial molía despacio pero minuciosamente. Irene respondió a cada pregunta, consciente

de que cualquier contradicción, cualquier duda, podría ser usada en su contra por la defensa de Falcón.

Andrea testificó después. Su voz temblaba al describir las ecografías perfectas, las ilusiones construidas semana a semana, el derrumbe brutal cuando le dijeron que su bebé no había sobrevivido.

Cristina había conducido cinco horas desde Sevilla esa madrugada. Sus gemelos tendrían ahora tres años. Marta venía de Barcelona, donde había reconstruido su vida después de perder a su hija. La nueva Lucía, que había perdido a su bebé hace apenas seis meses, aún tenía esa mirada vidriosa de quien no termina de procesar la magnitud del engaño.

Cada testimonio era una pieza del rompecabezas. Cada madre, una grieta más en el muro de impunidad que había protegido a Falcón durante años.

A la una, el fiscal decretó un receso. En la cafetería del edificio judicial, las mujeres se agruparon alrededor de mesas de formica rayada, compartiendo bocadillos insípidos de la máquina y experiencias devastadoras con la naturalidad terrible de quien encuentra a sus iguales.

—Mi suegra sigue sin creerme —decía Marta, desmigajando un cruasán reseco—. Dice que es imposible, que los médicos no harían algo así. Que estoy buscando fantasmas para no aceptar la pérdida.

—La mía quiere que deje el tema —añadió Cristina—. Que ya han pasado tres años, que tengo que seguir adelante, pensar en darle hermanos a mi hijo mayor. Como si fuera tan fácil. Como si pudiera simplemente olvidar que en algún lugar hay dos niños con mi sangre llamando mamá a otra persona.

Irene escuchaba en silencio, reconociendo cada historia. El patrón era siempre el mismo: incredulidad familiar, presión para «superar» el duelo, medicación para acallar las dudas. Y ahora, con el artículo abriendo heridas que nunca habían cicatrizado, la difícil navegación entre la esperanza renovada y el escepticismo de quienes las rodeaban.

El móvil de Ana Torrente sonó. Conversación breve, monosílabos tensos.

—Era mi asistente. Hay una nube de periodistas en la puerta del despacho. Todos los medios nacionales y varios internacionales quieren declaraciones. —Miró a las madres con expresión calculadora—. Necesitamos una estrategia de comunicación coherente. No podemos dejar que otros controlen la narrativa.

—David Sánchez ofreció coordinar —sugirió Andrea—. Al fin y al cabo, él destapó todo esto.

—Pero necesitamos más que un periodista —argumentó Cristina—. Necesitamos un movimiento. Visibilidad constante. Presión social. Que no puedan enterrarnos bajo procedimientos burocráticos como han hecho antes.

—Podríamos crear una asociación —propuso Lucía tímidamente—. Darle estructura legal a esto. No solo para nosotras, sino para las que vendrán. Porque vendrán más, estoy segura.

Mientras debatían estrategias, Irene miraba compulsivamente el reloj. Las dos y cuarto. Olivia habría dado de comer a Mateo. Estaría haciendo la siesta, esos pequeños rituales cotidianos que Irene no conocía, que tendría que aprender si... cuando recuperara a su hijo. ¿Dormía boca arriba o de lado? ¿Necesitaba un peluche especial? ¿Le gustaba que le cantaran?

La sesión de tarde fue más técnica, más agotadora. Documentos que firmar por triplicado, declaraciones que ratificar, advertencias sobre el proceso que vendría. El fiscal Martínez Aguado fue brutalmente honesto: con las detenciones de la mañana y las pruebas presentadas, había base sólida para un macrojuicio. Pero llevaría tiempo. Meses para la instrucción, probablemente años hasta la sentencia.

—¿Y los niños? —preguntó Lucía, verbalizando lo que todas pensaban—. ¿Qué pasa con ellos mientras los tribunales deciden?

El fiscal se quitó las gafas, se frotó el puente de la nariz. Por primera vez parecía humano, no solo un engranaje del sistema.

—Es la parte más compleja. Los que están en España con familias identificadas, podemos actuar con relativa rapidez. Medidas cautelares, pruebas de ADN, protocolos de protección del menor. —Suspiró—. Los que están en el extranjero requieren colaboración

internacional. Comisiones rogatorias, convenios bilaterales, burocracia diplomática. El tiempo se multiplica.

Más tiempo. Siempre más tiempo. Mientras los niños crecían, desarrollaban lazos, echaban raíces en vidas que no les correspondían. Mientras las madres biológicas se convertían en extrañas y las impostoras involuntarias en las únicas madres que conocían.

30

A las cuatro terminaron la maratón legal. Irene salió del edificio con las piernas temblorosas. El sol de octubre era débil pero se agradecía después de las horas bajo los fluorescentes despiadados de la Fiscalía.

—¿Vuelves al hotel? —preguntó Andrea, buscando las llaves del coche en el bolso.

—Sí. Necesito... —Irene no terminó la frase. No había palabras para la necesidad física de ver a su hijo, de confirmar que no era otro sueño cruel.

—Te llevo. Mi coche está en el parking de enfrente.

Durante el trayecto, mientras sorteaban el tráfico de media tarde, Irene le contó sobre Valeria. La llamada anónima a Ana Torrente, la entrega voluntaria, la petición de inmunidad. Andrea escuchó sin interrumpir, sus manos apretando el volante en los momentos más duros del relato.

—¿La crees? —preguntó finalmente cuando pararon en un semáforo.

—No lo sé. —Irene miraba Madrid pasar por la ventanilla, la ciudad indiferente a los dramas personales—. Parte de mí quiere odiarla. Sería más fácil, más limpio. Pero si dice la verdad, si realmente creyó que me estaba protegiendo, que estaba haciendo lo mejor para mí...

—El camino al infierno está pavimentado de buenas intenciones.

—O de hermanas controladoras que creen saber qué es mejor para ti. —Irene se frotó las sienes—. Valeria siempre fue así. Desde pequeñas. Yo era la soñadora, la inestable, la que necesitaba protección. Ella era la sensata, la que tomaba las decisiones difíciles.

—¿Y esta vez la decisión difícil fue dejar que creyeras que tu hijo había muerto?

—Según su lógica retorcida, probablemente sí. Mejor un duelo limpio que una vida persiguiendo fantasmas. —La amargura tiñó su voz—. No contó con que algunas preferimos perseguir fantasmas que aceptar mentiras.

Llegaron al Santo Mauro a las cuatro y media. Andrea se ofreció a subir con ella, pero Irene necesitaba hacer esto sola. Subió los tres pisos casi corriendo, el corazón acelerándose con cada paso. Tocó a la puerta de la suite con nudillos impacientes.

Olivia abrió con Mateo en brazos. El niño estaba despeinado por la siesta, cachetes sonrosados, ojos aún adormilados pero alerta. Al ver a Irene, su carita se iluminó con una sonrisa.

—¡Ene! —exclamó claramente, señalándola con un dedito regordete.

Irene se quedó paralizada. No era balbuceo infantil. La había llamado por su nombre, o al menos por su versión de él.

—Ya estado practicando toda la tarde —explicó Olivia con una sonrisa cansada—. Le dije tu nombre varias veces mientras yugaba. Parece que le gusta cómo suena.

—Ene —repitió Mateo, satisfecho con su nueva palabra, palmeando.

Irene tuvo que parpadear furiosamente para contener las lágrimas. Entró en la suite con piernas temblorosas, dejó el bolso en cualquier parte, se sentó en el sofá antes de que las rodillas cedieran. Mateo se escurrió de los brazos de Olivia y caminó hacia ella con esos pasos tambaleantes de quien aún negocia con la gravedad, agarrándose a sus rodillas para mantener el equilibrio.

—Hola, mi amor —susurró Irene, la voz quebrándose.

Mateo la estudió con esa seriedad desconcertante de los niños pequeños, evaluándola. Luego, decisión tomada, levantó los brazos en ese gesto universal: cógeme.

Irene lo alzó con cuidado infinito, maravillándose de nuevo con su peso sólido, su olor a jabón de bebé y galletas, su realidad innegable. Mateo se acomodó contra su pecho como si llevara haciéndolo toda la vida, una manita explorando su collar, la otra enredándose en su pelo.

—¿Cómo ya ido con la Fiscalía? —preguntó Olivia, sentándose en el sillón de enfrente.

Irene le resumió la jornada mientras Mateo investigaba los botones de su chaqueta con concentración científica. Deditos curiosos cartografiando a esta nueva persona en su pequeño mundo, ocasionalmente mirándola y sonriendo como si compartieran un secreto.

—Así que años —concluyó Irene, la realidad del timeline legal cayendo como una losa—. El fiscal habló de años para resolver todo.

—Lo sabíamos. —Olivia sirvió té de una tetera que había pedido al servicio de habitaciones, las manos temblando ligeramente—. Nada de esto iba a ser rápido. Pero al menos ya empezado. Ya no yay vuelta atrás.

—¿Has hablado con Hans?

El rostro de Olivia se ensombreció.

—Esta mañana. Por videollamada. No... no lo tomó bien. Dice que estoy siendo irracional, que los papeles son legales, que no vamos a perder a Mattias por las fantasías de una mujer trastornada. —Miró a Irene con ojos llenos de dolor—. Perdón. Sé que es tu yistoria, no fantasías, pero él...

—Está asustado —completó Irene, sorprendiéndose a sí misma con la comprensión—. Tiene miedo de perder lo que creía seguro.

—Tiene miedo de perder a su yijo. —Olivia se llevó la taza a los labios con manos temblorosas—. Lleva años soñando con ser padre. Cuando por fin lo conseguimos, cuando por fin tenemos a Mattias... Y ayora yo vengo con dudas, con crisis morales, con reuniones secretas.

Mateo había encontrado un mechón del pelo de Irene particularmente fascinante y tiraba de él con suavidad, murmurando algo en su idioma particular. Irene lo meció instintivamente, ese

movimiento ancestral que el cuerpo recuerda aunque hayan pasado diecisiete meses.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—No lo sé. —Olivia dejó la taza, se frotó los ojos—. No puedo volver a casa como si nada. No después de saber la verdad. Pero tampoco puedo... no puedo simplemente devolverle a Mattias como si fuera un producto defectuoso. Lo amo. Dios, lo amo tanto que duele. Pero tú también lo amas. Tú lo llevaste nueve meses, lo pariste, te lo robaron. ¿Cómo reconcilio eso?

No había respuesta fácil. No había manual para navegar el dolor compartido de dos madres unidas por el amor al mismo niño.

—Erik Nilsson mencionó... opciones —dijo Irene cuidadosamente —. Acuerdos, mediación. Formas de que Mateo tenga a ambas sin traumas innecesarios.

—¿Compartir la custodia entre Estocolmo y Madrid? —Olivia negó con la cabeza—. No es práctico. No para un niño tan pequeño.

—Entonces tendremos que encontrar algo que sí funcione. —Irene ajustó a Mateo, que empezaba a adormilarse de nuevo contra su hombro—. Porque no pienso perderlo otra vez. Pero tampoco quiero ser el tipo de madre que destruye a otra mujer para recuperar a su hijo. Ya ha habido demasiado dolor en esta historia.

Se quedaron en silencio, el único sonido la respiración cada vez más profunda de Mateo. Afuera, Madrid empezaba su transformación vespertina, el tráfico espesándose, las luces encendiéndose una a una.

—Podría quedarme —dijo Olivia de repente—. En Madrid. Al menos por un tiempo. Alquilar algo, establecer una rutina. Que te vea cada día, que os vayáis conociendo. Cuando se yaya acostumbrado... —Su voz se apagó.

—¿Y Hans?

—Yans tendrá que decidir qué es más importante: su orgullo o su familia. —Había acero en la voz de Olivia ahora—. Porque no pienso volver a Estocolmo yasta que encuentre paz con esto. Y no yabrá paz sin yusticia.

El móvil de Irene vibró. Mensaje de Ana Torrente: «Urgente. Valeria quiere verte. Ha dado información crucial. ¿Puedes venir

mañana a primera hora?»

Otra pieza del rompecabezas. Otra conversación difícil en el horizonte.

—Debo irme pronto —dijo Irene, aunque cada fibra de su cuerpo se resistía a soltar a Mateo.

—Vuelve mañana —ofreció Olivia—. Por la mañana, si quieres. Podemos desayunar los tres. Empezar a construir... lo que sea que vayamos a construir.

Con cuidado infinito, Irene depositó a Mateo dormido en el sofá, rodeándolo de cojines. Se inclinó y le dio un beso en la frente, inhalando su olor, memorizándolo.

—Hasta mañana, mi amor —susurró.

Olivia la acompañó a la puerta.

—Irene... gracias. Por no odiarme. Tendrías todo el derecho.

—El odio no le devolvería los meses perdidos. —Irene se volvió en el umbral—. Solo nos haría perder más tiempo. Y ya hemos perdido demasiado.

Bajó las escaleras despacio, cada paso alejándola de Mateo pero acercándola a la realidad de lo que vendría: batallas legales, confrontaciones familiares, decisiones imposibles. Pero esta vez no caminaba sola en la oscuridad.

Tenía un hijo que aprendía su nombre. Una aliada inesperada en la mujer que debería ser su enemiga. Y mañana, tendría que enfrentarse a su hermana y descubrir hasta dónde llegaba la traición familiar.

La revolución de las madres continuaba, pero ya no era solo sobre recuperar lo robado.

Era sobre sanar lo roto.

Y eso, Irene empezaba a entender, era infinitamente más complejo.

31

La sala de visitas de los calabozos de Plaza de Castilla olía a desesperanza concentrada. Irene esperaba en una de las sillas de plástico atornilladas al suelo, las manos sudorosas a pesar del frío institucional. Ana Torrente había conseguido el permiso de visita en tiempo récord, aprovechando el caos mediático que rodeaba el caso.

Eran las ocho de la mañana del martes. Afuera, Madrid despertaba a otro día de revelaciones sobre la Operación Cuna. Los periódicos no hablaban de otra cosa. La segunda entrega de David Sánchez había salido esa madrugada, centrándose en los testimonios de las madres. Irene había leído su propia historia resumida en párrafos asépticos mientras desayunaba un café aguado en una cafetería de Chamartín.

La puerta metálica se abrió con un chirrido. Valeria entró escoltada por un funcionario de prisiones. Llevaba el mismo traje de chaqueta azul marino que había usado para viajar al aeropuerto, ahora arrugado, manchado de rímel corrido. El pelo, siempre impecable, colgaba lacio enmarcando un rostro demacrado.

—Tienes veinte minutos —anunció el funcionario antes de apostarse junto a la puerta.

Las hermanas se miraron a través de la mesa metálica. Valeria había envejecido años en horas. Las ojeras profundas, los labios

agrietados, las manos que temblaban ligeramente al posarlas sobre el metal frío.

—Irene. —La voz le salió ronca—. Gracias por venir.

—¿Qué esperabas? —Irene no pudo evitar la dureza—. ¿Que ignorara que mi hermana está detenida por colaborar con los que me robaron a mi hijo?

Valeria cerró los ojos. Cuando los abrió, estaban llenos de lágrimas no derramadas.

—No sabía. Te juro que no sabía la magnitud. Pensé... pensé que te estaba protegiendo.

—¿Protegiéndome? —La incredulidad tiñó cada sílaba—. ¿Firmando papeles para que me medicaran hasta la inconsciencia? ¿Diciéndole a todos que estaba loca cuando insistía en que Mateo podía estar vivo?

—El doctor Mendoza dijo que era lo mejor. Que el trauma del parto, la pérdida... que necesitabas ayuda profesional. —Valeria se inclinó hacia delante—. Me mostraron informes, Irene. Decían que habías tenido episodios psicóticos, que eras un peligro para ti misma.

—¿Y les creíste? ¿Así, sin más? ¿Sin escucharme a mí?

—¡Intentaste tirarte del balcón! —La voz de Valeria se quebró—. Aquella noche, dos semanas después del parto. No comías, no dormías, decías que oías llorar a Mateo en las paredes. ¿Qué querías que hiciera?

El recuerdo golpeó a Irene como una bofetada. Fragmentos borrosos de aquellas primeras semanas. El dolor insoportable, las pastillas que la hundían en una niebla química, los momentos de desesperación absoluta donde la muerte parecía preferible a vivir sin su hijo.

—Estaba de duelo —dijo finalmente—. Un duelo normal por un hijo que creía muerto. Pero en lugar de dejarme procesarlo, me convenciste de que estaba loca.

—No fue así. —Valeria se frotó los ojos con el dorso de la mano—. O tal vez sí. No lo sé. Ya no sé nada. Cuando el doctor Mendoza me llamó aquella noche, cuando te vi en el balcón... Tuve tanto miedo de perderte. Eras lo único que me quedaba de familia.

—¿Y el dinero? —Irene no estaba lista para la compasión—. ¿Los cincuenta mil euros que mencionó M?

Valeria palideció aún más, si eso era posible.

—No fue... no fue como suena. —Respiró profundo—. Después de internarte, el tratamiento, los médicos especialistas, todo costaba una fortuna. Mi sueldo no cubría ni la mitad. Entonces Falcón me ofreció ayuda. Dijo que la clínica tenía un fondo para casos especiales, para ayudar a madres que habían sufrido pérdidas traumáticas.

—¿Y no te pareció sospechoso?

—¡Estaba desesperada! —La voz de Valeria resonó en la sala estéril—. Mi hermana pequeña se estaba muriendo por dentro y yo no sabía cómo salvarla. Si alguien me ofrecía una solución, la tomaba. No hice preguntas. No quise ver las señales.

—¿Qué señales?

Valeria sacó un pañuelo arrugado del bolsillo, se sonó la nariz.

—Los papeles que me hacían firmar. Siempre con urgencia, siempre con la excusa de que era por tu bien. Autorizaciones médicas, poderes notariales, documentos que no entendía del todo. —Una risa amarga—. Abogada corporativa con máster en derecho internacional y firmé sin leer. El miedo te vuelve idiota.

—¿Cuándo empezaste a sospechar?

—Hace seis meses. Cuando empezaste a mejorar pero Mendoza insistía en mantener la medicación. Cuando pedías salir del piso y siempre había una excusa. Cuando intenté reducir las sesiones de terapia y me amenazaron con declararte incapacitada permanentemente.

—¿Te amenazaron?

—Sutilmente. Conversaciones sobre lo peligroso que sería para ti dejar el tratamiento, insinuaciones sobre recaídas, sobre la necesidad de protegerte de ti misma indefinidamente. —Valeria la miró directamente por primera vez—. Fue entonces cuando empecé a guardar copias de todo. Emails, documentos, grabaciones de conversaciones. Por si acaso.

El funcionario carraspeó. «Diez minutos más».

—¿Qué hay en esos documentos? —preguntó Irene, el pragmatismo superando momentáneamente la rabia.

—Conexiones. Falcón no trabajaba solo. Hay una red de médicos, psiquiatras, jueces de familia. Un sistema completo para identificar madres vulnerables. —Valeria rebuscó en el bolsillo interior de su chaqueta, sacó una llave pequeña—. Caja de seguridad 447 en el Banco Santander de Velázquez. Todo está ahí.

Irene tomó la llave. El metal estaba caliente del contacto con el cuerpo de su hermana.

—¿Por qué no lo denunciaste cuando empezaste a sospechar?

—¿A quién? ¿A la policía que tiene comisarios en nómina? ¿A los jueces que firman las incapacitaciones? —Valeria negó con la cabeza —. Estaba atrapada. Si hablaba, te declararían incapacitada permanentemente como represalia. Si callaba, eras su prisionera. Elegí ganar tiempo, recopilar pruebas, esperar una oportunidad.

—¿Y esa oportunidad fue dejar que me fugara? ¿Que viviera como una criminal estos días?

—La oportunidad fue el artículo de El País. —Valeria se enderezó en la silla—. Cuando vi que por fin alguien había destapado todo, cuando supe que había otras madres, pruebas independientes... supe que había llegado el momento. Pero tuve miedo. Miedo de que no me creyeran. Pensé en irme unos días, estar fuera hasta que se calmasen las aguas, y luego volver.

Irene procesó la información. La narrativa de víctima y cómplice involuntaria era conveniente, tal vez demasiado. Pero los documentos en la caja de seguridad serían verificables. Y si Valeria decía la verdad...

—Tiempo —anunció el funcionario.

—Espere —suplicó Irene—. Solo un minuto más.

—Lo siento. Las normas son las normas.

Valeria se puso en pie, las esposas tintineando.

—La caja de seguridad —dijo deprisa—. El código es tu fecha de nacimiento al revés. Y, Irene... lo siento. Siento no haberte creído, siento haberte fallado, siento todo. Sé que no merezco tu perdón, pero necesitaba que supieras que nunca quise hacerte daño. Solo quería protegerte.

—Protegerme —repitió Irene, la palabra amarga en su boca.

—Sé que no lo entiendes. Ojalá yo tampoco lo entendiera. Pero cuando ves a tu hermana pequeña al borde del abismo, haces lo que sea para apartarla. Incluso si eso significa convertirte en parte del problema. —Las lágrimas corrían libres ahora por las mejillas de Valeria—. Encuentra a tu hijo, Irene. Y cuando lo hagas, protégelo mejor de lo que yo te protegí a ti.

El funcionario la condujo fuera. Irene se quedó sentada un momento más, procesando. Valeria: cómplice involuntaria, víctima del mismo sistema que había aplastado a tantas madres. Era una narrativa que complicaba su rabia, que difuminaba las líneas entre víctima y verdugo.

Salió de los calabozos con la llave quemando en su bolsillo. El Banco Santander de Velázquez estaba a veinte minutos. Pero antes...

Marcó el número de Ana Torrente.

—¿Cómo ha ido?

—Necesito que alguien me acompañe al banco. Valeria dejó documentos en una caja de seguridad. Dice que hay información sobre cómo seleccionaban a las madres, nombres de la red. Puede que nos ayude a identificar a más víctimas.

—Voy para allá. ¿Dónde estás?

32

Mientras esperaba a Ana, Irene llamó a Olivia. Respondió al segundo tono.

—¿Irene? Justamente íbamos a desayunar. ¿Vienes?

—En una hora. Tal vez dos. Hay algo que debo hacer primero. ¿Cómo está Mateo?

—Bien. Ya preguntado por «ene» esta mañana. —Una pausa—. Irene, ye estado pensando. Sobre lo de quedarme en Madrid. Yablé con Yans anoche. No fue... no fue bien. Pero estoy decidida. Voy a alquilar algo aquí por unos meses. Necesitamos tiempo para resolver esto adecuadamente.

—Olivia... —Irene no sabía qué decir. Esta mujer estaba sacrificando su matrimonio por hacer lo correcto.

—No es sacrificio —dijo Olivia como si le leyera el pensamiento—. Es inversión. En el futuro de Mattias, en yacer las cosas bien. Un matrimonio que no sobrevive a la verdad no merece sobrevivir.

Ana Torrente llegó en quince minutos, tiempo récord considerando el tráfico matutino. Su Mercedes negro era un refugio de cuero y aire acondicionado después de la frialdad institucional de los calabozos.

—¿Y bien? —preguntó mientras se incorporaban al tráfico.

Irene le resumió la conversación mientras navegaban por Madrid. Ana escuchaba sin interrumpir, ocasionalmente asintiendo o

frunciendo el ceño.

—Si hay funcionarios de la embajada española en Estocolmo involucrados, esto alcanza niveles diplomáticos —dijo cuando Irene terminó—. Necesitaremos involucrar al Ministerio de Exteriores.

—¿Más burocracia?

—Más aliados. Si hay funcionarios españoles involucrados en el extranjero, el escándalo internacional presionará para una resolución rápida. —Ana giró hacia Velázquez—. Ningún gobierno quiere verse salpicado por tráfico de menores.

El Banco Santander era uno de esos edificios que transpiraba solidez burguesa. Mármol y madera noble, empleados con trajes impecables, ese silencio particular de los lugares donde se mueve mucho dinero. Ana se identificó como abogada acompañando a su cliente, lo que pareció aceitar los engranajes burocráticos.

La caja de seguridad estaba en el sótano, en una sala que parecía un decorado de película de espías. El empleado las condujo hasta la caja 447, insertó su llave maestra, esperó a que Irene usara la suya. El código —su cumpleaños al revés— funcionó a la primera.

Dentro había una carpeta gruesa y varios USB.

—Necesitamos revisarlo en privado —dijo Ana.

El empleado las condujo a una sala privada, cerró discretamente la puerta. Ana sacó guantes de látex de su bolso.

—Para no contaminar posibles pruebas —explicó mientras se los ponía.

Al abrir la carpeta, Irene se quedó sin aliento.

—Mira esto —Ana señaló un documento—. Es el contrato real de adopción. No el que presentaron en Suecia.

Irene lo estudió. Las cifras saltaban de la página: 200.000 euros por «gastos de gestión», 50.000 adicionales por «tramitación VIP». Firmas que reconoció: el doctor Falcón, un notario que supuestamente había muerto dos años antes, funcionarios cuyos nombres había visto en las noticias.

—Y aquí —Ana había encontrado otro papel—. La red completa. Nombres, cargos, cantidades. Mira: juez Hernández, 30.000 euros por adopción aprobada. Inspector Ruiz, 5.000 por mirar hacia otro lado. Es un sistema de sobornos perfectamente documentado.

—Valeria sabía esto —murmuró Irene, encontrando la firma de su hermana en varios documentos—. Pero también... mira. Aquí dice «bajo coacción». Amenazaron con internarme de por vida si no colaboraba.

—Tu hermana estaba entre la espada y la pared —confirmó Ana—. O te perdía en un psiquiátrico o colaboraba esperando protegerte de alguna manera.

Los USB contenían más evidencia. Grabaciones de conversaciones, transferencias bancarias, una base de datos con cientos de bebés vendidos en los últimos cinco años. Cada uno con su precio, sus «compradores», el destino final.

—Esto es... —Ana revisaba documento tras documento—. Es la prueba definitiva de una red de tráfico de bebés que opera a nivel europeo. Con esto podemos tumbar a toda la organización.

Guardaron copias de todo, fotografiando meticulosamente cada página. Ana llamó a su despacho para que enviaran un notario, necesitaban certificar la cadena de custodia inmediatamente.

Mientras esperaban, Irene encontró un documento que la heló. El expediente completo de Mateo. No solo su venta, sino el proceso de selección. Cómo la habían elegido a ella: madre soltera, sin familia extensa, historial de ansiedad tratada. El perfil perfecto de alguien a quien podrían silenciar fácilmente si protestaba.

—Irene —la voz de Ana la sacó del shock—. Esto cambia todo. Con estas pruebas, no hay juez en Europa que mantenga esas adopciones. Es fraude masivo, tráfico de personas, corrupción a todos los niveles.

—¿Cuánto tiempo? —Siempre volvía a la misma pregunta. La de una madre a la que le daba igual el escándalo político, que solo quería recuperar a su hijo.

—¿Con esto? Semanas para medidas cautelares. Meses para resoluciones definitivas. Pero el escándalo va a acelerar todo. —Ana la miró con algo parecido a la esperanza—. Vas a recuperar a tu hijo legalmente, Irene. Y no solo tú. Todas vais a recuperar a vuestros hijos.

El notario llegó, certificó todo con eficiencia burocrática. Salieron del banco con copias legalizadas y los originales en una bolsa de

pruebas. Ana las llevaría directamente a la Fiscalía.

—Ve con tu hijo —dijo Ana al dejarla en una parada de taxi—. Pasa tiempo con él. Las próximas semanas van a ser un infierno mediático y legal. Aprovecha ahora que todavía hay algo de calma.

Irene tomó un taxi al Santo Mauro. Durante el trayecto, releyó algunos documentos. Su hijo vendido como mercancía, reducido a una transacción comercial entre criminales que se creían intocables.

La rabia la quemaba por dentro. Pero cuando llegó al hotel, cuando Olivia abrió la puerta con Mateo en brazos, cuando su hijo gritó «¡Ene!» con alegría pura, la rabia se transformó en determinación.

Iban a pagar. Todos. Desde Falcón hasta el último funcionario corrupto. La red entera caería con el peso de estas pruebas.

Pero primero, iba a desayunar con su hijo. Iba a aprender qué le gustaba comer, cómo tomaba el biberón, qué canciones lo calmaban. Iba a recuperar lo recuperable mientras el sistema de justicia hacía su trabajo.

—¿Malas noticias? —preguntó Olivia al ver su expresión.

—Al contrario —respondió Irene, aceptando a Mateo que se lanzaba a sus brazos—. Noticias que van a cambiarlo todo. Pero ahora... ahora solo quiero estar aquí.

Mateo hundió su carita en su cuello, murmurando algo ininteligible pero claramente contento. Irene lo abrazó fuerte, sintiendo su peso real, su calor vital, su existencia innegable.

Los criminales habían sido expuestos. La justicia, por lenta que fuera, estaba en marcha. Y ella estaba exactamente donde debía estar: con su hijo en brazos, construyendo los recuerdos que deberían haber empezado hace diecisiete meses.

El resto podía esperar una hora más.

33

Eran las nueve de la mañana del miércoles y Madrid despertaba a su tercer día de escándalo mediático. Los periódicos apilados sobre el escritorio gritaban variaciones del mismo tema: «La red de bebés robados se extiende por Europa», «Dimite el subdirector de Sanidad por el caso Cuna», «Madres de toda España reclaman pruebas de ADN».

Irene hojeaba las noticias mientras esperaba. Había dejado a Mateo con Olivia en un parque infantil de Chamberí, un intento de normalidad en medio del caos. Ver a su hijo columpiándose, riendo con esa alegría limpia de los niños, le había dado fuerzas para lo que venía.

Ana entró con aspecto preocupado. El traje impecable no conseguía disimular el agotamiento en sus ojos.

—Perdona el retraso. Acabo de salir de una reunión con la Fiscalía. —Dejó caer una carpeta sobre la mesa—. Hay novedades. No todas buenas.

—¿Qué ha pasado?

—Falcón ha empezado a hablar. Su abogado está negociando una reducción de condena a cambio de nombres. Muchos nombres. — Ana se sentó, frotándose las sienes—. El problema es que algunos de esos nombres tienen poder para contraatacar. Esta mañana han presentado una querella contra ti.

El mundo se detuvo un instante. Irene dejó el periódico.

—¿Una querella? ¿Por qué?

—Allanamiento de morada, sustracción de documentos, difamación. —Ana abrió la carpeta—. Es una maniobra de distracción, por supuesto. Intentan desacreditarte como testigo. Pero tendremos que responder.

—Pero yo no... —Irene se interrumpió. Técnicamente, sí había entrado sin autorización en la clínica Santa Cristina. Sí había tomado documentos de la taquilla de Patricia Soto sin permiso formal.

—Lo sé. Y cualquier juez sensato verá que actuaste por necesidad extrema. Pero necesitamos preparar una defensa sólida. —Ana sacó un documento—. He redactado una contradenuncia. Por secuestro, tráfico de menores, falsedad documental y daños morales. Vamos a por todas.

El móvil de Irene vibró. Un mensaje de M: «Rosa detenida en Salamanca. La han pillado. Tenemos que hablar, urgente».

—Vaya tela... —Irene le pasó el móvil a Ana—. Han detenido a Rosa.

—Era cuestión de tiempo. Con Raquel colaborando... —Ana negó con la cabeza—. ¿Tienes forma de contactar con las demás?

—Algunas. Pero cada vez es más arriesgado. No sabemos hasta dónde llega la información que están dando.

Llamaron a la puerta. La secretaria de Ana asomó la cabeza.

—Hay un hombre que insiste en verla. Dice que es urgente, relacionado con el caso Rivas. No ha querido dar su nombre.

Ana e Irene se miraron. En estos días, cualquier visitante inesperado era motivo de alarma.

—¿Aspecto?

—Cuarenta y tantos, traje gris, acento extranjero. Parece nervioso.

—Hazlo pasar. Pero quédate cerca.

La puerta se abrió y Hans Larsson entró en el despacho. El marido de Olivia, el padre adoptivo de Mateo. Irene sintió que el aire se espesaba.

—Señora Rivas. —Su español era correcto pero rígido—. Necesito hablar con usted.

—Señor Larsson. —Ana se interpuso—. Soy la abogada de la señora Rivas. Cualquier comunicación debe hacerse a través de los canales legales apropiados.

—No vengo como adversario. —Hans se aflojó la corbata, un gesto incongruente con su porte nórdico—. Vengo como... no sé cómo vengo. Como un hombre que no entiende nada.

—Siéntese —ofreció Ana después de evaluar la situación.

Hans se dejó caer en la silla como si las piernas no lo sostuvieran. De cerca, Irene vio las ojeras, la barba sin afeitar, los signos de un hombre en crisis.

—Olivia me llamó anoche. Me contó todo. Los documentos, las pruebas, su reunión. —La miró directamente—. ¿Es verdad? ¿Todo es verdad?

—Sí —respondió Irene simplemente.

Hans cerró los ojos. Cuando los abrió, estaban húmedos.

—Doscientos mil euros. Pagamos doscientos mil euros por... —La voz se le quebró—. Creímos que era una adopción legal. Los papeles, las referencias, todo parecía... Dios mío, compramos un bebé robado.

—Fueron engañados —dijo Ana con cautela profesional—. Ustedes también son víctimas.

—¡No! —Hans golpeó la mesa, sobresaltándolas—. No somos víctimas. Somos... somos los que tienen lo que no es suyo. —Miró a Irene con una mezcla de horror y compasión—. Olivia me contó lo del psiquiátrico, las medicaciones. Lo que le hicieron para silenciarla.

Irene no sabía qué decir. Este hombre que debería ser su enemigo se derrumbaba frente a ella, y lo único que sentía era una extraña hermandad en el dolor.

—¿Qué quiere de mí, señor Larsson?

—Quiero... —Hans se pasó las manos por la cara—. Quiero entender cómo seguir. Olivia dice que debemos devolver a Mattias. Que es lo correcto. Pero yo... yo he puesto todas mis ilusiones en él. Le he dado el biberón, le he cambiado pañales, le he cantado nanas, le he visto dar sus primeros pasos. Es mi hijo en todo menos en la sangre.

—Es mi hijo en todo —respondió Irene, la voz dura como el acero.

—Lo sé. Lo sé y me mata. —Hans la miró—. ¿Sabe qué es lo peor? Que una parte de mí, una parte horrible y egoísta, desearía no haber sabido nunca la verdad. Seguir viviendo en la mentira si eso significaba no perderlo.

El silencio se extendió, denso como melaza. Ana carraspeó.

—Señor Larsson, ¿está aquí con conocimiento de su abogado?

—Ya no tengo abogado. No voy a luchar por quedármelo. —Se levantó con esfuerzo—. Solo necesitaba verla. Entender a quién le robamos la vida. Porque eso hicimos, ¿no? Le robamos diecisiete meses con su hijo.

—A mí me robaron toda una vida con él —respondió Irene.

Hans asintió, derrotado.

—Olivia tiene razón. Vamos a colaborar. Testimonios, documentos, lo que necesiten. —Sacó una tarjeta del bolsillo—. Mi número directo. Cuando... cuando llegue el momento, quiero que sea lo menos traumático posible para Mattias. Para Mateo. Él no tiene culpa de nada.

34

Se fue sin esperar respuesta, dejando tras de sí un silencio cargado de emociones contradictorias.

—Vaya —murmuró Ana—. No me esperaba esto.

—Yo tampoco. —Irene guardó la tarjeta—. ¿Cambia algo legalmente?

—Lo cambia todo. Con los padres adoptivos colaborando, el proceso se acelera exponencialmente. Podríamos tener una resolución en semanas, no meses.

El móvil de Irene volvió a sonar. Esta vez era Andrea.

—Irene, ¿dónde estás? Acaban de detener al doctor Mendoza. En su consulta encontraron historiales de todas nosotras. Años de seguimiento, incluso desde antes de los embarazos.

—¿Cómo que desde antes?

—Análisis psicológicos, perfiles familiares, evaluaciones económicas. Como si nos hubieran estado seleccionando. Y hay más... Mi ficha tiene una anotación: «Candidata ideal. Sin red familiar extensa. Proceder según protocolo».

Ana, que escuchaba la conversación, hizo un gesto a Irene para que activara el altavoz.

—Andrea, soy Ana Torrente. ¿Dónde estás ahora?

—En casa. Acabo de volver de comisaría. Fui a poner una denuncia por acoso. Hay un coche que lleva días siguiéndome.

—Voy a pedir protección policial. No salgas de casa.

—Pero tengo que recoger a mi hijo del colegio a las dos...

—Iremos escoltadas. Dame veinte minutos.

Ana colgó y marcó inmediatamente otro número.

—Comisario Bermúdez, soy Ana Torrente... Sí, del caso Cuna... Necesito protección para varias testigos... Están siendo seguidas.

Mientras Ana coordinaba con la policía, Irene procesaba lo que Andrea había dicho. Seleccionadas. Como ganado. Como objetivos en una operación calculada desde el principio.

M la llamó mientras Ana seguía al teléfono.

—¿Has oído lo de Rosa?

—Sí. ¿Sabes algo más?

—La tienen en comisaría. No como detenida, aún. Pero la están interrogando sobre todas nosotras. —Una pausa—. Irene, tengo los papeles de Patricia Soto que no entregaste. Los que hablaban del «Proyecto Especial». Hay un patrón clarísimo: todas éramos objetivos fáciles. Solas, vulnerables, desesperadas por ser madres.

—¿Dónde estás?

—Móvil. Cambio de ubicación cada día. Pero esto se está volviendo insostenible. No podemos vivir huyendo toda la vida.

—Ana está consiguiendo protección policial.

—¿Confías en ella?

—Es lo único que tenemos.

Ana terminó su llamada.

—He conseguido protección para Andrea, Cristina y Lucía. Patrullas discretas. —La miró—. También para ti, aunque sé que prefieres moverte sola.

—Prefiero saber que me siguen oficialmente a no saber quién me sigue.

—Hay algo más. —Ana se sentó—. El juez instructor quiere acelerar los testimonios. Después de lo de Mendoza, teme que otros implicados intenten huir o destruir pruebas. Necesita todas las declaraciones esta semana.

—¿Y Rosa?

—Mi contacto en comisaría dice que la soltarán en unas horas. No tienen nada sólido contra ella, solo la relación con vosotras. Pero la

están presionando mucho.

El teléfono del despacho sonó. Ana respondió, escuchó, palideció.

—Entiendo. Vamos para allá. —Colgó con mano temblorosa—. Era el hospital. Raquel, la enfermera... Ha intentado suicidarse.

—¿Qué?

—Sobredosis de medicamentos. Está en coma. —Ana se levantó—. Si muere, perdemos el testimonio clave.

Salieron del despacho casi corriendo. En el coche, mientras Ana sorteaba el tráfico, Irene pensaba en Raquel. La habían presionado hasta el límite. Primero la agresión que la dejó hospitalizada, ahora esto. Alguien no quería que hablara.

—¿Crees que fue voluntario? —preguntó.

—No sé qué creer ya. —Ana tomó una curva bruscamente—. Pero es demasiada coincidencia. Justo cuando iba a ratificar su declaración.

El hospital Puerta de Hierro era un hervidero de actividad. Encontraron a dos policías custodiando la UCI.

—Somos las abogadas del caso —mintió Ana incluyendo a Irene—. Necesitamos información sobre el estado de la testigo.

Les permitieron hablar con el médico de guardia, un hombre joven con aspecto agotado.

—Sobredosis masiva de benzodiacepinas. No sabemos cómo las consiguió, la tenían vigilada. Su estado es crítico. Las próximas horas son decisivas.

—¿Se recuperará del todo?

—Si sobrevive, y es un «si» muy grande, el daño neurológico podría ser significativo. La memoria, el habla... todo puede verse afectado.

Otro testigo silenciado. Otra pieza que caía.

Salieron del hospital en silencio. En el parking, Ana se apoyó contra el coche.

—Nos están cazando una a una. Primero Marina, ahora Raquel...

—Pero tenemos sus grabaciones —recordó Irene—. Su testimonio está documentado.

—Grabaciones que la defensa cuestionará sin el testigo presente para ratificarlas. —Ana abrió el coche—. Necesitamos proteger a las

demás. Urgentemente.

El móvil de Irene sonó. Era Olivia.

—Irene, ¿va todo bien? Mattias no para de preguntar por ti. Yemos visto patos en el estanque y quiere contártelo.

La normalidad de la llamada era surrealista después del hospital.

—Voy para allá en cuanto pueda.

—Yans ya estado aquí. Está... está procesándolo. Pero va a yacer lo correcto. —Una pausa—. Irene, pronto seremos una familia. Rara, complicada, pero familia. Mattias lo necesita. Todos lo necesitamos.

Irene colgó con lágrimas en los ojos. En medio del horror, su hijo jugaba en el parque. La vida seguía. Tenía que seguir.

—Vamos a mi despacho —decidió Ana—. Hay que reorganizar la estrategia. Sin Raquel, necesitamos que todas las demás testifiquen ya. Antes de que...

No terminó la frase. No hacía falta.

Mientras volvían al centro, Irene miraba Madrid pasar por la ventanilla. La ciudad seguía su ritmo, ajena a las batallas que se libraban en las sombras.

La guerra no había terminado.

Y ahora sabían que el enemigo no dudaría en silenciarlas para siempre.

35

El jueves amaneció con sirenas. Irene despertó sobresaltada en el piso franco de Carabanchel, el corazón martilleando contra las costillas. Por la ventana vio dos coches patrulla detenidos en la acera de enfrente. No era por ella. Un desahucio, tal vez. O una pelea doméstica. Madrid despertaba a sus dramas cotidianos.

Se duchó con agua fría para despejarse. Mientras se vestía, el móvil vibró. Ana Torrente: «Cambio de planes. No vengas. Te explico en persona. Café Comercial, 30 minutos. Sola».

El mensaje la inquietó. Ana nunca improvisaba.

El Café Comercial conservaba su atmósfera de otro tiempo. Irene encontró a Ana en una mesa del fondo, demacrada. Había dos cafés sobre la mesa, ambos intactos.

—Hans no huyó —dijo sin preámbulos—. Está en Madrid.

—¿Qué?

—Lo del cruce de frontera fue una maniobra. Volvió anoche. —Ana bajó la voz—. Y no está solo. Olivia le mintió.

El mundo se inclinó. Irene tuvo que agarrarse a la mesa.

—No. Eso es imposible.

—Mi contacto en el hotel lo vio entrar a las tres de la madrugada. Por la entrada de servicio. Olivia lo estaba esperando.

—Tiene que haber una explicación...

—La hay. —Ana sacó un sobre del bolso—. Esto llegó esta mañana a mi despacho. Léelo.

Era una demanda. Hans y Olivia Larsson contra el Estado español. Solicitaban medidas cautelares urgentes para mantener la custodia de Mateo basándose en el Convenio de La Haya sobre sustracción de menores.

—No lo entiendo. Olivia estaba de mi lado.

—Te lo vendió bien. Mientras tanto, preparaban esto. —Ana señaló un párrafo—. Alegan que tú representas un peligro para el menor. Historial psiquiátrico, fuga, identidades falsas...

Irene sintió náuseas. La habitación giraba.

—Tenemos que ir al hotel. Ahora.

—No podemos. Hay una orden de alejamiento temporal. —Ana parecía envejecida—. Hasta que el juez resuelva, no puedes acercarte a menos de cien metros.

—¡Pero es mi hijo!

—Legalmente, ahora mismo, no está claro de quién es hijo. —Ana la tomó del brazo—. Escúchame. Esto es un golpe, pero no definitivo. Tenemos opciones.

—¿Qué opciones? —La voz le salió rota—. Me engañaron. Los dos. Todo era teatro.

—Tal vez. O tal vez Olivia cambió de opinión cuando Hans volvió. El miedo, la presión... —Ana miró alrededor—. Pero hay algo más. M llamó hace una hora. Ha desaparecido.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—No se presentó a declarar. Su piso está vacío. Como si nunca hubiera existido.

Dos golpes seguidos. Irene procesaba la información mientras el café se enfriaba entre sus manos temblorosas.

—¿Y Andrea?

—Andrea está en comisaría. Su ex intentó llevarse al niño esta madrugada. Tuvieron que intervenir.

El cerco se estrechaba. No eran victorias lo que llegaba, sino derrotas disfrazadas.

—Me dijiste que estábamos ganando.

—Y lo creía. —Ana apartó el café—. Subestimé hasta dónde llegarían. Irene, necesito que me digas la verdad. ¿M te dio algo? ¿Documentos, pruebas?

—No. ¿Por qué?

—Porque ayer transfirió 50.000 euros a su cuenta desde una cuenta en Panamá. Dinero que coincide con pagos de la red.

No. No M. No la mujer que había arriesgado todo por ayudarlas.

—Tiene que haber una explicación...

—Siempre la hay. —Ana se frotó los ojos—. Pero ahora mismo, nuestra red de testigos se desmorona. Y los Larsson tienen un as en la manga que no vimos venir.

—¿Cuál?

—Erik Nilsson. También está con ellos.

Esta vez, Irene sí se mareó. El diplomático que parecía ayudar, que había facilitado todo...

—Era demasiado fácil —murmuró—. Demasiado conveniente que apareciera justo cuando lo necesitábamos.

—Una operación de contención. Ganar nuestra confianza, controlar el flujo de información... —Ana se levantó—. Vamos. Necesitamos reagruparnos.

Salieron del café hacia el coche de Ana. Irene caminaba como sonámbula, reprocesando cada conversación con Olivia, cada gesto de aparente complicidad.

En el parking, un coche las esperaba bloqueando la salida. Hans Larsson bajó del vehículo. Alto, rubio, sonrisa fría.

—Señora Rivas. Qué casualidad.

—Tiene una orden de alejamiento contra mi clienta —intervino Ana.

—De mi clienta, no de mí. —La sonrisa no vaciló—. Solo quería decirle que Mattias está bien. Olivia es una madre excelente. Él es feliz con nosotros.

—Es mi hijo.

—¿Está segura? —Hans sacó un sobre—. Hicimos nuestras propias pruebas de ADN. Curiosamente... no coinciden con las suyas.

Ana arrebató el sobre, lo revisó rápidamente.

—Esto es imposible. Las pruebas oficiales...

—¿Las que se hicieron en un laboratorio español? Qué conveniente. —Hans volvió al coche—. Nos vemos en el juicio, señora Rivas. Aunque dudo que llegue a celebrarse. Las madres inestables tienden a... desaparecer.

Arrancó dejando olor a goma quemada. Irene tuvo que apoyarse en un coche.

—Es una amenaza directa —dijo Ana—. Podemos denunciar...

—¿A quién? ¿A la policía que no encontró a Hans cuando supuestamente había huido? ¿Al juez que firmó la orden de alejamiento en tiempo récord?

El móvil de Irene sonó. Número desconocido.

—¿Sí?

—Soy yo. —Era M—. No tengo tiempo. Me están siguiendo. Lo de la transferencia es mentira, me la han colgado.

—¿Dónde estás?

—Da igual. No te fíes de nadie. Ni siquiera de Ana. Hay topos por todas partes. Los documentos de Marina... guárdalos. Son la única prueba real. Y, Irene... lo siento. Creí que podríamos ganar limpiamente.

La línea se cortó.

Ana la miraba expectante.

—Era spam —mintió Irene.

Pero Ana estudió su rostro y supo. En ese momento, en ese parking, la confianza se rompió como cristal fino.

—¿Qué te dijo M?

—Que no me fiara de nadie. —Irene la miró directamente—. Ni siquiera de ti.

Ana no pareció ofendida. Solo infinitamente cansada.

—Tiene razón. En este punto, cualquiera podría estar comprado. —Sacó las llaves—. ¿Qué quieres hacer?

Irene pensó en Mateo. En sus manitas, su risa, sus ojos grises heredados. Pensó en diecisiete meses de dolor. En las mentiras, las traiciones, los muertos acumulándose.

—Quiero recuperar a mi hijo. Como sea.

—¿Legalmente?

—Si es posible. Si no... —Irene se encogió de hombros—. Ya me consideran peligrosa. Tal vez es hora de serlo de verdad.

Ana asintió lentamente.

—Entonces será mejor que nos separemos aquí. Lo que hagas a partir de ahora, no puedo saberlo. Como tu abogada...

—Ya no eres mi abogada. —Irene le tendió la mano—. Gracias por intentarlo.

Se estrecharon las manos. Dos mujeres en un parking, sellando el fin de la vía legal.

Irene se alejó a pie. Tenía pocas horas antes de que movieran a Mateo. Sin aliados claros, sin red de apoyo, con la mitad de sus contactos traicionándola o desaparecidos.

Pero también sin nada que perder.

Y una madre sin nada que perder era lo más peligroso que había.

36

El coche de alquiler olía a ambientador de pino. Irene había pagado en efectivo en una agencia de las afueras, usando el último juego de documentación falsa que le quedaba. Carmen Iglesias, profesora.

El móvil prepago sonó cuando pasaba por la M-30. Solo tres personas tenían ese número.

—¿Sí?

—Soy Rosa. —La voz sonaba cautelosa, medida—. ¿Estás sola?

—Completamente.

—Bien. Escucha con atención. Lo de M es más complicado de lo que parece. No traicionó a nadie, pero la obligaron a elegir.

—¿Elegir qué?

—Su hija. —Rosa hizo una pausa—. La que supuestamente había muerto hace tres años. Está viva, Irene. La tenían como seguro.

El coche de delante frenó bruscamente. Irene reaccionó por instinto, esquivando por poco la colisión. Se desvió hacia la siguiente salida, el corazón martilleando.

—¿Dónde estás? —preguntó cuando recuperó el control.

—Eso no importa. Lo que importa es que todo se está desmoronando, pero no como ellos querían. Hay fisuras en su plan perfecto.

—Rosa, los Larsson tienen a Mateo. Hay una orden de alejamiento. Las pruebas de ADN...

—Falsas. Las dos sabemos que son falsas. Pero necesitas las verdaderas, las que hizo el laboratorio independiente antes de que compraran a todo el mundo.

—¿Cómo sabes...?

—Marina no era la única que guardaba copias de seguridad. —Un ruido de fondo, como una puerta cerrándose—. Hay un sitio. El almacén de Barajas donde Marina trabajó antes de la clínica. Taquilla 247. La combinación es la fecha en que se llevaron a tu hijo.

La línea se cortó. Irene miró el reloj: las seis de la tarde. Los almacenes de Barajas cerraban a las ocho.

Tomó la A-2 hacia el aeropuerto. El tráfico fluía con esa densidad característica de la hora punta, dándole tiempo para procesar. M con una hija viva usada como rehén. Rosa apareciendo justo cuando todo parecía perdido. ¿Cuántas mentiras más escondía esta historia?

El almacén era uno de esos lugares anónimos que proliferan cerca de los aeropuertos. Naves industriales idénticas, vigilancia mínima, el tipo de sitio donde la gente guarda lo que no cabe en sus vidas ordenadas.

Aparcó lejos de las cámaras, se puso una gorra de béisbol que había comprado en una gasolinera. Carmen Iglesias, profesora jubilada, buscando sus trastos viejos.

La taquilla 247 estaba al fondo, cubierta de polvo y óxido. La combinación —15-05-23— funcionó al segundo intento. Dentro, entre cajas de cartón mohoso, había un maletín de metal.

Lo abrió con dedos temblorosos.

Documentos. Cientos de documentos. Pero no solo copias de lo que ya conocía. Había más. Mucho más.

Contratos de subrogación. No adopciones, subrogación. Los bebés no solo eran robados y vendidos. En algunos casos, los embarazos eran encargados. FIV con características específicas solicitadas por los compradores. Las madres, seleccionadas por su perfil genético, creyendo que eran tratamientos de fertilidad normales.

Irene tuvo que sentarse en el suelo de cemento. Las implicaciones eran monstruosas. No solo robaban bebés. Los fabricaban por

encargo.

Un ruido la sobresaltó. Pasos acercándose. Metió los documentos cruciales en su bolso, dejó el resto. Si la pillaban, mejor que no encontraran todo.

—¿Señora? —Un vigilante de seguridad la miraba con suspicacia—. Vamos a cerrar.

—Disculpe, es que... —Irene se levantó, fingiendo mareo—. Mi marido murió hace poco y venía a... los recuerdos, ¿sabe?

El hombre se ablandó.

—Tómese su tiempo. Cinco minutos más.

Esperó a que se alejara y terminó de revisar el maletín. Al fondo, envuelto en plástico, encontró lo que Rosa había mencionado: el informe original de ADN. El verdadero. Con sellos del laboratorio, firmas, cadena de custodia impecable.

Mateo era su hijo. Por supuesto que lo era.

Salió del almacén con el bolso pesando como plomo. En el coche, revisó los documentos a la luz del móvil. Nombres que no esperaba. Conexiones que llegaban más alto de lo imaginable. Y un dato que la heló: el proyecto no había terminado. Los bebés robados eran solo la primera fase.

El móvil sonó. Número oculto.

—¿Irene Rivas?

La voz era desconocida. Masculina, con acento indefinible.

—Se equivoca de número.

—No, no me equivoco. Sé quién es. Sé lo que acaba de encontrar. Y sé dónde está su hijo ahora mismo.

—¿Quién es usted?

—Alguien que también fue engañado. Los Larsson no están en el Santo Mauro. Se fueron hace tres horas. Pero sé adónde van.

—¿Por qué iba a creerle?

—Porque le voy a decir algo que solo alguien de dentro sabría. —Una pausa—. Su hermana no firmó voluntariamente. La drogaron. Tengo el vídeo.

Irene cerró los ojos. Otra vuelta de tuerca.

—¿Qué quiere?

—Justicia. Como usted. Los Larsson van al aeropuerto privado de Cuatro Vientos. Jet privado a Estocolmo. Despegue a las once de la noche. —La voz se endureció—. Si los dejan salir de España, no volverá a ver a su hijo.

—La orden de alejamiento...

—¿De verdad cree que eso la ha detenido hasta ahora? Tiene cuatro horas, señora Rivas. Úselas bien.

La comunicación se cortó.

Irene se quedó inmóvil en el coche, procesando. Podía ser otra trampa. Probablemente lo era. Pero ¿qué alternativa tenía? ¿Dejar que se llevaran a Mateo mientras ella respetaba una orden judicial fraudulenta?

Arrancó el motor. Cuatro Vientos estaba a cuarenta minutos sin tráfico. Tiempo de sobra para llegar. Tiempo de sobra para que todo saliera espectacularmente mal.

Mientras conducía, iba armando el plan en su cabeza. No podía enfrentarse a los Larsson directamente. Necesitaba ser más lista. Necesitaba...

El móvil volvió a sonar. Ana Torrente.

—Irene, sé que no confías en mí, pero escucha. La policía tiene orden de detenerte. Alguien filtró tu ubicación. Hay controles en todas las salidas de Madrid.

—¿Por qué me avisas?

—Porque, a pesar de lo que crea M, no todos estamos comprados. —La voz de Ana sonaba exhausta—. Y porque acabo de descubrir algo. Los Larsson tienen inmunidad diplomática temporal. Incluso si los detienen, no pueden retenerlos.

—¿Cómo es posible?

—Erik Nilsson. Consiguió estatus especial alegando amenazas a ciudadanos suecos. Es todo mentira, pero el papeleo es real.

Irene tomó una decisión. Si no podía confiar en el sistema, tendría que confiar en las personas. Aunque esas personas la hubieran decepcionado antes.

—Ana, necesito tu ayuda.

—Dime.

—Los Larsson van a Cuatro Vientos. Vuelo privado a las once. Si se van...

—Entiendo. —Ana no dudó—. No puedo detenerlos físicamente, pero puedo complicarles la salida. Dame treinta minutos.

—¿Por qué haces esto?

—Porque tengo una hija. Y porque algunas líneas no se cruzan, sin importar el precio.

Irene cortó la comunicación y aceleró. El aeródromo de Cuatro Vientos apareció en el horizonte, pequeño, discreto, el tipo de lugar donde el dinero compraba privacidad y las preguntas no se hacían.

Aparcó en las sombras, fuera del perímetro vallado. Desde su posición podía ver la terminal de aviación ejecutiva. Dos jets privados en la pista, personal de tierra preparando uno de ellos.

Eran las ocho y media. Dos horas y media para el despegue.

Observó, esperó, planeó. No podía asaltar el avión como una loca. Pero tal vez no necesitaba hacerlo. Tal vez solo necesitaba que los Larsson creyeran que sí lo haría.

Sacó el móvil y marcó el número que Hans le había dado días atrás. Contestó al primer tono.

—Señora Rivas. No esperaba...

—Tengo los documentos originales. Todos. Los contratos reales, las transferencias, los vídeos. Y estoy a cien metros de ustedes.

Silencio.

—No sé de qué...

—El Gulfstream blanco, matrícula SE-DKL. Puedo ver a Olivia por la ventana de la terminal. Mateo lleva un abrigo azul.

Más silencio. Cuando Hans volvió a hablar, el tono había cambiado.

—¿Qué quiere?

—A mi hijo. Y están a punto de descubrir hasta dónde llega una madre desesperada.

—Tiene una orden de alejamiento. Si se acerca...

—¿Cree que me importa? ¿Cree que algo me importa excepto Mateo? —Irene dejó que la desesperación tiñera su voz. No era difícil —. Tengo las pruebas que los destruirán. El verdadero test de ADN, los contratos ilegales, todo. Y si ese avión despega, las envío a todos los periódicos de Europa.

—Está fanfarroneando.

—SE-DKL, registrado en Suecia a nombre de una empresa fantasma de las Islas Caimán. ¿Quiere que siga? ¿Quiere que le diga cuánto pagaron realmente por mi hijo? ¿O prefiere que se lo cuente a la prensa sueca?

Esta vez el silencio fue más largo. Irene podía oír voces de fondo, una discusión en sueco.

—¿Qué propone? —preguntó finalmente Hans.

—Hablar. Los tres. Sin abogados, sin mentiras. Por Mateo.

—¿Y si nos negamos?

—Entonces verán de qué es capaz una madre a la que no le queda nada que perder.

No era una amenaza vacía. En ese momento, sentada en un coche robado con documentos que podían tumbar gobiernos, Irene era peligrosa de verdad. Y Hans debió percibirlo en su voz.

—La terminal de carga. Hay una sala de espera en la segunda planta. Venga sola.

—No me tome por idiota. Terreno neutral. El restaurante del aeródromo. Público, cámaras, testigos.

—Quince minutos.

La línea se cortó. Irene guardó los documentos cruciales, escondió el resto bajo el asiento. Si esto salía mal, al menos las pruebas sobrevivirían.

Caminó hacia el restaurante con paso decidido. No más víctima. No más madre destrozada suplicando migajas de justicia.

Ahora era otra cosa. Algo que el sistema había creado con su crueldad: una mujer sin miedo porque ya había perdido todo lo que temía perder.

Y eso la hacía imparable.

37

Los golpes en la puerta fueron suaves pero insistentes. Tres toques, pausa, dos toques más. La señal acordada. Irene se levantó del colchón hundido donde había estado tumbada las últimas dos horas, mirando el techo manchado de humedad sin ver nada. El motel de carretera en las afueras de Móstoles era el último lugar donde alguien la buscaría: demasiado cutre para una fugitiva con recursos, demasiado lejos del centro de acción. Miró por la mirilla. M estaba al otro lado, irreconocible con su nuevo aspecto, mirando nerviosamente a ambos lados del pasillo exterior. Irene quitó la cadena y abrió.

M entró rápidamente y cerró la puerta con cuidado, apoyándose contra ella como si quisiera asegurarse de que nadie más pudiera entrar. En la luz amarillenta de la lámpara de noche, Irene pudo ver mejor su aspecto: el pelo cortado de forma desigual, teñido de un negro que no le correspondía, ropa dos tallas más grande. Los disfraces de la desesperación.

—Antes de continuar —dijo M, arrastrando la única silla de la habitación para sentarse frente a Irene—, necesitas entender la imagen completa. No más medias verdades, no más información a cuentagotas. Si vamos a terminar esto, necesitas saber exactamente contra qué estamos luchando.

Irene se sentó en el borde de la cama, las manos entrelazadas sobre el regazo. Después de tantos días de correr, de sospechar, de dudar de todo y todos, la promesa de claridad era casi dolorosa.

—Mi hija —comenzó M— se llama Sofía. Tenía seis meses cuando me dijeron que había muerto. Síndrome de muerte súbita, dijeron. La encontré yo misma en la cuna, una mañana de marzo. Fría. Sin respirar. —Su voz era plana, como si hubiera contado esta historia tantas veces que las palabras hubieran perdido su filo—. La llevé al hospital gritando. Pero era tarde, me dijeron. Llevaba horas muerta.

—M, yo...

—Déjame terminar. —M sacó un papel del bolsillo y lo desdobló sobre la mesita de noche—. Hace tres semanas recibí esto.

Era una fotografía. Una niña de unos tres años en un parque, columpiándose. Rubia, ojos verdes, la nariz respingona de M inconfundible incluso en la imagen granulada.

—Es ella. Es Sofía. Viva. En Múnich, con una familia alemana que pagó trescientos mil euros por una «adopción especial». —M recuperó la foto con manos temblorosas—. Me la enviaron como advertencia. Si no dejaba de ayudaros, si no desaparecía, la moverían. A China, dijeron. O a Rusia. Algún lugar donde nunca la encontraría.

El silencio se extendió entre ellas. Irene entendía ahora el peso que M había cargado, las decisiones imposibles que había tenido que tomar.

—Por eso lo de la transferencia de dinero —dijo Irene.

—No hubo ninguna transferencia. Eso fue una cortina de humo para desprestigiarme. —M se frotó los ojos—. Pero ya no importa. He tomado mi decisión. Mi hija lleva tres años con otra familia. Tiene otra vida, otro idioma, otro nombre. Si aparezco ahora... ¿qué clase de trauma le causaría? Así que he elegido ayudarte a ti. A todas. Para que esto termine de una vez.

—¿Y Ana? ¿De qué lado está realmente?

M sacó otro papel y empezó a dibujar un diagrama simple.

—Mira, es más sencillo de lo que parece. —Dibujó un círculo en el centro—. Esto es la clínica Falcón, el corazón de todo. Primer nivel —dibujó un círculo alrededor—: los bebés robados para adopción

ilegal. Es lo que hemos estado persiguiendo. Dinero rápido, parejas desesperadas dispuestas a pagar fortunas. Horrible, pero simple.

Dibujó un segundo círculo, más grande.

—Segundo nivel. Aquí es donde se complica. No todos los bebés van a adopción normal. Algunos, los que cumplen ciertos criterios, van a otro tipo de compradores. No son padres buscando hijos. Son... otra cosa.

—¿Qué criterios? —Irene sintió un escalofrío.

—Salud perfecta. Sin antecedentes familiares de enfermedades. Ciertos rasgos físicos. —M la miró directamente—. Como Mateo. Por eso pelearon tanto por quedárselo. No era un bebé más para vender. Era especial.

—No entiendo. Si no son padres adoptivos, entonces ¿qué...?

—Coleccionistas. —La palabra cayó como una piedra en agua quieta—. Gente tan rica que ya no sabe en qué gastar. Compran bebés como otros compran caballos de carreras. Por el pedigrí. Por la exclusividad. Por el simple hecho de poder hacerlo.

Irene sintió náuseas. La idea de su hijo como un objeto de colección era más de lo que podía soportar.

—Pero los Larsson...

—Los Larsson son la excepción. Ellos realmente querían un hijo. Por eso Olivia reaccionó así cuando empezó a sospechar. —M completó el diagrama con nombres—. Mira, te lo voy a simplificar todo:

NOSOTRAS: Las madres. Todas genuinas, todas víctimas. Rosa, Andrea, Cristina, tú, yo. No hay traidoras entre nosotras.

ELLOS: Falcón, el juez Hernández, el inspector Ruiz, varios funcionarios. La red corrupta.

LOS CONFUNDIDOS: Como los Larsson. Adoptaron creyendo que era legal. Son víctimas también, a su manera.

LOS QUE CAMBIARON DE BANDO: Como Ana. Sí, aceptó dinero al principio. Cincuenta mil por mirar hacia otro lado en varios casos. Pero cuando entendió la magnitud, se rebeló. Ahora está limpia.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Porque Marina me lo dejó todo documentado. No en el pendrive que encontraste, ese era solo la punta del iceberg. Había otro

escondite. —M se levantó, fue hacia la ventana, verificó que las cortinas estuvieran bien cerradas—. En su piso. Detrás de un azulejo falso en el baño. Lo encontré hace dos días.

—¿Y por qué no lo dijiste antes?

—Porque necesitaba verificar cada nombre, cada conexión. No podía arriesgarme a acusar a inocentes o confiar en culpables. —Volvió a sentarse—. Pero ahora lo tengo claro. Y tú necesitas entenderlo también, porque en —miró el reloj— dieciocho horas vas a tener que tomar la decisión más difícil de tu vida.

Irene procesó la información. Por primera vez en semanas, las piezas encajaban. No era solo tráfico de bebés para adopción: había un mercado paralelo más siniestro. Mateo no fue elegido al azar: cumplía criterios específicos que lo hacían «valioso». Los Larsson eran víctimas también, pero eso no cambiaba el hecho de que tenían a su hijo. Y ella tenía menos de un día para decidir el futuro de todos.

—¿Qué decisión? —preguntó, aunque parte de ella ya lo intuía.

M la miró con algo parecido a la compasión.

—Hace una hora recibí una llamada. No sé cómo consiguieron mi número nuevo, pero el mensaje era claro. Están dispuestos a negociar. Tienen miedo de que el escándalo crezca más, de que llegue a niveles internacionales que no pueden controlar.

—¿Qué ofrecen?

—Es simple. —M respiró profundo—. Tienes dos opciones:

Opción A: Aceptas un acuerdo. Recuperas a Mateo legalmente en seis meses. Los Larsson te lo entregan voluntariamente, proceso de adaptación supervisado, todo limpio y oficial. Incluso te darán una compensación económica por el «error administrativo».

—¿Y a cambio?

—Silencio. Retiras todas las acusaciones. Destruyes las pruebas sobre el segundo nivel, sobre los compradores especiales. El caso se cierra con Falcón y unos pocos cabezas de turco. El sistema real sigue intacto.

Irene sintió la habitación girar.

—¿Y la opción B?

—Expones todo ahora. Todo. Los nombres, las conexiones internacionales, los compradores VIP. David Sánchez tiene material para hundir a medio gobierno. Salvas futuros bebés, desmantelás la red completa. —M hizo una pausa—. Pero pierdes a Mateo para siempre.

—No pueden...

—Sí pueden. Si no aceptas el trato, los Larsson desaparecen mañana mismo. Tienen contactos para conseguir inmunidad diplomática real, cortesía de algunos amigos en lugares muy altos. Se van a Suecia y empiezan una batalla legal que durará años. Años en los que Mateo crecerá llamándolos papá y mamá. Y cuando finalmente, si es que lo consigues, ganes en los tribunales, tendrás que arrancar a un niño de seis o siete años de la única familia que recuerda.

38

Las palabras cayeron sobre Irene como piedras. Se levantó, fue al baño, se echó agua fría en la cara. En el espejo, una desconocida le devolvió la mirada. Ojos hundidos, pelo mal teñido, la cara de alguien que ha corrido demasiado tiempo.

Volvió a la habitación. M no se había movido.

—¿Tú qué harías? —preguntó Irene.

—Yo ya elegí. Elegí que mi hija se quede con su familia alemana antes que destrozar su vida. Elegí ayudar a otras madres en lugar de perseguir un fantasma. —M la miró con dureza—. Pero no te estoy diciendo qué hacer. Solo te estoy dando la información que necesitas.

—¿Y las otras madres? ¿Qué opinan?

—No lo saben. Esta oferta es solo para ti. Porque tu caso es el más mediático, el que más daño puede hacer. Si tú te retiras, las demás se quedan sin su testigo estrella.

Irene se sentó en el suelo, la espalda contra la pared. Las opciones giraban en su mente como un carrusel enloquecido.

—¿Confías en que cumplan? Si acepto el trato, ¿de verdad me devolverán a Mateo en seis meses?

—Tienen más que perder si no cumplen. El escándalo ya es demasiado grande para enterrarlo completamente. Necesitan una

resolución que parezca justa. «Madre recupera a hijo después de terrible error burocrático». Titulares bonitos. Caso cerrado.

—¿Y las demás madres?

—Algunas recuperarán a sus hijos. Las que los tienen localizados, las que pueden probar la conexión. Otras... —M se encogió de hombros—. Otras al menos sabrán la verdad.

El silencio se extendió. Afuera, los primeros camiones de la mañana empezaban a pasar por la carretera. Un nuevo día que llegaba con decisiones imposibles.

—Hay algo más que debes saber —dijo M finalmente—. Sobre los Larsson.

—¿Qué?

—Olivia está embarazada. Tres meses. Fecundación in vitro con sus propios óvulos esta vez. —M la observó cuidadosamente—. Si pierden a Mateo ahora, no será solo perderlo a él. Será criar a su hijo biológico con el fantasma del que les quitaron.

Otro giro de tuerca. Otra complicación en una situación ya imposible.

—Eso no es mi problema —dijo Irene, pero las palabras sonaban huecas incluso para ella.

—No, no lo es. Pero Mateo sí. Y en seis meses tendrá un hermano o hermana. ¿Qué es mejor para él? ¿Ser arrancado de esa familia? ¿O tener dos familias que lo aman, aunque sea complicado?

Irene cerró los ojos. Podía ver el futuro bifurcándose frente a ella. En un camino, Mateo en sus brazos en seis meses, adaptándose lentamente, tal vez visitando a los Larsson de vez en cuando. Complicado pero posible. En el otro camino, años de batalla legal, un niño mayor traumatizado, odio en lugar de amor.

—¿Cuándo necesitan la respuesta?

—Mediodía. —M se levantó—. Ocho horas para decidir el resto de tu vida. Y la de muchos otros.

—¿Dónde te puedo encontrar?

—No puedes. Me voy ahora. He hecho lo que podía. —Sacó un móvil del bolsillo, lo dejó sobre la mesa—. Cuando decidas, llama al único número que hay guardado. Di «sí» o «no». Nada más.

—M, espera...

—No hay nada más que decir. —M fue hacia la puerta—. Solo un consejo: no pienses como activista. No pienses como justiciera. Piensa como madre. ¿Qué es lo mejor para Mateo? Todo lo demás es ruido.

Se fue, dejando a Irene sola con el peso de una decisión que definiría múltiples vidas.

Irene miró el reloj. Las 4:47 de la madrugada. En siete horas y trece minutos tendría que elegir entre su hijo y su conciencia. Entre Mateo y todos los Mateos futuros. Entre una victoria personal y una derrota que salvaría a otros.

Se tumbó en la cama sin desvestirse. No dormiría, lo sabía. Pero necesitaba cerrar los ojos y pensar. Pensar en Mateo riendo en brazos de Olivia. Pensar en bebés sin nombre vendidos a coleccionistas. Pensar en seis meses versus para siempre.

El móvil que había dejado M estaba sobre la mesa como una bomba sin detonar. Un número guardado. Una llamada. Dos palabras que cambiarían todo.

Afuera, Madrid empezaba a despertar, ajena a los dramas que se decidían en moteles de carretera. El mundo seguiría girando sin importar lo que Irene eligiera.

Pero el mundo de Mateo, ese sí dependía de las próximas siete horas.

Y por primera vez desde que empezó esta pesadilla, Irene no sabía cuál era la respuesta correcta.

39

La decisión llegó con el primer café del amanecer.

Irene había pasado las horas muertas ordenando y reordenando las piezas del rompecabezas. No era una epifanía. Era algo más simple y más terrible: la certeza de que algunas elecciones no tienen respuesta correcta, solo consecuencias que aprender a soportar.

A las ocho llamó a Ana Torrente.

—¿Has dormido algo? —La voz de la abogada sonaba cansada pero alerta.

—Necesito verte. En tu despacho. Una hora.

—Irene, la policía...

—Ya no importa. Voy a entregarme. Pero antes necesito dejar algunas cosas claras.

Silencio al otro lado. Luego un suspiro.

—Te espero. Entra por el parking, segundo sótano.

Irene se duchó con calma. Se puso la ropa más decente que tenía, intentó arreglar el desastre de su pelo teñido. Si iba a tomar la decisión más importante de su vida, al menos lo haría con dignidad.

El trayecto hasta Chamberí fue extrañamente pacífico. Madrid empezaba su viernes con la rutina de siempre: atascos, pitidos, gente con prisa hacia ninguna parte. Irene conducía con la calma de quien ya ha cruzado todas las líneas.

Ana la esperaba en el parking como había prometido. Sin palabras, la guió hasta el despacho por las escaleras de servicio. Una vez dentro, cerró con llave.

—Antes de que digas nada —empezó Ana—, hay novedades. David Sánchez ha conseguido documentos del Ministerio. Hay una investigación interna sobre adopciones irregulares que lleva dos años activa. Tenían a Falcón en el punto de mira, pero necesitaban pruebas sólidas.

—Llegaron tarde.

—Sí. Pero ahora quieren colaborar. Protección para testigos, procesamiento acelerado... —Ana la estudió—. ¿Por qué vienes a entregarte? ¿Qué ha cambiado?

Irene sacó el móvil que le había dado M. Lo puso sobre el escritorio.

—Tengo hasta mediodía para decidir. O recupero a Mateo en seis meses con garantías, o sigo adelante y lo pierdo para siempre mientras se desmantela toda la red.

Ana cogió el móvil, lo examinó como si pudiera revelar sus secretos.

—¿Confías en quien te hizo esa oferta?

—No se trata de confianza. Se trata de matemáticas. —Irene se sentó, las manos quietas sobre el regazo—. Si acepto, Mateo vuelve conmigo antes de que cumpla dos años. Tiempo suficiente para que me recuerde, para construir una relación. Si no acepto, cuando lo recupere, si es que lo recupero, será un niño de cinco o seis años que me odiará por destrozar su vida.

—¿Y las otras madres? ¿Y los bebés futuros?

—Esa es la trampa, ¿no? —Irene sonrió sin alegría—. Mi hijo o todos los demás. Como si fuera tan simple.

Ana rodeó el escritorio, se sentó en la silla contigua.

—No es simple. Pero tampoco es blanco o negro. Mira, con lo que tenemos ya, con o sin tu testimonio, la red principal está acabada. Falcón no saldrá de prisión en veinte años. Los jueces corruptos están siendo investigados. El sistema está herido de muerte.

—Pero no el sistema completo. No los compradores VIP, no los coleccionistas de bebés.

—No. Esos seguirán. Encontrarán otras formas, otros Falcones. —Ana la miró directamente—. La pregunta es: ¿vale la pena sacrificar a tu hijo por una victoria parcial?

El móvil sobre el escritorio parecía vibrar con energía contenida. Tres horas para decidir.

—¿Qué posibilidades reales tengo si rechazo el trato? —preguntó Irene—. Sin fantasías legales. La verdad.

Ana se levantó, fue hacia su archivo. Sacó una carpeta.

—He consultado con especialistas en derecho internacional de familia. Con los Larsson colaborando, como parecían hacer al principio, seis meses a un año. Sin su colaboración, de tres a cinco años. Y eso si conseguimos bloquear su salida del país, si no alegan arraigo en Suecia, si no contratan al mejor bufete de Estocolmo.

—Que lo harán.

—Que lo harán. —Ana volvió a sentarse—. Irene, no te voy a mentir. Si rechazas este trato, la batalla será larga y sucia. Y mientras tanto, Mateo crecerá. Cada día que pase será un día menos tuyo y más de ellos.

Irene se levantó, fue hacia la ventana. Madrid se extendía bajo el sol de la mañana.

—Necesito hacer una llamada —dijo de repente.

—¿A quién?

—A alguien que me dijo una verdad que no quise escuchar.

Sacó su móvil personal, buscó entre los contactos. Hans Larsson. El número que él mismo le había dado días atrás. Marcó antes de arrepentirse.

—¿Señora Rivas? —La voz sonaba cautelosa.

—Necesito hablar con usted. Con los dos. Sin abogados, sin juegos.

—Hay una orden de alejamiento...

—Que podemos romper si uno de ustedes me denuncia. ¿Va a hacerlo?

Silencio. Voces de fondo en sueco. Luego Hans volvió.

—Olivia quiere verla. Pero no podemos ir a su territorio. Ni usted al nuestro.

—El Retiro. Junto al estanque. Una hora.

—¿Por qué deberíamos confiar en usted?

—Porque en dos horas voy a tomar una decisión que afectará a su hijo tanto como al mío. —Corrigió—: A nuestro hijo. Y prefiero tomarla mirándoles a la cara.

Más conversación en sueco. Esta vez distinguió la voz de Olivia, más aguda, insistente.

—Una hora. Junto al Palacio de Cristal. —Hans hizo una pausa—. Venga sola.

—Lo mismo les digo.

Colgó. Ana la miraba con preocupación.

—Es peligroso. Si te detienen violando la orden...

—¿Qué van a hacer? ¿Meterme en la cárcel? —Irene recogió su bolso—. Ya estoy en una.

Salió del despacho sin esperar respuesta. Tomó el metro hasta Retiro, caminó despacio hacia el Palacio de Cristal. Necesitaba tiempo para ordenar lo que iba a decir. O tal vez para aceptar que no había nada que decir, solo escuchar.

Los vio antes de que la vieran a ella. Sentados en un banco, Mateo entre ellos jugando con hojas secas. Una familia en su mañana de viernes. Natural, cotidiana, perfecta.

40

Se acercó despacio. Fue Mateo quien la vio primero.

—¡Ene! —gritó, levantándose torpemente del banco.

Hans lo sujetó por reflejo. El niño forcejeó, extendiendo los brazos hacia ella. Olivia se levantó, pálida.

—Déjalo —dijo en voz baja.

Hans soltó a Mateo, que corrió hacia Irene con pasos tambaleantes. Ella se agachó para recibirlo, el peso familiar y extraño a la vez. El niño parloteaba en su mezcla de español y sueco, señalando las hojas, los patos, todo lo que había visto y quería compartir.

—Hola, mi amor —susurró contra su pelo.

Se levantó con Mateo en brazos. Los Larsson no se habían movido del banco, dos estatuas de aprensión. Irene se acercó despacio, se sentó en el extremo opuesto. Mateo se acomodó en su regazo como si nunca se hubiera ido.

—Gracias por venir —dijo.

—¿Qué quiere? —Hans no disimulaba la hostilidad—. ¿Otra sesión de chantaje emocional?

—Hans —advirtió Olivia.

—No, tiene razón. —Irene acomodó a Mateo, que había encontrado su collar fascinante—. He venido a decirles que me han

ofrecido un trato. Recupero a Mateo en seis meses si dejo de luchar contra el sistema completo.

Los vio tensarse. Olivia llevó instintivamente la mano al vientre, gesto que no pasó desapercibido para Irene.

—¿Y? —preguntó Hans.

—Y no sé qué hacer. —Irene los miró directamente—. Porque seis meses con garantías es mejor que cinco años de guerra. Pero significa que otros bebés seguirán siendo robados. Que otras madres pasarán por lo que yo pasé.

—No es nuestro problema —dijo Hans.

—Sí que es. —Olivia lo miró con dureza—. Claro que es. Somos parte de esto, queramos o no.

—Somos víctimas también...

—No. —Olivia se levantó, dio unos pasos—. Víctima es ella. Víctima es Mateo. Nosotros somos... no sé qué somos. Pero no víctimas.

Mateo, ajeno a la tensión, había encontrado una piedra particularmente interesante. Se la mostró a Irene con orgullo.

—Mira, Ene. Pieda.

—Muy bonita, cariño.

—¿Qué quiere de nosotros? —preguntó Hans—. ¿Por qué estamos aquí?

Irene lo pensó. ¿Por qué había necesitado verlos? ¿Qué esperaba?

—Supongo que quería ver si era real. Si de verdad lo quieren o si solo es... propiedad.

—¿Cómo puede preguntar eso? —La voz de Hans se quebró—. ¿Cree que no me muero cada vez que lo acuesto? ¿Que no veo su cara cuando cierro los ojos? ¿Que no sé que algún día tendré que explicarle que su padre fue un ladrón de bebés?

—No sabíais...

—¡Deberíamos haber sabido! —Hans se levantó bruscamente—. Doscientos mil euros, Irene. ¿Quién paga eso y no hace preguntas? ¿Quién es tan desesperado que prefiere no ver?

—Nosotros —dijo Olivia en voz baja—. Nosotros éramos así de desesperados.

Un grupo de turistas pasó cerca, riendo. Mateo los siguió con la mirada, fascinado por el ruido. Cuando volvió su atención a los adultos, algo en sus ojos había cambiado. Como si percibiera la tensión.

—¿Ene fada? —preguntó, tocándole la cara.

—No, mi amor. Ene no está enfadada.

Mateo miró a Hans, a Olivia. Luego volvió a mirar a Irene. Con decisión infantil, se bajó de su regazo y fue hacia Olivia, levantando los brazos. Ella lo cogió, las lágrimas rodando silenciosas.

—Si no acepta el trato —dijo Olivia—, si sigue adelante... ¿qué pasará?

—Guerra. Legal, mediática, personal. Años de batalla. Al final puede que gane, puede que no. Pero cuando termine, si termina, Mateo será mayor. Me odiará por destrozar su vida.

—¿Y si acepta?

—Seis meses. Proceso supervisado. Ustedes colaboran, yo recupero a mi hijo, todos fingimos que fue un error burocrático.

Hans volvió a sentarse, la cabeza entre las manos.

—No puedo perderlo. No puedo.

—Yans... —Olivia se sentó a su lado, Mateo aún en brazos—. Ya lo perdimos. Lo perdimos el día que supimos la verdad.

—¡No! Podemos luchar. Los abogados dicen...

—Los abogados dicen lo que pagamos para que digan. —Olivia lo miró con infinita tristeza—. Pero yo no puedo. No puedo mirarlo cada día sabiendo lo que sé. No puedo criar a nuestro hijo junto a niño robado.

Irene se enderezó.

—¿Nuestro hijo?

Olivia la miró, luego a Hans. Él negó con la cabeza, pero ella habló igual.

—Estoy embarazada. Tres meses.

El mundo pareció reorganizarse alrededor de esa información. Irene procesó las implicaciones: Mateo tendría un hermano. Los Larsson tendrían su hijo biológico. Todo cambiaba y nada cambiaba.

—Felicidades —dijo, y lo decía en serio.

—No entiende —dijo Hans—. Si nos quitan a Mateo, si lo perdemos... ¿cómo vamos a criar a otro niño con ese fantasma? ¿Cómo le explicamos que tuvo un hermano que perdimos por hacer lo correcto?

—¿Y cómo le explicas que su hermano era niño robado que decidiste quedarte? —contraatacó Olivia.

Mateo, incómodo con la tensión, empezó a llorar. No el llanto dramático de los berrinches, sino ese lloriqueo bajo de los niños que sienten que algo va mal pero no entienden qué.

Los tres adultos se quedaron paralizados. Era Irene quien debería consolarlo, pero estaba en brazos de Olivia. Fue Hans quien actuó, sacando un biberón de agua de la bolsa.

—Toma, campeón. ¿Agua?

Mateo aceptó el biberón, calmándose. Los tres lo miraron beber, unidos por un momento en el simple acto de cuidar al niño que los había unido y separado.

—No quiero el trato —dijo Irene de repente—. Pero tampoco quiero guerra.

—¿Entonces? —preguntó Olivia.

—No lo sé. Por eso estoy aquí. Esperando que alguien me diga qué hacer. Que alguien tenga una respuesta que no destroce a nadie.

—No existe esa respuesta —dijo Hans—. Alguien va a salir destrozado. La pregunta es quién.

Mateo había terminado el agua. Se removió en brazos de Olivia, señalando los patos del estanque.

—¿Patos? —preguntó esperanzado.

—Sí, vamos a ver patos —dijo Olivia.

Se levantaron los tres, formando una extraña procesión hacia el estanque. Mateo iba en brazos de Olivia, señalando excitado. Hans caminaba con las manos en los bolsillos. Irene los seguía, observando.

41

En el estanque, Olivia bajó a Mateo al suelo. El niño corrió hacia la orilla, gritando algo ininteligible a los patos. Los tres adultos lo vigilaban, formando un semicírculo protector.

—No acepta el trato —dijo Hans de repente—. Haga lo que tenga que hacer. Publique todo, destruya la red. Salve a los otros niños.

Ambas mujeres lo miraron sorprendidas.

—¿Qué? —preguntó Olivia.

—He estado pensando. Toda la noche. Todo el día. —Hans no apartaba la vista de Mateo—. Si aceptamos el trato, si nos lo quedamos seis meses más sabiendo que lo vamos a perder... ¿qué clase de vida es esa? ¿Qué clase de padres seríamos? Contando los días, fingiendo normalidad.

—Hans...

—No. Déjame terminar. —Se volvió hacia Irene—. Usted tiene razón. Es su hijo. Siempre lo fue. Nosotros solo... solo lo tuvimos prestado. Y cada día que pase será peor. Para él, para nosotros, para el bebé que viene.

—¿Qué estás diciendo? —Olivia lo agarró del brazo.

—Estoy diciendo que hay que parar esto. Ahora. —Miró a su mujer —. No en seis meses. Ahora.

Mateo volvió corriendo hacia ellos, una pluma de paloma en la mano. Se la ofreció a Irene con solemnidad infantil.

—Para Ene.

—Gracias, mi amor. —Irene guardó la pluma como si fuera un tesoro.

—Pero con condiciones —continuó Hans—. No puede ser de hoy para mañana. Necesita tiempo para adaptarse. Semanas, tal vez un mes. Visitas progresivas. Y después...

—Después queremos seguir siendo parte de su vida —completó Olivia—. No como padres. Como... como tíos, padrinos, lo que sea. Pero parte de su vida.

Irene los miró. La oferta era más de lo que había soñado. Y menos, porque significaba renunciar al trato, arriesgarse a que cambiaran de opinión, confiar.

—¿Por qué?

—Porque es lo correcto —dijo Hans simplemente—. Y porque quiero poder mirar a mi hijo a los ojos. A mi verdadero hijo. Sin vergüenza.

Mateo había vuelto a acercarse al agua. Esta vez fue Irene quien corrió tras él cuando se acercó demasiado. Lo cogió justo antes de que metiera un pie en el estanque.

—No, no, cariño. El agua no.

El niño protestó brevemente, luego se distrajo con algo más. Irene lo dejó en el suelo pero mantuvo su mano agarrada. Pequeña, confiada, perfecta.

—¿De verdad harían eso? —preguntó sin mirar a los Larsson—. ¿Renunciar a él?

—No es renunciar —dijo Olivia—. Es devolverlo. Es reconocer que nunca fue nuestro para quedarnos.

—Los abogados se van a volver locos —añadió Hans con una risa amarga—. Dirán que estamos locos. Que tenemos todos los derechos legales.

—Los derechos legales construidos sobre crimen —dijo Olivia.

Irene se volvió hacia ellos, Mateo aún agarrado de su mano.

—Si hago esto, si rechazo el trato y confío en ustedes... necesito algo más que palabras.

—¿Qué necesita?

—Que lo pongan por escrito. Ahora. Hoy. Un documento firmado comprometiéndose a la devolución voluntaria.

Hans y Olivia se miraron. Un mundo de comunicación silenciosa pasó entre ellos. Finalmente, Hans asintió.

—Mi teléfono está en el coche. Llamaré a nuestro abogado español. Puede preparar algo básico hoy mismo.

—No su abogado. El mío. Ana Torrente.

—De acuerdo.

Hans se alejó hacia el parking. Olivia e Irene se quedaron solas con Mateo, que había encontrado un palo y lo blandía como una espada.

—No tiene que ser enemiga —dijo Olivia en voz baja—. Sé que debería odiarnos. Tiene todo derecho. Pero no tiene que ser así.

—No los odio. —Irene se sorprendió al descubrir que era verdad—. Los envidio, los compadezco, a veces los desprecio. Pero no los odio. El odio requiere una energía que necesito para otras cosas.

—¿Como cuáles?

—Como aprender a ser madre de un niño que no me conoce. Como reconstruir una vida. Como asegurarme de que esto no vuelva a pasar.

Mateo se había cansado del palo. Volvió hacia ellas, se sentó en el suelo entre las dos. Sacó la piedra que había guardado antes, la estudió con concentración científica.

—Va a ser difícil —dijo Olivia—. Para él. Entender por qué tiene dos casas, dos familias.

—Será difícil para todos. Pero menos difícil que crecer con mentiras.

Hans volvió, el móvil en la mano.

—Tu abogada puede vernos en una hora. Dice que redactará algo básico hoy, más formal la semana próxima.

Irene sacó el móvil que le había dado M. Quedaban cuarenta minutos para el plazo. Marcó el número.

—¿Su decisión?

—No hay trato.

—Se arrepentirá de esto, señora Rivas.

—Es posible. Pero al menos podré dormir por las noches.

Colgó y lanzó el móvil al estanque. Mateo aplaudió, encantado con el espectáculo.

—¡Agua! —gritó.

—Sí, mi amor. El teléfono se fue al agua.

—¿Y ahora? —preguntó Olivia.

—Ahora vamos a ver a Ana. Firmamos papeles. Empezamos el proceso. —Irene cogió a Mateo en brazos—. Y salvamos a todos los bebés que podamos salvar.

Caminaron hacia la salida del parque. Tres adultos y un niño. No era la familia que ninguno había imaginado. Era más complicada, más rota, más real.

Pero era un comienzo.

Y a veces, los comienzos imperfectos son los únicos que tenemos.

42

Ana Torrente colgó el teléfono con la precisión de quien maneja material radiactivo. El auricular encontró su sitio sin ruido, pero el gesto contenía una violencia reprimida que Irene reconoció al instante. Algo había cambiado en los veinte segundos que duró la llamada.

—¿Qué pasa con las pruebas?

La abogada se quitó las gafas. Las limpió con el bajo de la blusa, ganando tiempo. Los Larsson seguían en el umbral, dos estatuas de sal modernas, Hans con la mano todavía en el pomo de la puerta.

—Debido a las circunstancias, todas las pruebas fueron verificadas en dos laboratorios diferentes. —Ana volvió a ponerse las gafas, pero no miraba a nadie—. Con muestras diferentes. El resultado es consistente.

—Ana, por favor.

—Mateo no es tu hijo biológico.

Las palabras cayeron en la habitación como objetos sólidos. Irene buscó la silla más cercana antes de que las piernas le cedieran. El cuero protestó bajo su peso, o tal vez era su mundo el que crujía.

—Tiene que ser un error. —Escuchó su propia voz desde muy lejos —. Los laboratorios se equivocan. Las muestras se contaminan.

—También lo pensé. Por eso pedí la doble verificación. —Ana abrió un cajón, sacó una carpeta que parecía pesar más que el papel—.

Diferentes técnicos, diferentes métodos. El resultado no admite dudas.

Olivia dio dos pasos hacia el interior del despacho, Mateo dormido contra su hombro. El niño respiraba con esa confianza absoluta de quien no sabe que su mundo está a punto de redefinirse.

—Pero entonces... —La voz de Olivia tembló en la primera sílaba —. ¿De quién es hijo?

Tres golpes en la puerta. M entró sin esperar respuesta, el móvil en una mano, la urgencia pintada en cada gesto.

—¿Habéis visto las noticias? —Sin preámbulos, sin respirar—. Hilda Delgado. La encontraron esta mañana.

El nombre no significaba nada para ninguno de ellos. M se dio cuenta, sacudió la cabeza como quien espanta una mosca.

—Perdón. Necesito... —Respiró hondo, empezó de nuevo—. Esta mañana apareció una mujer en el Manzanares. Hilda Delgado, veintiocho años. En su bolsillo había esto.

Extendió el móvil. En la pantalla, una fotografía policial: papel mojado dentro de una bolsa de plástico, tinta corrida pero legible. Irene tuvo que inclinar la cabeza para descifrar las palabras:

«Mi hijo nació vivo. 15 de mayo 2023. 3:48 a.m. Me mintieron. Ya es tarde.»

El silencio que siguió tenía textura. Espeso, asfixiante, lleno de conexiones que nadie quería hacer.

—Quince de mayo. —Ana fue la primera en verbalizarlo—. La misma noche que tú, Irene.

—Un minuto después. —La voz de Irene sonó hueca—. Yo di a luz a las 3:47.

M asintió como si hubiera estado esperando esa confirmación.

—He pasado las últimas tres horas revisando los archivos del hospital. Cuando esta mañana llegaron los resultados de ADN que esperaba con tantas ganas, algo no encajaba. —Sacó una carpeta del bolso y la depositó sobre el escritorio con cuidado casi reverencial—. Hilda Delgado fue paciente de Falcón. Fecundación in vitro, como tú. Como todas. Dio a luz en el quirófano de al lado.

Hans se apartó de la puerta por fin, acercándose a su mujer como si necesitara protegerla de lo que venía.

—¿Qué estás sugiriendo?

—No sugiero. Constato. —M abrió la carpeta, extendió documentos sobre la mesa—. Esa noche hubo dos partos de emergencia simultáneos. Protocolo de código rojo, mínimo personal. Y aquí está el detalle que lo cambia todo: la misma enfermera atendió ambos partos.

—Raquel Molina. —Irene reconoció el nombre antes de leerlo—. La que grabó el testimonio. La que está en el hospital.

—La que sabía exactamente qué bebés nacieron esa noche. —M señaló una anotación al margen—. Mira los registros. Dos bebés nacidos con un minuto de diferencia. Dos bebés llevados a la nursery. Pero solo uno salió vivo de allí oficialmente.

Ana había palidecido progresivamente, las pecas destacando como islas en un mar de cal.

—Estás diciendo que...

—Que el bebé de Irene murió. Realmente murió. —M la miró con algo que podría ser compasión si no estuviera tan cargado de horror —. Síndrome de aspiración de meconio, dice el informe real. El que nunca te enseñaron.

—No. —Irene se levantó tan bruscamente que la silla rodó hacia atrás—. Yo vi a mi hijo. En Santa Cristina. Me miró. Me reconoció.

—Viste un bebé de ojos grises en una sala llena de bebés robados. —La voz de M era suave pero implacable—. Tu dolor, tu necesidad, tu certeza absoluta de que estaba vivo... hicieron el resto.

Olivia había retrocedido hasta apoyarse contra la pared, Mateo —¿había que seguir llamándolo así?— ajeno al cataclismo en su sueño.

—Entonces este niño es...

—El hijo de Hilda Delgado. —Ana había encontrado su voz de abogada, esa que usaba para procesar tragedias ajenas—. Una mujer sin recursos, sin familia, sin nadie que hiciera preguntas incómodas cuando le dijeron que su bebé había muerto.

—El perfil perfecto. —M cerró la carpeta—. Madre soltera, historial de depresión, trabajo precario. Si protestaba, era fácil desacreditarla. Si insistía, medicación. Si persistía...

—El río. —Hans completó el pensamiento con brutalidad nórdica—. Como las otras.

43

Irene se acercó a la ventana. Madrid seguía ahí abajo, ajena a que el universo acababa de reordenarse.

—¿Por qué Raquel nunca dijo nada? —preguntó sin volverse—. En su testimonio grabado, mencionó muchos casos. ¿Por qué no este?

—Porque era perfecto para el sistema. —M consultó su móvil—. Piénsalo. Dos bebés, uno muerto, uno vivo. Le dicen a la madre «problemática» que su bebé murió: verdad. Le dicen a la madre «perfecta» que su bebé murió: mentira. Nadie cuestiona nada porque técnicamente no mintieron a quien podía verificarlo.

—Pero Raquel lo sabía.

—Raquel transportó dos bebés esa noche. Uno a la morgue, otro a la nursery especial. —Ana había encontrado más documentos—. Pero en el caos, con las cesáreas de emergencia simultáneas... ¿quién dice que no se confundió? ¿O que la confundieron a propósito?

—¿Cómo murió? —Irene seguía mirando por la ventana—. Hilda.

—El forense dice que fue ahogamiento —M miró el móvil—. Pero encontraron sedantes en la sangre. Benzodiacepinas, claro... las pastillitas de siempre, las que nos recetan a todas.

—La drogaron.

—O se drogó ella misma antes de... —M no terminó—. Llevaba dos días muerta cuando la encontraron. Justo cuando el escándalo

estaba en todas las portadas.

Irene se volvió. En el sofá, el niño que no era su hijo se había despertado. Miraba alrededor con esos ojos grises que ella había creído heredados, que había visto en cada ecografía, que había imaginado mil veces. Ojos que pertenecían a otra madre. Una madre muerta.

—¿Tenía familia? —La pregunta salió sola—. Hilda. ¿Hay alguien...?

Ana ya estaba tecleando en su portátil.

—Veamos... Hilda Delgado Ruiz, nacida en 1995. Criada en el sistema de acogida desde los siete años. Sin parientes conocidos. Trabajaba limpiando oficinas en el turno de noche. Vivía en un estudio de alquiler en Carabanchel.

—Sola.

—Completamente sola.

El niño —había que pensar en él con otro nombre ahora— se removió en brazos de Olivia. Extendió los brazos hacia Irene con ese gesto universal de los niños que quieren cambiar de regazo.

—Ene —dijo claramente.

Irene lo cogió por inercia. El peso familiar, el olor a champú de bebé, la forma en que se acurrucaba contra su cuello. Todo igual. Todo mentira.

No. No mentira. Error. Un error que había salvado a este niño de crecer sin madre, que había expuesto una red criminal, que había devuelto docenas de bebés a sus familias. Un error que ahora la dejaba con un niño huérfano en brazos y un hijo muerto que nunca había llorado apropiadamente.

—¿Qué nombre le puso? —preguntó de repente—. Hilda. ¿Qué nombre eligió?

Ana volvió a teclear.

—Según el certificado de nacimiento... Adrián. Adrián Delgado Ruiz.

—Adrián. —Irene probó el nombre mirando al niño—. ¿Te gusta? ¿Adrián?

El niño la miró con esos ojos que no eran suyos, que nunca habían sido suyos, y sonrió. Una sonrisa sin historia, sin genética

compartida, sin nueve meses de conexión. Solo un niño respondiendo al calor en la voz de la única madre que recordaba.

—Tenemos que hablar con Raquel —dijo M de repente—. Si alguien sabe exactamente qué pasó esa noche, es ella.

—Está en el hospital. Custodiada. Después del intento de... —Ana no terminó.

—¿Intento? —La voz de M se afiló—. ¿O intento de silenciarla? Como a Hilda. Como a Marina.

—¿Qué vamos a hacer? —Hans rompió el silencio—. Legalmente, quiero decir. Este niño...

—Es huérfano. —Ana cerró el portátil—. Sin familia conocida. Sin nadie que lo reclame. El Estado asumirá la tutela, lo meterán en el sistema...

—No. —La palabra salió de Irene como un latigazo—. No va a acabar como su madre. Solo y sin nadie.

—Irene... —empezó Ana.

—He luchado diecisiete meses por este niño. —Se levantó, Adrián aún en brazos—. No porque fuera mío, ahora lo entiendo. Sino porque había una madre en algún lugar que sabía la verdad. Resulta que no era yo. Era Hilda. Y ahora Hilda está muerta.

—¿Qué propones? —preguntó Olivia.

—Lo que íbamos a hacer de todos modos. —Irene miró a los Larsson—. Devolución progresiva. Adaptación. Pero no a su madre biológica, que ya no existe. A la única madre que le queda. La que lo encontró sin saber que lo buscaba.

M se acercó a la ventana que Irene había abandonado.

—Hay precedentes. Adopciones de urgencia en casos de orfandad sobrevenida. Con el lío mediático, ningún juez querrá que el niño acabe en un centro. Y tú eres la opción obvia.

—¿Aunque no sea mi hijo?

—Especialmente porque no es tu hijo. —M se volvió—. Porque lo que vas a hacer no es recuperar lo tuyo. Es darle familia a quien no la tiene. Es justicia poética, si quieres verlo así.

Los Larsson discutían en voz baja en sueco, sopesando sus opciones. Eran los padres adoptivos de Mattias. Si la madre había muerto, nadie lo reclamaría. Además, aquello confirmaba los

resultados del laboratorio sueco: Irene no era la madre biológica de Mattias. Pero cuando Mattias supiera la verdad —y tarde o temprano siempre se acaba sabiendo—, podría llegar a pensar que lo habían robado, y eso podría afectar a toda la familia, incluido el hijo que estaban esperando. Al final, decidieron dejar que todo siguiera su curso, tal y como habían acordado desde el principio.

Hans finalmente habló:

—El plan sigue igual. Te ayudamos con la transición. Pero ahora sabiendo que no hay madre biológica esperando. Que eres tú o el sistema.

—Y cuando sea mayor —añadió Olivia—, le contaremos verdad. Que su madre lo amó tanto que murió buscándolo. Y que otra madre lo encontró por error y decidió amarlo por elección.

Ana había vuelto a abrir el portátil.

—Necesitaremos movernos rápido. Antes de que los medios conecten a Hilda con el niño. Si sale la historia completa...

—Que salga. —Irene acomodó a Adrián, que había vuelto a dormirse—. Que sepan que Hilda Delgado tenía razón. Que murió por la misma verdad que nosotras sobrevivimos para contar. Que su hijo está a salvo porque ella nunca dejó de creer.

Un golpe en la puerta interrumpió. David Sánchez entró sin esperar invitación, el móvil en alto como un arma.

—¿Habéis visto...? —Se detuvo al ver las caras—. Ya lo sabéis. Lo de Hilda Delgado.

—Lo sabemos.

—Hay más. —David cerró la puerta—. Mi fuente en la policía dice que no es la primera. En los últimos tres días han aparecido dos mujeres más. Todas relacionadas con el caso Falcón. Todas «suicidios».

—Están limpiando. —La voz de M era puro hielo—. Ahora que todo ha salido a la luz, están eliminando cabos sueltos.

—Raquel tiene que saberlo —dijo Irene de repente—. Si está en peligro...

—Raquel está custodiada las veinticuatro horas —la tranquilizó Ana —. Después de lo que pasó, no van a arriesgarse.

—¿Y si no fue un intento de suicidio? —insistió M—. ¿Y si alguien quería silenciarla antes de que revelara más? Antes de que alguien conectara los puntos sobre esa noche de mayo.

—¿Cuántas más hay ahí fuera? —preguntó Irene—. ¿Cuántas Hildas sin recursos, sin voz, sin nadie que las crea?

Nadie respondió. La respuesta era demasiado terrible para verbalizarla.

Adrián se removió en sus brazos, abrió los ojos. Por un momento pareció desorientado, luego la encontró y sonrió. Esa sonrisa sin historia que ahora tendría que construir una nueva.

—Vamos a hacerlo —decidió Irene—. Vamos a darle la familia que Hilda no pudo. Vamos a asegurarnos de que su muerte signifique algo.

—¿Y tu hijo? —preguntó David con suavidad—. Tu verdadero hijo.

Irene lo pensó. Su hijo verdadero llevaba muerto diecisiete meses. Había perseguido un fantasma creyendo que era resurrección. Pero en el camino había encontrado algo más. Un niño que necesitaba madre. Una verdad que necesitaba ser contada. Una justicia que, aunque torcida, seguía siendo justicia.

—Mi hijo descansa —dijo finalmente—. Es hora de que yo haga lo mismo. Y de que Adrián empiece a vivir.

Ana comenzó a redactar los documentos. David tomaba notas para una historia que cambiaría el enfoque de todo el caso. M hacía llamadas para activar contactos en servicios sociales.

E Irene se quedó quieta en el centro del caos, sosteniendo a un niño que no era suyo pero que sería suyo, pensando en dos mujeres muertas: Marina que abrió el camino y Hilda que nunca lo encontró.

44

Nueve meses después

La sala del Juzgado de Primera Instancia número 12 tenía esa solemnidad funcional de los lugares donde se administra justicia a precio de saldo. Irene ajustó el único traje decente que tenía mientras esperaba de pie. Nueve meses desde aquella mañana en el despacho de Ana. Nueve meses aprendiendo a ser madre de un niño que llamaba mamá a otra mujer en sus sueños.

Los Larsson entraron por la puerta lateral. Olivia llevaba a su bebé —tres meses ya— en un portabebés ergonómico. El pequeño Daniel dormía ajeno al peso del momento. Hans cargaba la bolsa de pañales con esa torpeza de padre primerizo que Irene reconocía de los parques infantiles.

—Señora Rivas —saludó Hans con un asentimiento. La formalidad se había vuelto su lenguaje común, un territorio neutral donde podían coexistir.

Adrián corrió hacia ellos en cuanto los vio. A sus dos años y dos meses cumplidos, había desarrollado su propio protocolo familiar: «tío Hans» para los dulces, «tía Ivi» —nunca consiguió pronunciar Olivia— para los mimos. Y «Ene-mamá» para todo lo demás.

—¡Bebé! —señaló a Daniel con dedos pegajosos de galleta.

—Sí, bebé Daniel —confirmó Olivia ajustándose el portabebés—. Tu primito.

No era técnicamente cierto, pero habían acordado esa ficción. Primo sonaba mejor que «el hijo de las personas que te compraron». La verdad completa llegaría con los años, diluida en conversaciones apropiadas para cada edad.

Ana Torrente entró con su habitual eficiencia de metrónomo. Hace nueve meses parecía una mujer al borde del colapso. Ahora lucía ese bronceado de quien ha aprendido a delegar. El caso Falcón la había catapultado al estrellato mediático, pero también le había enseñado los límites de la justicia.

—Todo listo —anunció sin preámbulos—. El juez nos espera.

La sala era más pequeña de lo que Irene había imaginado. Sin jurado, sin público, sin drama. Solo un funcionario tomando notas y un juez que parecía llevar el peso del mundo en las ojeras.

—Expediente 341/2024. Adopción del menor Adrián Delgado Ruiz por parte de Irene Rivas Montero.

El juez —Martínez Correa, según la placa— hojeó documentos con eficiencia mecánica. Informes de servicios sociales, evaluaciones psicológicas, el laberinto burocrático reducido a papel sellado.

—Señora Rivas, ¿confirma su voluntad de adoptar al menor?

—Sí, señoría.

—¿Comprende que la adopción es irrevocable y genera los mismos derechos y obligaciones que la filiación biológica?

—Lo comprendo.

El juez se volvió hacia los Larsson.

—¿Los anteriores guardadores del menor están conformes con el régimen de visitas acordado?

Hans y Olivia asintieron. Un fin de semana al mes, mitad de las vacaciones escolares, llamadas cuando Adrián las pidiera. Habían peleado cada cláusula con sus abogados suecos hasta encontrar el equilibrio entre presencia y ausencia.

—La trabajadora social recomienda mantener el apellido original del menor. ¿Alguna objeción?

Nadie habló. Adrián Delgado seguiría siendo Adrián Delgado. Un pequeño homenaje a Hilda, la madre que murió buscándolo.

—Visto el expediente y considerando el interés superior del menor... —El juez firmó con un bolígrafo que parecía pesar toneladas

—. Se acuerda la adopción plena. Enhorabuena, señora Rivas. Ya es oficialmente madre.

Ya era madre. Como si no llevara siéndolo cada noche de pesadillas, cada fiebre, cada «no quiero» en el parque. Pero el papel lo hacía real de otra manera. Legal. Inapelable. Suyo.

Adrián eligió ese momento para escaparse y correr hacia el estrado.

—¡Hola! —le gritó al juez con esa ausencia total de protocolo de los niños.

—Hola, jovencito. —El juez se permitió una sonrisa cansada—. Pórtate bien con tu mamá.

—Ene-mamá buena —confirmó Adrián antes de volver corriendo.

Salieron en silencio procesal. En el pasillo, el circo mediático había menguado. Solo dos fotógrafos aburridos y una becaria de El País. El morbo tenía fecha de caducidad y la suya había pasado. Ahora eran solo otra familia rota recomponiéndose en los márgenes del sistema.

En la puerta del juzgado esperaban las supervivientes. Nunca se llamaban a sí mismas víctimas. Rosa había recuperado a su hijo después de tres años. Lo había encontrado en Bruselas, hablando francés y llamando «maman» a otra mujer. Andrea seguía esperando. Su hija había desaparecido en el agujero negro de las adopciones estadounidenses, donde los papeles sellados eran muros infranqueables. Cristina había encontrado a uno de sus gemelos. El otro seguía siendo un fantasma en algún lugar de Europa del Este.

—¿Todo bien? —preguntó Rosa abrazando a Irene.

—Oficial. Es mi hijo ante la ley.

—Siempre lo fue —dijo Andrea con esa sabiduría agria de quien sigue buscando—. La ley solo tardó en darse cuenta.

45

M no había venido. Seguía en Alemania, construyendo puentes imposibles con la familia que criaba a su hija. Mandaba fotos a veces: Sofía en el jardín de infancia, Sofía aprendiendo a montar en bici, Sofía viviendo la vida que M había pagado con su ausencia.

—¿Vamos? —Olivia se acercó con cuidado. Su posición seguía siendo ambigua en el grupo. Compradora involuntaria, madre sustituta, aliada por defecto.

—Vamos.

Dos coches. Los Larsson en su Volvo de familia numerosa en ciernes. Irene en su Seat Ibiza de segunda mano, con Adrián tarareando canciones inventadas en la sillita trasera. Destino: cementerio de la Almudena. Había rituales que cumplir.

El cementerio en junio era un horno de piedra y flores mustias. Irene había comprado tres ramos en la floristería de la entrada. Rosas blancas, porque no sabía qué otra cosa llevar a los muertos que nunca llegó a conocer del todo.

Primera parada: la tumba de Mateo. Su hijo biológico, el que murió antes de vivir. La lápida era nueva, pagada con la indemnización que el Estado había concedido a regañadientes.

Mateo Andrés Rivas
15 de mayo de 2023
«Nacido durmiendo»

No había querido poner más. ¿Qué se le dice a un hijo que existió solo en la esperanza?

—Hola, mi amor —susurró mientras colocaba las flores—. Siento haber tardado tanto en venir. Estaba ocupada buscándote donde no estabas.

Adrián se había alejado persiguiendo una lagartija. Los Larsson esperaban a distancia prudencial, Daniel dormido contra el pecho de Olivia. Había conversaciones que necesitaban soledad, incluso en medio de un cementerio público.

—Tu hermano está bien. No hermano de sangre, ya sé. Pero hermano al fin. Se llama Adrián y tiene tus ojos. —Río sin humor—. Bueno, no tus ojos. Los de su madre. Pero durante meses creí que eran tuyos y eso nos salvó a los dos.

Segunda parada: Hilda Delgado. La tumba estaba en la zona nueva, la de los nichos baratos que el ayuntamiento subvencionaba para indigentes. Irene había peleado para conseguir una lápida decente.

Hilda Delgado Ruiz
1995-2024
«Madre que nunca dejó de buscar»

—He traído a alguien —le dijo a la piedra fría.

Fue a buscar a Adrián, que había encontrado un palo fascinante. Lo cogió en brazos pese a sus protestas.

—¿Ves? Esta es tu mamá Hilda. La que te tuvo en la barriga. La que te quiso tanto que se fue al cielo buscándote.

—¿Mamá? —Adrián miraba confundido entre la tumba e Irene.

—Otra mamá. Tu primera mamá. Ene es tu mamá ahora.

Era demasiado complejo para un niño de dos años. Pero Irene necesitaba decirlo, establecer el ritual que repetirían cada año hasta que tuviera edad para entender. Hilda no sería un secreto vergonzoso ni una sombra amenazante. Sería parte de su historia, contada con la naturalidad de las familias que se construyen sobre pérdidas.

—Lo encontré —le dijo a la tumba—. No sabía que era tuyo, pero lo encontré. Lo quiero como si fuera mío. Porque en cierto modo,

todas lo perdimos. Todas lo buscamos. Solo yo tuve la suerte de encontrarlo.

Tercera parada: Marina Expósito. La tumba más antigua, cubierta de musgo pese a los intentos de limpieza. La inscripción que habían añadido después de que saliera todo a la luz:

Marina Expósito
1988-2021
«La verdad os hará libres»

No era exacta la cita, pero Marina habría apreciado la ironía. La verdad la había liberado directamente al Manzanares. Pero su muerte había encendido una mecha que seguía ardiendo. Falcón cumpliría cadena perpetua. La red había caído como un castillo de naipes. Decenas de bebés habían vuelto a casa. Un precio alto por verdades que deberían haber sido evidentes.

—Tenías razón —le dijo Irene a la piedra—. En todo. Los bebés no mueren, los esconden. Y nosotras no estábamos locas. Solo estábamos solas.

Adrián se había cansado de estar en brazos. Lo dejó en el suelo y el niño inmediatamente empezó a recoger margaritas silvestres que crecían entre las tumbas.

—Flores, Ene-mamá. Muchas flores.

—Sí, mi amor. Vamos a darles flores a las mamás.

Juntos fueron depositando el ramo silvestre infantil. Tallos torcidos, pétalos arrancados, raíces con tierra. Ofrendas imperfectas para muertes imperfectas.

Los Larsson se habían acercado. Daniel se había despertado y berreaba con esa furia concentrada de los bebés hambrientos.

—Deberíamos irnos —sugirió Hans.

—Un momento más.

Irene volvió a la tumba de Mateo. Necesitaba despedirse bien esta vez. Sin búsquedas imposibles, sin esperanzas rotas. Solo una madre diciéndole adiós a un hijo que nunca llegó a serlo.

—Te habría querido tanto —susurró—. Tenía tantos planes para ti. Ibas a ser listo y gracioso y valiente. Ibas a cambiar el mundo. —Se limpió las lágrimas que no sabía que estaba llorando—. Pero cambiaste el mío. Me convertiste en madre. Y eso me llevó a Adrián.

Así que gracias, mi amor. Por existir justo lo suficiente para traerme hasta aquí.

Se levantó. Adrián había vuelto con los Larsson, fascinado por el bebé que no paraba de llorar. Olivia le dejó tocar la manita de Daniel con cuidado infinito.

—¿Bebé triste?

—Tiene hambre —explicó Olivia.

—Ene-mamá da bibi —ofreció Adrián señalando a Irene.

—No, cielo. Ene-mamá da bibi a ti. Daniel toma de su mamá.

Más complejidades familiares que tardaría años en desenredar. Pero tenían tiempo. Todo el tiempo que Hilda no tuvo, que Marina perdió, que Mateo nunca tendría.

—¿Comemos algo? —propuso Hans con esa necesidad masculina de resolver las emociones con acción—. Conozco sitio cerca.

—Los niños necesitan comer —añadió Olivia meciendo a Daniel.

Irene miró una última vez las tres tumbas. Tres mujeres unidas por la pérdida y la búsqueda. Solo una había sobrevivido para contarlo. Y parte de contar era seguir viviendo.

—Vamos.

Caminaron hacia los coches. Adrián iba de la mano de Irene, arrastrando el palo que había encontrado. De vez en cuando se detenía a golpear piedras, absorto en su mundo de descubrimientos simples.

Era una familia extraña la que salía del cementerio ese mediodía de junio. Dos mujeres que habían compartido sin saberlo el amor del mismo niño. Un hombre que había aprendido que el amor a veces significa soltar. Dos niños que crecerían llamándose primos sin serlo. Y los fantasmas necesarios de los que no estaban: Mateo, Hilda, Marina.

En el restaurante —una marisquería de barrio que Hans conocía de sus tiempos de ejecutivo fugitivo—, Adrián se sentó en su trona y procedió a destrozar metódicamente un plato de patatas fritas. Daniel dormía en su carrito después de mamar. Los adultos picoteaban sin hambre, el peso del día diluyéndose en conversación trivial.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó Olivia a Irene.

—Bien. Empiezo a cogerle el ritmo.

Había vuelto a la enseñanza, pero en un colegio diferente. Donde nadie conocía su historia, donde podía ser solo la señora Rivas que enseñaba Lengua a críos de secundaria. El sueldo era una miseria, pero las tardes libres le permitían estar con Adrián. Equilibrios imperfectos de madre soltera.

—Nosotros nos mudamos el mes que viene —anunció Hans—. A Estocolmo definitivamente. La empresa me necesita allí.

Era lo acordado. Distancia geográfica para dejar que las heridas cicatrizaran. Visitas pautadas, límites claros. Criar a Adrián requería que los Larsson fueran presencia constante pero no invasiva. Tíos maravillosos que aparecían con regalos y desaparecían antes de confundir rutinas.

—Daniel podrá conocer su país —añadió Olivia con esa mezcla de orgullo y nostalgia de los expatriados.

—Y Adrián podrá visitaros. Cuando sea mayor.

Cuando pudiera entender por qué había gente que lo quería en dos idiomas. Cuando los aviones fueran aventura y no amenaza. Cuando.

—Ene-mamá, caca.

La declaración cortó la conversación. Adrián había adoptado ese tono urgente que significaba pañales inmediatos.

—Vamos al baño, mi amor.

Era la excusa perfecta para escapar. En el cubículo minúsculo del baño, mientras negociaba con un niño que había decidido que los pañales eran opcionales, Irene se permitió respirar. El día había sido más duro de lo esperado. Ver a los Larsson con su bebé biológico, perfecto, planificado, dolía de formas que no había anticipado.

—Ya está. Adrián limpio.

—Muy bien, campeón.

Lo bajó del cambiador y el niño salió corriendo hacia el comedor. Irene se lavó las manos mirándose en el espejo manchado. Tenía mejor aspecto que nueve meses atrás. El pelo había vuelto a su color natural, las ojeras se habían suavizado. Parecía casi normal. Una madre cualquiera en un baño cualquiera limpiando caca cualquiera.

Los milagros a veces vienen disfrazados de rutina.

Cuando volvió a la mesa, Adrián estaba sentado en el regazo de Olivia, fascinado por un vídeo de dibujos en el móvil. Hans mecía el carrito de Daniel con el pie mientras consultaba correos. Una estampa familiar que podría haber sido perfecta si no fuera por todo lo que sabían.

46

Terminaron de comer entre conversaciones sobre vuelos y mudanzas. Los Larsson insistieron en pagar. Culpa residual convertida en gestos. Irene no protestó. Había batallas que no merecían pelearse.

En el parking se despidieron con esa torpeza de las familias inventadas. Besos al aire, abrazos medidos, promesas de llamadas. Adrián lanzó besos desde su sillita mientras Hans ajustaba el cinturón.

—Adiós, tíos. Adiós, bebé.

—Adiós, campeón. Sé bueno con mamá.

Mamá. Sin apellidos, sin aclaraciones.

El viaje de vuelta fue tranquilo. Adrián se durmió a los cinco minutos, agotado por las emociones y el exceso de patatas fritas. Irene conducía despacio, sin prisa por llegar a un piso que seguía sintiéndose prestado.

Habían ganado. Contra todo pronóstico, contra todo el sistema, habían ganado. Falcón pudriéndose en la cárcel. Los bebés robados volviendo a casa. Las madres locas reivindicadas como cuerdas. Victoria en toda la línea.

¿Por qué se sentía entonces como una derrota disfrazada?

Tal vez porque su hijo biológico seguía muerto. Tal vez porque Hilda había pagado con su vida una verdad que llegó tarde. O tal vez

porque las victorias reales no vienen con fanfarrias sino con pañales sucios y noches sin dormir.

Aparcó frente a su portal. Adrián seguía dormido, la cabeza en ese ángulo imposible que solo los niños aguantan. Lo sacó con cuidado de la sillita. Pesaba más cada día, creciendo ajeno a las tragedias que lo habían traído hasta aquí.

—Vamos a casa, mi amor.

Casa. Dos habitaciones alquiladas en Carabanchel. Juguetes invadiendo cada superficie. Dibujos de palotes pegados en la nevera. Vida construida sobre escombros pero vida al fin.

Adrián se removió en sus brazos, abrió los ojos.

—¿Ene-mamá?

—Aquí estoy, cielo. Siempre aquí.

Era mentira, por supuesto. Algún día no estaría. Algún día él tendría que enfrentarse solo a un mundo que robaba bebés y mataba madres. Pero hoy no. Hoy estaba aquí, subiendo tres pisos con un niño que pesaba como el plomo y el amor juntos.

En el rellano, la vecina del tercero barría con esa dedicación de quien no tiene nada mejor que hacer.

—Buenas tardes, señora Rivas. ¿Cómo está el niño?

—Creciendo como mala hierba.

—Los mejores son así. Los que crecen contra todo pronóstico.

A veces los vecinos cotillas dispensaban sabiduría accidental.

Dentro del piso, la rutina tomó el control. Cambio de ropa, merienda, dibujos en la tele. Adrián construyendo torres imposibles con bloques de madera. Irene preparando la cena fingiendo no vigilar cada movimiento. La domesticidad como refugio contra el caos del mundo.

A las nueve, con Adrián bañado y en pijama, llegó el momento del cuento. Era su ritual favorito, acurrucados en la cama con libros de páginas mordisqueadas.

—¿Qué cuento hoy?

—Lobito.

Siempre lobito. La historia del lobo que quería ser feroz pero solo conseguía ser adorable. Irene sospechaba que le gustaba por las voces que ponía, no por la trama predecible.

—Había una vez un lobito...

Pero Adrián ya no escuchaba. Se había acurrucado contra ella, el pulgar en la boca pese a todos los intentos de quitarle el hábito. En minutos estaría dormido, confiando en que el mundo seguiría ahí cuando despertara.

Irene continuó leyendo en voz baja, más para ella que para él. Cuando terminó, lo observó dormir. Los párpados translúcidos, las pestañas imposiblemente largas, ese mohín concentrado de los niños que sueñan cosas importantes.

No llevaba su ADN ni su historia. Era el hijo de otra mujer, comprado por otras personas, encontrado por error.

Y era perfectamente, absolutamente, innegablemente suyo.

Lo arropó con cuidado y salió de puntillas. En el salón, con una copa de vino barato y el silencio por compañía, Irene sacó el cuaderno donde había empezado a escribir. No memorias ni denuncias. Solo cartas. Para Adrián cuando fuera mayor.

«Querido Adrián:

Hoy fuimos a ver a las mamás. Sé que no entendiste, pero algún día lo harás. Algún día te contaré sobre la mujer valiente que te dio la vida y la perdió buscándote. Sobre el bebé que creí que eras y que me llevó hasta ti. Sobre todas las madres que lucharon para que niños como tú volvieran a casa.

A veces el destino se equivoca de direcciones pero acierta en los destinos. No naciste de mi vientre ni creciste en mi búsqueda consciente. Pero cada paso que di creyendo buscar a mi hijo me llevaba hacia el tuyo. Y aquí estamos: una familia hecha de pérdidas que se convirtieron en encuentros.

Tu madre Hilda está en el cielo, como te digo siempre. Pero su amor sigue aquí, en cada abrazo que te doy, en cada miedo que espanto, en cada descubrimiento que celebramos. La honramos viviendo. Siendo felices pese a todo. Creciendo como mala hierba en terreno hostil.

Te quiero, mi niño encontrado. Mi hijo elegido. Mi milagro accidental.

Siempre,
Ene-mamá»

Guardó el cuaderno. Algún día se lo daría. Cuando pudiera entender que el amor verdadero no siempre viene por los caminos que esperamos. Que a veces hay que perder lo que creemos nuestro para encontrar lo que necesitamos.

Desde la habitación llegó un quejido. Pesadilla, probablemente. Los niños que han sido movidos demasiado a veces sueñan que los mueven más.

—Ya voy, mi amor.

Se levantó. Madre en funciones. Madre por elección judicial y destino torcido. Madre porque alguien tenía que serlo y ella era la que quedaba.

A veces eso es suficiente para sanar mundos rotos.

A veces es más que suficiente.

Es todo.

Epílogo

Diecisiete años después

El viento de octubre arrastraba hojas secas por los senderos del cementerio de la Almudena, el mismo viento que había soplado aquella primera vez que Irene trajo a Adrián aquí, cuando apenas tenía dos años y llamaba "pieda" a las piedras. Ahora, desde su escondite entre los cipreses, observaba a su hijo —ese hijo encontrado por error y amado por elección— permanecer inmóvil frente a la tumba, los hombros tensos bajo la chaqueta universitaria que ella misma le había regalado al empezar Medicina.

Diecinueve años. Diecisiete años desde que lo cargó por primera vez creyendo que era Mateo. Diecisiete años de noches en vela, de rodillas raspadas, de "mamá, ¿por qué tengo dos mamás y una en el cielo?", de explicaciones adaptadas a cada edad, de amor construido día a día sobre los escombros de dos tragedias.

Había insistido en ir solo. "Necesito hacer esto a mi manera, mamá", había dicho esa mañana mientras desayunaban, con esa mezcla de determinación y vulnerabilidad que lo había caracterizado desde niño. Irene había aceptado, había sonreído, había dicho "claro, mi amor", pero aquí estaba, escondida como una fugitiva entre las tumbas, porque hay cosas que las madres no pueden evitar: como respirar, como amar, como vigilar desde las sombras cuando sus hijos enfrentan sus fantasmas.

Desde su posición podía ver cómo Adrián sacaba algo del bolsillo. Un sobre amarillento. Las manos le temblaban —esas manos que habían aprendido a atar cordones en sus zapatos, que habían dibujado soles con cuatro años, que ahora diseccionaban cadáveres en la facultad— mientras lo abría. Irene reconoció el papel: una de las cartas que Hilda había escrito durante su embarazo, encontrada entre sus pocas pertenencias en aquel estudio de Carabanchel.

"Para mi bebé", decía el sobre con letra temblorosa. Irene la había guardado diecisiete años, esperando este momento, mordiéndose la lengua cada vez que Adrián preguntaba si había algo más de su madre biológica, guardando este último regalo para cuando él decidiera que estaba listo.

El móvil vibró en su bolsillo. Un mensaje de Olivia desde Estocolmo: "¿Cómo va? Daniel pregunta por su primo. Dice que si necesita hablar, está disponible".

Daniel Larsson, diecisiete años, rubio como su padre pero con la sensibilidad de Olivia. Los primos que no eran primos pero que habían construido su propia versión de hermandad a través de veranos compartidos y videollamadas nocturnas donde hablaban en su mezcla particular de español y sueco, unidos por la extraña geometría de sus familias.

"Todavía está con ella", respondió Irene, sintiendo cómo se le cerraba la garganta. "Dale tiempo".

Adrián se había sentado en el suelo frente a la tumba, sin importarle la humedad que sin duda atravesaría sus vaqueros. Desdoblaba la carta con cuidado infinito, como si fuera a deshacerse. Desde donde estaba, Irene no podía ver si lloraba, pero la forma en que sus hombros subían y bajaban —esa respiración profunda aprendida en años de terapia— delataba la batalla interna.

Recordó al niño de cinco años que había llegado a casa un día preguntando: "¿Por qué mi otra mamá no me buscó como tú buscaste a Mateo?" La pregunta la había destrozado. ¿Cómo explicarle que Hilda sí lo había buscado, que había muerto en esa búsqueda, que el sistema había sido más cruel con ella porque era pobre, porque estaba sola, porque no tenía una red de madres tercas que la sostuvieran?

"Tu mamá Hilda te buscó tanto que se fue al cielo buscándote", había respondido entonces, y había sido verdad a medias, verdad para niños, verdad que protegía hasta que pudiera soportar la versión completa.

Pero hoy, con esa carta en las manos, Adrián conocería la verdad entera. La carta que Hilda había escrito la noche antes de morir, donde hablaba de su bebé robado, donde juraba que lo encontraría, donde describía sus ojos que imaginaba grises como los de su abuela, donde prometía ser la mejor madre del mundo si tan solo pudiera tenerlo en brazos una vez más.

Rosa apareció a su lado sin hacer ruido, otra madre vigilante en las sombras del cementerio. El tiempo había sido amable con ella, o tal vez era la paz de haber recuperado a Tomás lo que había suavizado las arrugas de su frente.

—¿Cuánto llevas aquí? —preguntó Irene sin apartar la vista de Adrián.

—Media hora. Tomás está dos filas más allá, en la tumba de su abuelo. —Rosa se ajustó el abrigo rojo que insistía en usar pese a las burlas sobre su falta de discreción—. Cumple veintiuno. La edad que tenía yo cuando me lo robaron.

Veintiún años. Tomás había vuelto de Bruselas a los cinco años llamando "maman" a Rosa con acento francés, llorando por las noches por otra madre que apenas recordaba. Ahora estudiaba Derecho Internacional, decidido a evitar que otras familias vivieran su historia. Las ironías del dolor convertido en propósito.

—Los cumpleaños son difíciles —continuó Rosa—. Siempre. Tomás me abraza más fuerte cada año, como si quisiera compensar los que perdimos.

Adrián se había puesto de pie, la carta apretada contra el pecho. Irene vio cómo sus labios se movían —hablando con Hilda, diciéndole cosas que ella nunca podría escuchar pero que necesitaban ser dichas—. Era el mismo gesto que hacía de pequeño cuando algo le dolía por dentro: la mano al pecho, como si pudiera contener físicamente el dolor.

Andrea se unió a ellas, completando el trío de madres vigilantes. Su historia era la más dura: nunca había recuperado a su hija. Las

búsquedas en Estados Unidos habían chocado contra muros legales infranqueables, adopciones cerradas, papeles sellados para siempre. Pero había encontrado otro tipo de maternidad en la fundación que habían creado juntas, siendo madre de todas las madres que llegaban rotas buscando ayuda.

—Lucía está en la entrada —informó Andrea—. Con los gemelos. Querían poner flores en la tumba de Marina antes de clase.

Los gemelos de Cristina, ahora universitarios. Uno había vuelto a los cuatro años desde Italia, hablando una mezcla de español e italiano. El otro nunca apareció. Cristina había aprendido a vivir con esa mitad de victoria, criando a un hijo mientras lloraba al otro, celebrando cada cumpleaños por partida doble: uno con globos y tarta, otro con una vela solitaria frente a una foto de ecografía.

—A veces pienso en todas nosotras —murmuró Rosa—. En lo que éramos hace veinte años. Madres normales con embarazos normales, soñando cosas normales. Y luego...

—Y luego nos convertimos en guerreras —completó Andrea—. En detectivas. En activistas. En locas que resultaron no estar locas.

—En familia —añadió Irene, viendo cómo Adrián sacaba algo más del bolsillo: una foto. La ecografía de Hilda, la única imagen que existía de ellos dos juntos antes de que el mundo los separara. La dejó apoyada contra la lápida con cuidado reverencial, asegurada con una piedra para que el viento de octubre no se la llevara.

—Va a ponerse a llover —observó Andrea mirando las nubes—. Deberíamos...

—No. —Irene no apartó la vista de su hijo—. Esperamos. El tiempo que haga falta.

Porque eso hacían las madres. Esperar bajo la lluvia, en los pasillos de hospitales, en las puertas de los juzgados, en los cementerios donde sus hijos enfrentaban verdades demasiado grandes. Esperar y estar, simplemente estar, por si acaso las necesitaban.

Adrián dio dos pasos hacia atrás, se llevó ambas manos al pecho ahora, y Irene vio cómo su cuerpo entero se sacudía con sollozos que diecisiete años de amor no podían prevenir. El dolor de saber que fuiste querido por alguien que no pudo tenerte. El peso de ser el

sobreviviente involuntario de una tragedia que definió tu vida antes de que pudieras hablar.

—Quiero ir con él —dijo Irene dando un paso adelante.

Rosa la detuvo con suavidad.

—Espera. Mira.

Adrián se había calmado. Se limpió la cara con la manga de la chaqueta —ese gesto tan adolescente que ninguna universidad podía quitarle— y habló de nuevo. Esta vez más alto, más claro:

—Te perdono, mamá Hilda. Te perdono por no ser más fuerte. Te perdono por rendirte. Te perdono por no tener una red de locas tercas que te salvaran como salvaron a mamá Irene. —Su voz se quebró—. Y gracias. Por quererme tanto que moriste buscándome. Por escribir esta carta. Por existir el tiempo suficiente para darme la vida.

Las tres mujeres lloraban ahora, lágrimas silenciosas de madres que habían visto demasiado, perdido demasiado, luchado demasiado. Pero también lágrimas de algo parecido a la gratitud: por estar aquí, por ser testigos, por haber construido familias imposibles sobre cimientos de dolor.

Adrián se alejó de la tumba de Hilda y caminó hacia otra sección. Las tres mujeres lo siguieron a distancia, guardianas invisibles. Sabían adónde iba: a la tumba de Mateo, su hermano que no era hermano, el bebé cuya muerte lo había traído a la vida.

Se detuvo frente a la pequeña lápida que Irene había tardado un año en poder pagar. "Mateo Andrés Rivas. 15 de mayo de 2023. Nacido durmiendo". Adrián había insistido en añadir, años después, otra línea: "Hermano de Adrián en el cielo".

Esta vez no habló en voz alta. Solo permaneció de pie, las manos en los bolsillos, en esa postura que Irene reconocía de tantos momentos importantes: cuando testificó en el último juicio contra los compradores VIP con solo quince años, voz clara describiendo lo que significaba crecer sabiendo que fuiste mercancía; cuando dio el discurso de graduación del instituto, agradeciendo a "todas las madres que me criaron, las de sangre y las de elección"; cuando le dijo que quería estudiar Medicina, especialidad en neonatología, "para que ningún bebé más sea mercancía, mamá".

—Va a ser un buen médico —dijo Andrea—. Tiene la empatía de quien conoce el dolor desde dentro.

—Todos nuestros hijos la tienen —añadió Rosa—. Es su superpoder maldito. Entender el mundo desde sus grietas.

El móvil de Irene vibró. M desde Múnich: "Sofía pregunta si Adrián sigue en pie para el proyecto de verano. Dice que su testimonio sería fundamental".

El proyecto de Sofía: un documental sobre los niños del caso Falcón, ahora adultos. "Para que nadie olvide", había dicho cuando lo propuso. "Para que nuestras historias sirvan de escudo a otros". Veinte años, estudiante de biotecnología, Sofía había crecido sabiendo la verdad: que M la había perdido, la había buscado, había elegido dejarla ir para no destrozar la vida que había construido con otra familia. Se veían dos veces al año, una relación cuidadosa construida sobre verdades difíciles pero nunca mentiras.

"Hablamos esta noche", respondió Irene.

Adrián se alejó de la tumba de Mateo y sacó el móvil. Incluso desde la distancia, Irene vio cómo su cara se iluminaba al ver la pantalla. Marcó un número.

El teléfono de Irene sonó.

—Mamá, ya he terminado. ¿Comemos algo? Muero de hambre.

La normalidad de la petición después de la intensidad de la mañana la hizo sonreír entre lágrimas.

—Claro, cielo. ¿Dónde?

—En el de siempre. El de las croquetas que te gustan. —Una pausa—. Y mamá... gracias por darme espacio. Sé que estabas cerca, pero gracias por no intervenir.

Irene miró hacia donde él estaba. Adrián saludó con la mano, sonriendo con esa mezcla de travesura y ternura que había perfeccionado con los años.

—¿Cómo...?

—Eres mi madre. Siempre sé cuándo estás cerca. Es como un superpoder mutuo. —Se rio—. Además, el abrigo rojo de la tía Rosa se ve desde el espacio.

Rosa miró su abrigo escarlata y tuvo la decencia de parecer avergonzada mientras Andrea se reía.

—Te veo en el restaurante —continuó Adrián—. Invita a las demás si quieren. Y avisa a los otros. Seguro que Tomás ya ha terminado con su abuelo. Y los gemelos con Marina. Total, somos familia.

Familia. La palabra había adquirido dimensiones que ningún diccionario podría capturar. Familia eran las madres que se habían encontrado en la búsqueda desesperada. Los niños que habían aprendido a tener múltiples historias de origen. Los hermanos que no compartían sangre pero sí la peculiar hermandad de haber sido mercancía redimida por amor terco. Incluso los Larsson, que mandaban postales desde Estocolmo y aparecían en todas las graduaciones, bodas y momentos importantes, parte de un ecosistema familiar que desafiaba toda lógica convencional.

Las tres mujeres esperaron a que Adrián saliera del cementerio antes de moverse. En la entrada, como había predicho, esperaban más miembros de su peculiar tribu. Lucía Herrera con los gemelos, ahora altos y desgarbados, con esa belleza andrógina de los veinteañeros. Cristina, más gris pero más serena, abrazada al gemelo que había recuperado mientras llevaba siempre la foto del otro en el bolsillo. Carmen, que había recuperado a su hija hacía solo tres años y todavía navegaba las aguas turbulentas de una adolescencia interrumpida, de una hija que había crecido hablando alemán y ahora luchaba con el subjuntivo español.

—¿El de siempre? —preguntó Lucía Herrera, la que había pasado tres años en el psiquiátrico por insistir en que su hijo estaba vivo.

—El de siempre —confirmó Irene.

Era una procesión peculiar la que cruzó Madrid ese mediodía de octubre. Mujeres que habían envejecido peleando contra molinos de viento que resultaron ser monstruos reales. Jóvenes que llevaban en el ADN historias de pérdida y recuperación, que se reconocían entre ellos con esa complicidad de los supervivientes. Una familia ampliada nacida del dolor pero sostenida por algo más resistente que la sangre: la decisión diaria de amarse pese a todo.

En el restaurante —el mismo donde habían comido con los Larsson aquel día crucial hacía diecisiete años—, Adrián ya había llegado. Estaba reorganizando mesas, juntando varias para acomodar a la familia creciente, charlando con el camarero que los conocía desde

hacía años y ya sabía que el grupo crecería según fueran llegando, que pedirían las croquetas de siempre, que habría lágrimas y risas a partes iguales.

—He pedido las croquetas de tu vida —anunció Adrián cuando Irene se sentó a su lado—. Y agua para la mesa. Sé que la tía Rosa va a pedir vino y no debería mezclar con el Omeprazol.

—No tomo Omeprazol desde hace dos años —protestó Rosa sentándose.

—El Ibuprofeno cuenta, tía. Y no me mires así, que te vi tomártelo en el coche.

Tía Rosa. Tío Tomás cuando llegara. Prima Sofía en Múnich. Los primos Larsson en Estocolmo. Habían tejido una red de parentescos inventados que de alguna forma eran más reales que muchos lazos de sangre. Cada niño recuperado tenía su propia constelación de adultos que los habían criado, buscado, encontrado, amado con esa ferocidad de quien sabe lo fácil que es perder lo esencial.

M entró cuando estaban en los primeros platos. Había volado desde Múnich para la fecha, como cada año. Sofía no la acompañaba —exámenes finales— pero había mandado flores al cementerio esa mañana. Lirios blancos para Marina, que había empezado todo. Margaritas para Hilda, que había muerto buscando. Rosas para Mateo y todos los bebés que no volvieron.

—¿Cómo ha ido? —preguntó M a Adrián directamente, con esa franqueza que habían desarrollado los supervivientes.

Adrián dejó el tenedor. Lo pensó un momento, buscando las palabras precisas.

—Bien. Raro. Necesario. —Pinchó una croqueta, la observó como si contuviera respuestas—. Le he dicho que la perdono.

El silencio en la mesa fue instantáneo. Perdonar a los muertos era el último paso, el más difícil. Algunas de las madres todavía luchaban con perdonarse a sí mismas por no haber visto, por no haber luchado más fuerte más pronto, por haber confiado.

—No había nada que perdonar —dijo Irene suavemente, tocando la mano de su hijo.

—Sí lo había. —Adrián la miró con esos ojos grises que durante meses ella había creído heredados—. La perdono por no ser más

fuerte. Por no tener recursos. Por no tener amigas tercas como vosotras. Por estar sola. —Se encogió de hombros con fingida indiferencia adolescente—. No es justo estar enfadado con alguien por no ser lo que necesitabas que fuera. Ella hizo lo que pudo con lo que tenía. Que no fuera suficiente... bueno, esa es la tragedia, ¿no? Que a veces el amor no basta si no tienes herramientas.

Andrea se limpió las lágrimas con la servilleta. Rosa carraspeó. M miraba su plato como si fuera fascinante. Todas recordaban sus propias batallas, lo cerca que habían estado de ser Hildas, salvadas solo por la casualidad de encontrarse unas a otras.

Lucía Herrera entró entonces con su hijo, recuperado hacía apenas cinco años. A los diecisiete años, Marco todavía luchaba con los dos idiomas que hablaba, el español materno y el alemán aprendido. Se sentó junto a Adrián, que inmediatamente cambió de tema, enseñándole algún vídeo en el móvil. Los jóvenes habían aprendido a cuidarse entre ellos, a detectar cuándo la intensidad emocional necesitaba un respiro.

—Sigue llegando gente —observó el camarero con esa resignación cómica de quien los conoce hace años—. ¿Traigo la mesa del fondo también?

—Siempre necesitamos más espacio —confirmó Andrea—. Somos una familia en expansión constante.

Era verdad. Incluso ahora, diecisiete años después, seguían apareciendo casos. Madres que habían creído la mentira durante décadas hasta que algo —una noticia, una foto, un comentario casual— encendía la duda. Hijos adultos buscando orígenes, encontrando inconsistencias en sus papeles. La fundación que habían creado recibía consultas cada semana. No todos eran casos reales —el trauma creaba a veces fantasmas donde no los había— pero suficientes lo eran como para mantenerlas vigilantes.

El móvil de Irene sonó. David Sánchez, el periodista que se había convertido en cronista no oficial de sus vidas: "El documental ha ganado el premio del festival. Mejor investigación. La gala es el viernes. ¿Vendrás?"

"Los bebés robados: 20 años después". David había seguido la historia con tenacidad, actualizándola cada cinco años, manteniendo

viva la memoria colectiva. El premio era un reconocimiento, pero sobre todo una forma de que no se olvidara, de que las nuevas generaciones entendieran lo fácil que era robar vidas cuando el sistema lo permitía.

—David dice que ganamos el premio —anunció a la mesa.

Aplausos dispersos, sin la euforia de los primeros años. Los premios habían perdido brillo comparados con las victorias reales: cada cumpleaños celebrado, cada graduación, cada momento normal arrebatado al drama.

—Deberíamos brindar —sugirió alguien.

—Yo propongo —dijo Tomás, que acababa de llegar con ese aire de joven abogado que Rosa adoraba y temía a partes iguales—. Por los que no están.

—Por los que encontramos el camino de vuelta —añadió Marco en su español cuidadoso.

—Por las locas que no estaban locas —dijo Cristina levantando su agua con gas.

—Por Hilda, Marina y todas las que cayeron buscando —añadió M.

—Por las familias raras que funcionan —dijo uno de los gemelos.

—Por las madres que no se rinden —añadió Carmen.

—Por el amor terco —dijo Andrea, que nunca había recuperado a su hija pero había salvado a docenas.

—Por nosotros —concluyó Adrián—. Los improbables. Los imposibles. Los que estamos aquí contra todo pronóstico.

Brindaron con lo que cada uno tenía en la mano: agua, vino, zumo, café ya frío. No había protocolo para sus vidas, así que habían inventado los propios, rituales nacidos de la necesidad y pulidos por la repetición.

Después del café, los jóvenes se agruparon en un extremo de la mesa hablando de sus cosas: universidad, parejas, planes de verano, el proyecto del documental de Sofía que querían convertir en serie. Las madres se quedaron en el otro extremo, más tranquilas ahora que la intensidad del cementerio había pasado.

—¿Te arrepientes? —preguntó Rosa a Irene, la misma pregunta que se hacían cada año—. De haber rechazado el trato. De haber elegido la guerra en lugar de los seis meses garantizados.

Irene miró a Adrián riendo con sus primos elegidos. Pensó en todos los momentos que podrían haber perdido si hubiera aceptado: los terrores nocturnos de los tres años cuando por fin entendió que tenía dos mamás y ninguna; la rabia de los siete cuando otros niños le decían que era adoptado como si fuera un insulto; la depresión de los catorce cuando se preguntaba si valía menos por haber sido comprado y vendido; la terapia familiar donde habían llorado y gritado y sanado juntos, centímetro a centímetro.

Pensó también en todas las otras madres que habían recuperado a sus hijos porque el caso completo salió a la luz. En las que todavía buscaban pero al menos tenían esperanza. En las leyes que habían cambiado, lentas pero seguras, cerrando los agujeros que permitían que los bebés fueran mercancía.

—No —respondió como cada año, pero cada vez con más convicción—. No me arrepiento. Necesitábamos ganar para todas, no solo para mí. Y mira... —señaló la mesa llena, las conversaciones superpuestas, la familia imposible pero real—. Ganamos más de lo que perdimos.

—La aritmética del dolor —filosofó Andrea—. Siempre imposible de calcular con precisión.

Adrián se acercó entonces, se inclinó sobre el hombro de Irene.

—Mamá, algunos vamos a ir al cine. ¿Te parece bien? Marco no ha visto la nueva película de...

—Claro, mi amor. —Sacó la cartera—. Toma.

—Tengo dinero, mamá. Trabajo, ¿recuerdas? —La besó en la mejilla con ese cariño fácil que habían construido a base de constancia—. Gracias por hoy. Por entender que necesitaba hacerlo solo. Por estar cerca sin agobiar. Por... todo.

—Siempre —susurró Irene contra su pelo, respirando ese olor que ya no era de bebé pero seguía siendo suyo—. Para eso estamos las madres.

—Las madres plurales —corrigió él con una sonrisa—. Las mías y las de todos estos. —Señaló la mesa—. Nuestro ejército de madres tercas.

Lo vio salir con el grupo de jóvenes, esa mezcla imposible de hijos recuperados, hermanos sin sangre compartida, supervivientes que

habían construido su propia tribu. Marco con su lucha bilingüe. Los gemelos con su media victoria. Los primos por elección. Todos marcados pero no definidos por sus historias de origen.

—Hemos hecho un buen trabajo —dijo Rosa cuando la puerta se cerró tras ellos—. Contra todo pronóstico, contra toda lógica.

—El trabajo nunca termina —corrigió M—. Mira a Sofía con su documental. A Tomás con su bufete pro bono. A Adrián queriendo ser neonatólogo. Heredaron la lucha, la transformaron en propósito.

Era verdad. La segunda generación había tomado el testigo de formas que ninguna había anticipado. No eran solo víctimas sanadas; eran agentes de cambio, cada uno desde su trinchera. El dolor transformado en acción, el trauma en propósito.

El camarero trajo la cuenta. Como siempre, discutieron sobre quién pagaba. Como siempre, acabaron dividiendo entre todas, ese ritual de independencias compartidas que habían perfeccionado con los años.

Salieron del restaurante cuando el sol de octubre empezaba su descenso temprano. En la puerta, los abrazos de despedida duraron más que de costumbre. Había algo en los aniversarios que hacía más necesario el contacto, confirmar que todas seguían ahí, que habían sobrevivido un año más.

—El viernes en la gala —confirmó Cristina.

—Con nuestros mejores trapos —añadió Rosa—. Que nos vean guapas las cámaras.

—Sobrevivientes glamurosas —rio Andrea.

Se dispersaron hacia sus vidas: trabajos, casas, rutinas que habían construido sobre las cenizas de sus antiguas normalidades. Irene caminó sola hacia su coche, el mismo Seat Ibiza que había comprado cuando Adrián empezó el instituto, resistiéndose a cambiarlo porque guardaba demasiados recuerdos en su tapicería gastada.

En el bolsillo, el móvil vibró. Un mensaje de Adrián: "Te quiero, mamá. Gracias por encontrarme. Gracias por no rendirte cuando yo no existía para ti todavía. Eres mi milagro particular".

Se apoyó contra el coche, las lágrimas llegando sin previo aviso. Después de todos estos años, después de todas las batallas ganadas

y perdidas, eran estos momentos los que la desarmaban. El amor expresado con facilidad por un hijo que podría haber crecido odiándola por no ser su madre "real", agradeciéndole en cambio por ser su madre elegida.

Sacó el móvil y respondió: "Tú eres mi milagro, mi amor. Mi hijo encontrado. Mi maestro de vida. Mi razón mejorada para levantarme cada día".

Guardó el teléfono y sacó algo más del bolso: su viejo cuaderno, el último de una serie que llenaba los estantes de casa. Ya no escribía cartas a Adrián —se las había dado todas cuando cumplió dieciocho, una caja llena de amor documentado—. Ahora escribía para Mateo, el hijo que nunca conoció, y para Hilda, la madre que nunca conoció.

Se sentó en el coche y escribió:

"Querida Hilda:

Hoy tu hijo te perdonó por no ser invencible. No necesitabas perdón —las madres que mueren buscando no necesitan perdón, necesitan justicia— pero él necesitaba dártelo para poder seguir adelante sin el peso de tu ausencia.

Es médico, ¿sabes? Bueno, estudiante todavía, pero con vocación de hierro. Dice que quiere especializarse en neonatología, en cuidar a los bebés más vulnerables. Cuando le pregunté por qué esa especialidad, me dijo: 'Porque alguien tiene que asegurarse de que todos los bebés lleguen a los brazos correctos, mamá. Y yo entiendo lo importante que es eso'.

Tiene tu sonrisa. La vi en la única foto tuya que encontramos, y cada vez que Adrián sonríe de verdad —no la sonrisa social, sino la que le sale del alma— te veo a ti. También tiene tu valentía, esa que te llevó a escribir tu verdad en un papel antes de irte al río. La usa mejor que tú y que yo: para sanar en lugar de solo pelear.

Hoy me agradeció por encontrarlo. Yo quería decirte que no fui yo quien lo encontró. Fue él quien me encontró a mí, disfrazado del hijo que buscaba. El destino a veces es cruel, Hilda, pero a veces su crueldad esconde regalos imposibles.

Crié a tu hijo como pude. Con ayuda de un ejército de madres rotas que se negaron a seguir rotas. Con terapia. Con amor terco cuando él no podía recibirlo. Con paciencia cuando yo no la tenía.

Con verdades adaptadas a cada edad. Con la promesa de que tú exististe, lo quisiste, y tu amor fue el primer milagro de su vida.

No fue perfecta, esta maternidad accidental. Hubo años duros. Años donde él me odiaba por no ser tú, donde yo me odiaba por no ser suficiente, donde todos odiábamos al mundo por habernos puesto en esta situación. Pero aquí estamos: él perdonándote, yo agradeciéndote, todos sobreviviendo a nuestra manera torcida.

Tu hijo tiene familia, amor, futuro, propósito. Tiene hermanos elegidos que entienden su historia. Tiene primos suecos que lo adoran. Tiene un ejército de madres sustitutas que lo cuidaron mientras yo aprendía a ser la tuya. Tiene todo lo que querías darle y no pudiste.

Y me tiene a mí, que no soy tú pero hago mi mejor esfuerzo cada día.

Descansa, Hilda. Tu parte está hecha. Nos toca a nosotras continuar la historia.

Con amor y gratitud infinita,
Irene
(La otra madre de tu hijo)"

Guardó el cuaderno y arrancó el coche. La vuelta a casa fue tranquila, el tráfico de Madrid fluyendo con esa calma de media tarde. En el piso —el mismo de Carabanchel donde habían construido su vida improbable— todavía quedaban rastros de la mañana: la taza de café de Adrián en el fregadero, sus apuntes de anatomía desperdigados por la mesa, las zapatillas tiradas en la entrada.

Irene no recogió nada. Había aprendido a valorar el desorden vital sobre el orden vacío. Se preparó un té y se sentó en el balcón pequeño desde donde se veía Madrid extendiéndose hasta el horizonte. La misma ciudad donde había buscado desesperada a un hijo que estaba muerto, donde había encontrado a otro que necesitaba madre, donde había construido una familia que desafiaba toda lógica convencional.

El móvil sonó. Olivia Larsson, desde Estocolmo: "Daniel quiere saber si Adrián sigue en pie para el verano. Dice que pueden compartir piso en Berlín para las prácticas".

Berlín. Otro verano de los primos no-primos descubriendo el mundo juntos, unidos por la extraña geometría de sus familias. Respondió: "Adrián confirma. Gracias por cuidarse mutuamente".

"Siempre", respondió Olivia. "Es lo que hace la familia".

Familia. Después de todos estos años, la palabra seguía sorprendiéndola. Los Larsson que deberían haber sido enemigos convertidos en aliados. Las madres luchadoras convertidas en hermanas. Los hijos robados convertidos en activistas. Todos tejiendo una red que sostenía más que cualquier lazo de sangre.

El sol se ponía sobre Madrid, tiñendo el cielo de naranjas imposibles. En alguna parte de la ciudad, Adrián estaría en el cine con sus primos elegidos, riendo con alguna película mala, siendo gloriosamente normal. Mañana volvería con historias que contar, ropa sucia que lavar, vida que vivir.

Irene sonrió y cerró los ojos. Había días duros todavía. Días donde el peso de las historias no contadas dolía. Días donde se preguntaba cómo habría sido Mateo. Días donde la ausencia de Hilda se sentía como una presencia. Pero había más días buenos. Días de risas en cocinas llenas. Días de logros celebrados. Días de amor cotidiano construido sobre escombros pero sólido como roca.

—Gracias —susurró al cielo que se oscurecía—. A Hilda por parir esperanza. A Marina por encender la mecha. A Mateo por llevarme hasta Adrián. A todas las que cayeron buscando. A todas las que sobrevivimos para contarlo.

El viento de octubre respondió agitando las cortinas, trayendo olor a lluvia inminente. Irene entró a preparar la cena. Adrián llegaría con hambre, como siempre. Habría que calentar las sobras, poner la mesa para dos, continuar con la gloriosa rutina de ser madre de un hijo imposible pero real.

La vida seguía. Imperfecta, remendada, milagrosa.

Como todas las vidas que valen la pena vivir.

Como todas las historias que merecen ser contadas.

Como todo el amor que nace de las cenizas y se niega a morir.